

Colección de Autores Extranjeros, relativos a Chile;
publicada bajo la dirección
de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía
Segunda serie, Tomo I

LOS ARAUCANOS

o

Notas sobre una gira efectuada entre las tribus
indígenas de Chile Meridional

por

EDMOND REUEL SMITH,

Miembro de la Expedición Astronómica Naval de los EE. UU. en Chile

Traducción de Ricardo E. Latcham, de la Sociedad
Chilena de Historia y Geografía

Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130
1914



PRÓLOGO

En el mes de Agosto del año 1914 el Gobierno encargó a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía la traducción y publicación en castellano de las obras escritas en otros idiomas que estimara del caso a fin de continuar la *Colección de autores extranjeros relativos a Chile*, para cuyo fomento acuerda todos los años cierta suma.

El último de los volúmenes de la primera serie se publicó en Julio de este año bajo el título de *Viajes por Sud América, durante los años 1819, 20 y 21. Exposición del estado actual del Brasil, Buenos Aires y Chile, por Alejandro Caldcleugh. Parte relativa a Chile. Seguida del artículo «Valparaíso y la Sociedad Chilena en 1847, por Max Radiguet».*

Cumpliendo con aquel encargo, la Junta Adminis-

trativa de la Sociedad nombrada acordó la publicación de un nuevo volumen, traducido del inglés, y que lleva por título *The Araucanians, or Notes of a Tour among the Indian Tribes of Southern Chile, by Edmond Reuel Smith, of the U. S. N. Astronomical Expedition in Chili. New York: Harper & Brothers, publishers. Franklin Square. 1855. 12+335 pp., 7 planchas y 10 grabados en el texto.*

Del autor sabemos muy poco más que lo que él mismo nos cuenta en el prefacio de su libro.

Llegó a Chile formando parte de la Expedición Naval Astronómica, enviada a Santiago por el Gobierno de los Estados Unidos en 1849.

Vino como jefe de la Expedición el teniente James M. Gillis y tuvo por ayudantes al teniente Archibald Mac Rae, al guardia marina Hunter y al contador (captain's clerk) *Edmond Reuel Smith*, autor del libro cuya traducción hoy entregamos al público.

La Comisión arribó a Chile el 25 de Octubre de 1849 y principió inmediatamente a establecer su Observatorio. El lugar escogido como centro de operaciones fué el Cerro de Santa Lucía donde se instalaron con sus instrumentos en casas portátiles, traídas listas para armarse, desde los Estados Unidos. El 10 de Diciembre dieron comienzo a sus trabajos con una serie de observaciones del planeta Marte, que continuaron sin interrupción hasta el 31 de Enero de 1850. Se hicieron en todo 1,400 observaciones de este astro en sus diferentes fases.

La salud del teniente Mac Rae no resistió un tra-

bajo tan concentrado en un clima seco y caluroso a que no estaba acostumbrado y fué necesario mandarlo a Valparaiso para que se restableciera. Un poco después, el guardia-marina Hunter tuvo la desgracia de caerse de a caballo y se hirió de tal manera que no pudo continuar sus tareas y regresó a su patria.

Fué reemplazado por el teniente S. Ledyard Phelps, quien llegó sólo en el mes de Septiembre.

Entretanto la mayor parte del trabajo cayó sobre los hombros de nuestro autor E. R. Smith, quien, además de las observaciones astronómicas, tuvo a su cargo durante todo el tiempo que duró la misión, las meteorológicas y magnéticas, que se tomaban cada tres horas, desde las 6 A. M. hasta media noche y el 21 de cada mes, de hora en hora.

La labor de la Comisión duró tres años, más o menos, hasta el mes de Septiembre de 1852. Sus estudios despertaron bastante interés en la capital y el observatorio fué muy visitado por el público. El Rector del Instituto Nacional, don Ignacio Domeyko, se empeñó mucho en que el Gobierno de Chile adquiriera la instalación y el instrumental y durante la estada de la Comisión, consiguió con ella que algunos de los alumnos más aprovechados asistieran diariamente a las observaciones para aprender el manejo de los instrumentos y los rudimentos de la astronomía.

Por fin logró su propósito y el sabio profesor fué autorizado para llevar a cabo el negocio; lo que hizo de una manera satisfactoria.

El Gobierno se recibió del observatorio y su contenido pagando sólo el precio que habían costado los instrumentos en los Estados Unidos.

El Dr. Carlos Moesta, graduado de la Universidad de Marburg, fué nombrado director, los alumnos que habían asistido al observatorio quedaron como ayudantes y el 15 de Septiembre de 1852 se efectuó la transferencia.

El teniente Gillis volvió a su patria y en 1855 publicó los resultados de la expedición en cuatro gruesos tomos, el primero de los cuales es descriptivo y contiene muchos interesantes datos sobre Chile y la sociedad de aquella época.

Smith, que tenía un espíritu aventurero y quería conocer más el país, renunció su puesto y resolvió hacer una gira al Territorio Indio, para visitar y estudiar a los araucanos. La narración de este viaje forma el tema de la presente obra.

Es preciso recordar que en aquel tiempo (1853) las facilidades para viajar en Chile no eran las de ahora. Todavía no se había construído sino un ferrocarril en el país, aun cuando se gestionaba la concesión solicitada por una compañía inglesa para tender rieles entre Coquimbo y Ovalle. La Pacific Steam Navigation Co. hacía la navegación entre los puertos de Europa y Panamá; pero sus vapores sólo hacían viajes bimestrales. Los viajes marítimos se efectuaban casi exclusivamente en buques de vela y los terrestres a caballo o en carreta.

Las provincias de ultra Biobío formaban el Te-

territorio Indio y si en el nombre pertenecían a la República de Chile, de hecho eran independientes de su Gobierno y de sus leyes. Es verdad que los indios no eran tan bravos ni tan salvajes como los han pintado algunos escritores; pero un viaje por aquellas tierras no estaba desprovisto de peligros. Los caciques eran celosos de sus derechos y exigían un tributo en cambio del permiso para atravesar sus territorios. Por otra parte, las autoridades chilenas, a fin de evitar choques e incidentes que pudieran provocar un cambio en las relaciones amistosas que existían entre los dos pueblos, sólo permitían pasar el Biobío a las personas provistas de un pasaporte firmado por el Intendente de una de las provincias fronterizas, quien, antes de expedir tal documento, se imponía del motivo del viaje.

La gira de nuestro autor se hizo en buenas condiciones y encontró toda clase de facilidades por parte de las autoridades chilenas y mapuches, valiéndose de una astucia para ganar la buena voluntad de estas últimas.

Como consecuencia, tuvo magníficas oportunidades para estudiar las costumbres de los indios, verdadero objeto de su viaje.

El relato comienza con su salida de Concepción y en los primeros capítulos describe, de un modo pintoresco y ameno, numerosas escenas de la vida rural chilena. Además de sus otros conocimientos, parece que el autor era aficionado a los estudios geológicos y sus observaciones sobre las formaciones

volcánicas del sur de Chile tienen gran interés. Pero indudablemente el verdadero valor de su libro está en la relación que nos hace de la vida y costumbres de los araucanos, que pudo estudiar en su ambiente natural, cuando estaban todavía poco contaminadas por el contacto con los blancos. Sin traer grandes novedades, confirma, explica y rectifica muchas de las apreciaciones de los relatos anteriores.

Sus observaciones son generalmente lógicas y justas y no están teñidas de los prejuicios que muchas veces hacen desmerecer las noticias y deducciones de los cronistas.

Las descripciones, concisas, claras y exactas están salpicadas de anécdotas chistosas y hacen que su lectura sea agradable y amena. Si en algunas partes recurre a pequeñas exageraciones de detalles, éstas sólo sirven para dar más colorido a la narración, sin influenciar en nada la veracidad de las costumbres que pinta.

No sabemos si el autor tendría conocimiento de la lengua castellana antes de llegar a Chile; pero en todo caso es obvio que al emprender esta gira, ya hablaba bien el idioma, y encontramos el texto lleno de frases y palabras *chilenas*, que hemos reproducido en letra bastardilla. Decimos chilenas y no españolas, porque ha recogido de una manera admirable las verdaderas expresiones y modo de hablar del pueblo; algunas de las cuales no son empleadas fuera del país. Estas las hemos explicado por medio de notas al pie de la página correspondiente.

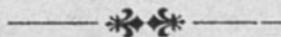
Los cuatro capítulos (XI a XIV) que se refieren a la Conquista de Chile por los españoles, los hemos omitido; porque, como dice el autor, no son más que un resumen del *Saggio della Storia de Chile*, publicado en italiano en 1782 por el Abate Molina y traducido al inglés por R. Alsop. Menciona *La Historia, natural y política del Chile*, de don Claudio Gay, que recién se había publicado en París, por orden del Gobierno de Chile; pero no tuvo oportunidad de conocerla.

Por otra parte conoció bien *La Araucana* de Ercilla y opina que la *Historia* de Molina debe en gran parte su información a ese notable poema épico.

La ortografía de las palabras araucanas citadas por el autor, no es siempre la de los filólogos modernos, pero hemos juzgado preferible transcribirlas tal como él las da, advirtiendo al lector al mismo tiempo que a veces las vocales tienen el valor que las da la pronunciación inglesa.

Santiago, 31 de Diciembre de 1914.

RICARDO E. LATCHAM.



PREFACIO

En el año 1849 el gobierno de los Estados Unidos autorizó una expedición, bajo el mando del teniente de Marina James M. Gilliss, con el objeto de practicar en Chile observaciones astronómicas. Considerando que ésta sería una oportunidad excepcionalmente favorable para visitar un país algo alejado del camino ordinario de los turistas, presenté una solicitud al Ministerio de Marina, recibiendo como resultado mi nombramiento de miembro de la expedición.

Al llegar a Chile, se estableció un Observatorio permanente en Santiago, la capital.

No es mi objeto tratar de la naturaleza de nuestras observaciones, ni dar una descripción científica del país, ni aun presentar al lector la agradable y refinada sociedad que hizo atractiva nuestra prolonga-

da residencia en la sede del gobierno. Tales temas se han dejado a la pluma más hábil, de una persona cuya alta posición en el mundo científico dará a su opinión un grado de autoridad que jamás podría atribuirse el presente volumen.

Basta decir que la naturaleza de nuestro trabajo era tan esclavizadora, que al fin de tres años, cuando se ordenó el regreso de la expedición, habíamos gozado de muy pocas oportunidades de salir de los límites de la ciudad en que estábamos estacionados.

No queriendo volver a los Estados Unidos sin conocer primero un poco el país en que habíamos residido por tanto tiempo, presenté mi renuncia, para poder efectuar una gira por las provincias del centro y sur de Chile.

Después de viajar durante varias semanas por regiones del país que han sido descritas frecuentemente por otros, llegué a Concepción, de donde, un poco después, salí a visitar a los indios araucanos, quienes forman el tema de las páginas que siguen.

En un momento como el actual, cuando se siente un interés tan grande por todo lo que se relaciona con las razas aborígenes de América, creo que no se necesita disculpa para publicar cualquiera noticia respecto de una tribu de indios muy poco conocida y raras veces visitada; a pesar de haber ganado una reputación envidiable, por su resistencia al avance de los blancos durante más de trescientos años.

Ha sido mi objeto, dar una relación de las costumbres, los usos, la religión, y el estado actual de

los araucanos; de una manera que puede interesar tanto al etnólogo como a la generalidad de los lectores.

La narración de mi viaje, desde el momento de salir de Concepción hasta entrar en territorio indio, puede tal vez considerarse poco oportuna; pero he decidido incluirla aquí a fin de dar al lector alguna idea del carácter y de la vida de los habitantes de la frontera de Chile, que están emparentados muy de cerca con los aborígenes del país.



LOS ARAUCANOS

CAPÍTULO PRIMERO

El 4 de Enero de 1853, impulsado por el amor de aventuras, salí de Concepción para visitar aquel campo clásico de la historia chilena, la Araucanía.

Encontré algunas dificultades respecto de los caballos; demoras en obtener el equipo necesario: y, a última hora, me abandonó mi sirviente, atemorizado por las advertencias y ruegos de sus amigos, quienes le aseguraron que un viaje entre los indios estaba rodeado de peligros. Pero yo, resuelto a no detenerme más, busqué un guía, que se comprometió a acompañarme hasta Los Ángeles, y, a pesar de lo avanzado de la hora partimos inmediatamente.

Dejando la ciudad, llegamos al Biobío, a cuyas

orillas serpenteaba el camino por varias leguas. Sus bordes son ondulados y en general están cubiertos de bonitos bosques, y aun cuando la corriente es rápida, la superficie del agua es hermosamente tranquila. Este río es ancho y profundo; es el más grande de Chile, y todo su aspecto me hizo recordar el Potomac cerca de Washington.

Un viaje de pocas horas nos llevó al triste caserío de Hualqui. El lugarejo carecía de atractivos para el viajero; pero como ya caía la noche y el cielo estaba muy nublado, la prudencia nos aconsejó que no siguiéramos. Nos detuvimos, y después de algunos trajines descubrimos un rancho, en el cual, según un tablero clavado en el muro, se podía obtener alojamiento para hombre y bestia. Era la posada, y puede tomarse como muestra de las que se encuentran en todos los distritos rurales.

La magnífica declaración de que podían servirnos lo que pidiéramos, no pudo traducirse en forma práctica, pues resultó que las únicas provisiones obtenibles eran el charqui, que jamás hace falta, y una cazuela de ave, que pedimos en seguida. Creyendo que donde había gallinas debían de haber huevos, rogué a la anciana que hacía las veces de dueña de casa, que nos hiciera freir algunos. Su contestación fué eminentemente característica—«*Aquí, S'ñor, los huevos andan a caballo!*» Como no comprendí el alcance de esta expresión, nueva para mí, respondí de una manera tonta, lo que divirtió grandemente a la anciana. No la satisfizo la explicación de que era inglés,

y luego después la ví en conversación con mi sirviente. Al asegurarse que verdaderamente era extranjero, se sorprendió más aún «*Benaiga sea Dios, S'ñor*», exclamó, «*pero be Usted que habla per-faulta-mente como nosotros mesmo!*»

La posada estaba construída de cañas, estucada con barro y techada de paja. Se componía de dos cuartos, el uno ocupado como despacho para la venta de tabaco, velas, charqui, etc, y el otro reservado para los pasajeros. Este último tenía, más o menos, quince pies por lado, sin más piso que el suelo. Las paredes no habían sido blanqueadas y tampoco había cielo raso; pero los tijerales estaban hollinados y adornados con telas de araña en festones. La luz entraba sólo por la baja puerta; muebles no habían, si exceptuamos un rudo marco de madera cubierto de un cuero de buey, que servía de catre.

Al entrar al rancho notamos un olor algo desagradable, proveniente de la molienda de trigo tostado, que ejecutaba en medio del cuarto un individuo robusto, arrodillado en el suelo, inclinado sobre una piedra plana de dos pies de largo por uno de ancho. Un extremo de esta piedra estaba un poco levantado para permitir que la harina corriese hasta un cuero de oveja, colocado debajo para su recepción. A un lado había un montoncito de trigo, del cual el hombre alimentaba su molino; en seguida, tomando con ambas manos un pequeño rodillo de piedra, lo propulsaba activamente hacia adelante y hacia atrás, con un movimiento rotatorio que per-

mitía escapar la harina, y remplazarla al mismo tiempo por una nueva provisión de grano. A juzgar por la abundante transpiración que corría por su frente, su tarea no era de las más fáciles.

De vez en cuando, un muchachuelo sucio, vestido de algo que en un tiempo había sido camisa, entraba de carrera, tomaba un puñado de la harina, la revolvía en una taza de agua y la bebía. Esta bebida se llama *ulpo* y es muy usada por las clases pobres del sur de Chile para sustituir el pan, el cual raras veces se encuentra fuera de los pueblos.

En un pequeño galpon, tostaban trigo en una pequeña paila de greda colocada sobre un buen fuego. Una muchacha harapienta, sentada en cuclillas en medio de las cenizas, lo revolvía para impedir que se quemara.

Nuestra cena fué una *casuela de ave* verdadera—el mejor plato que se sirve en Chile—y que creo firmemente no puede conseguirse en otra parte.

La cena fué seguida por el *mate*. Como esta bebida es especial de Sud América, el método de prepararla merece ser descrito. Se trajo al cuarto un brasero encendido, y se puso a hervir en él un pequeño jarro de cobre llamado *tacho*. Entró la dueña de casa con una cajita de lata que tenía dos divisiones, una con azúcar y la otra llena de *yerba*. Una pequeña calabaza y una bombilla de lata completaron la batería.

Sentándose en el suelo la vieja sopla el fuego con la pollera hasta que hierve el agua; toma una brasa

y la deja caer sobre el azúcar para quemarlo; se coloca la bombilla en la calabaza, con un puñado de yerba y un terrón de azúcar quemado; y sobre esto echa el agua hirviendo. Después de chupar la bombilla para ver si aspira, la bebida se pasa a la persona de mayor importancia. El que ha tomado «sherry cobbler» con una paja, luego se acostumbra a tomar mate; pero mientras es novicio, hay que tener cuidado de no quemarse la boca.

El que viaja por el interior de Chile debe llevar siempre un almofrej, utensilio indispensable para su confort y respetabilidad. El almofrej es un saco de cuero, bastante grande para contener una cama y su ropa (las cuales no se encuentran en la mayor parte de las posadas), como también los demás artículos necesarios para el viaje. Se carga fácilmente sobre las mulas y protege su contenido contra las lluvias y sirve de noche como catre. Es verdad que en este caso el cuarto contenía algo en qué dormir, pero tenía un aspecto sospechoso que sugería la existencia de bichos, y preferí tender mi cama en el suelo.

Mi guía durmió afuera al aire libre, con unos *arrieros*, quienes llevaban sus tropas a Concepción.

La robustez y el sistema perfecto de estos viajeros profesionales los hacen dignos de estudio, sobre todo en lo que se refiere a la manera como se arreglan para pasar la noche.

Al terminar el viaje del día, su primera atención es para la recua; en seguida arreglan sus cargas, no

sólo en vista de la seguridad de ellas, sino también con miras hacia su propia comodidad. Amontonan los objetos más grandes y más pesados de tal modo que forman con ellos una perfecta barricada que los protege contra el viento; y los objetos más pequeños los colocan a su alcance, a fin de dominarlo todo y precaver el robo.

Si por fortuna el arriero encuentra qué cenar, come hasta repletarse, como el anaconda, sin preocuparse de cuándo volverá a comer; si no encuentra nada y sus alforjas están vacías, aprieta su cinturón, fuma un cigarrillo y se queda muy tranquilo.

La cama no le hace falta. La montura chilena se compone de media docena de cueros de oveja, la mitad de los cuales se coloca debajo de la grosera enjalma y la otra mitad encima. Estos cueros tendidos en el suelo le sirven de colchón y la enjalma de almohada. Envolviéndose en su poncho, que nunca abandona, y sin quitarse ni los pantalones ni las botas, el cansado jinete se acuesta sin otro abrigo que el cielo azul de la estrellada bóveda.

Si en el silencio de la noche siente el menor ruido o si se acercan pasos, se pone al instante en guardia con su formidable machete listo.

Se levanta a la madrugada. No necesita vestirse, y, sin lavarse parte inmediatamente en busca de sus animales; luego está en punto para marchar nuevamente.

CAPÍTULO II

Al salir de Hualqui, el camino atraviesa la cordillera de la costa. Hacia el norte, las montañas que forman esta cordillera se dividen en cordones paralelos con extensos llanos intermedios; pero en esta latitud todos se reúnen. Constantemente uno se ocupa en caracolear, subir y bajar un laberinto de cerros, cuya confusión produce una monotonía que fatiga tanto al cuerpo como al ánimo. Mirando desde alguna altura, el viajero se siente perdido en medio de un desorden interminable de subidas y bajadas, sin indicio que determine los puntos cardinales. Aun la vista ocasional de cumbres boscosas, de valles risueños o de arroyos que saltan bulliciosos en su curso hacia el mar, no alivia el tedio de aquel viaje.

La tierra es rojiza, y parece estar compuesta casi enteramente de granito desagregado tan friable que cada fuerte lluvia lo socava, dejando enormes zanjones en las faldas. En muchas partes encontramos grandes grietas abiertas de doscientos o de trescientos pies de profundidad que orillan el camino, y amenazan destruirlo en el próximo aguacero. Esto sucede a menudo, y el viajero que no está al corriente de los cambios, a veces encuentra su marcha interrumpida por abismos que cortan el camino.

Cruzamos varios arroyos, de los cuales el principal es el Quilacoya, que pasa por una hermosa hacienda del mismo nombre. Mas allá llegamos al

Gomero, pequeño riachuelo que corre por el valle fértil de Talcamávida, del cual dice el poeta:

«Valle de Talcamávida importante
De pastos y comidas abundante»

Ya se acercaba la noche; los caminos eran peligrosos después de puesto el sol, estábamos cansados, de modo que resolvimos detenernos aquí y pedir alojamiento en la hacienda vecina. El día siguiente cuando ofrecimos pagar al mayordomo, no quiso aceptar nada; pero al mismo tiempo insinuó que podríamos ofrecer unos reales a la cocinera. Ella no se hizo de rogar.

Después de una cabalgata de cuatro o cinco horas, llegamos a un punto elevado, desde el cual se presentó a nuestra vista un panorama magnífico. Por delante se extendía el gran llano central de Chile; más allá, la dilatada cordillera, y en ella el nevado de Chillán, hermoso y sublime con su grandioso cono; más cerca, la escarpada Sierra Velluda con la vecina mole de Antuco envuelta en nubes. Al norte y al sur los pináculos de Longaví, el cono truncado del Descabezado y las cimas de Santa Bárbara, con otros picos distantes y apenas visibles, se destacaban como islas sobre el horizonte del llano que ondeaba en lontananza como un mar.

Bajando a la llanura, luego llegamos a Yumbel. Preguntamos por la posada, pero nos informaron que aun cuando en un tiempo había existido una, se

había cerrado por falta de clientes, y que lo más probable era que tendríamos que seguir nuestro viaje sin almorzar.

Creyendo que tal vez pudiera encontrar a alguien capaz de darnos hospitalidad, me dirigí a varias de las mejores casas para averiguarlo; y en todas ellas no recibí otra respuesta que un encogimiento de hombros y la noticia de que el pueblo no tenía comodidades para forasteros.

Por fin, una señora más caritativa que las otras nos insinuó la idea de que posiblemente al otro extremo de la calle encontraríamos alguna gente pobre, dispuesta a prepararnos almuerzo en cambio de unos pocos reales.

En las afueras del pueblo había un grupo de ranchos miserables, y logramos encontrar a una vieja con voluntad y medios para atender a nuestras necesidades.

La choza era bastante desaseada, y no queriendo perder el apetito al ver la manera de cocinar, me fuí en dirección de unos manzanos cerca de allí, y tendiendo mi poncho a la sombra, me eché a dormir una siesta. Después de dormir por una hora, me avisaron que ya estaba el almuerzo, y al entrar al rancho encontré un cajón que parecía un almud, cubierto de un paño sucio, encima del cual humeaba un *valdiviano*.

El valdiviano, plato nacional entre los chilenos, se hace de charqui cocido con verduras, la principal de las cuales es la cebolla. Este plato apetitoso

se hace con facilidad, y para un viajero hambriento es un buen bocado. Puede ser que para un estómago delicado sea repugnante; pero una marcha de veinte millas a caballo, sobre caminos malos, es un remedio infalible contra la regalía.

Me senté en el alto estrado que circundaba el cuarto, y la mesa apenas me llegaba a las rodillas. Después de invitar a los presentes que se sirvieran,—atención que se usa en el país, pero que a nadie se le ocurre aceptar,—ataqué mis viandas sin más ceremonia. Siguieron un enorme *cacho* (1) de vino y un plato de aceitunas.

La aceituna raras veces se come en Chile verde y en escabeche, como en España, sino madura y en aceite. Es una fruta que a casi todos les gusta una vez que se acostumbran a ella, pero que pocos extranjeros la comen con agrado en un principio.

Al salir de Yumbel, partimos en dirección sureste para visitar el salto del Laja. El camino atraviesa un llano de arena negra, volcánica, casi intransitable, que se mueve con el viento y se amontona en forma de dunas.

Este desierto arenoso es un fenómeno de especial interés geológico, sobre todo considerado en conjunto con las enormes capas de tufa y de escoria que se encuentran en otras partes de la misma llanura.

(1) *Cacho* cuerno, asta de buey, que en el campo se emplea como vaso.

El viajero, por poco que sepa de ciencia, no puede menos que impresionarse a la vista de estas grandes manifestaciones que con tanta claridad hablan de una época relativamente moderna de vasta actividad volcánica.

El camino por la arena era pesado y fatigoso para los caballos y molesto para los jinetes, debido a las nubes de polvo impalpable que se levantaban con cada sople de viento. Esto continuó hasta que llegamos al río Claro, riachuelo límpido, como lo indica su nombre, que serpentea por un ancho lecho y cambia de curso con frecuencia.

El río no es muy profundo y lo vadeamos sin dificultad. Ya se ponía el sol cuando llegamos al Laja. Como la llanura es tan pareja, no divisamos otra cosa que nos indicara la presencia del río hasta que llegamos a su misma margen, que unos pocos árboles y el vapor de agua que envuelve la catarata.

El camino pasa a pocas cuadras de la cascada, pero la curiosidad que en el pueblo despiertan tales cosas es tan pequeña, que de las muchas personas que viajan por esta ruta son contadas las que se desvían de su camino para contemplar uno de los espectáculos más hermosos y casi único de su clase en Chile. Mi mozo, aunque había cruzado el río muchas veces, no sabía que tan cerca existiera algo digno de verse y se quejó cuando le propuse pasar la noche en las inmediaciones.

No vimos las cataratas hasta que estuvimos en la misma orilla del cañon en que se vacía el río. Los

últimos rayos del sol poniente formaban un hermoso arco iris sobre el velo de agua desmenuzada que se levantaba como humo desde el lecho del río; abajo todo era obscuro; pero el sordo rugido de las aguas advertía la furiosa lucha que continuaba sin cesar bajo nuestras plantas, y nos produjo una impresión más sublime, quizás, que si la hubiéramos presenciado a la clara luz del medio día.

A unos pocos metros de la orilla del río funcionaba un pequeño y primitivo molino, y en sus cercanías había dos o tres *ranchos* hacia los cuales nos dirigimos en busca de alojamiento.

En la puerta abierta estaba sentada una mujer nada mal parecida, quien, cuando la preguntamos si podríamos pasar allí la noche, nos miró con recelo y contestó:

— *Quien sabe*, el dueño de casa no está.

— ¿Puede darnos algo que comer?

— Creo que no, señor.

— ¿No tiene pollos?

— Nó, señor.

— ¿Ni carne?

— Nó, señor.

— ¿Ni verduras?

— Nó, señor.

Pero sucedió que muy cerca divisamos varios objetos emplumados que tenían todo el aspecto de los gallináceos, y que una pequeña chacra situada detrás del rancho parecía bien surtida de cebollas y de papas. Existía, pues, una gran discrepancia

entre los dichos y los hechos; pero como antes me había encontrado en situación semejante, sabía bien lo que debía hacer. Al mozo le mandé descargar la mula y echar los animales al corral. En seguida me senté para esperar con paciencia la llegada del *dueño de casa*. *

La mujer alzó los hombros y no dijo nada. Indudablemente no era inhospitalaria porque no lo son jamás los chilenos de baja esfera; pero temía tal vez los celos de su marido y no se atrevía a asumir la responsabilidad de ofrecer atenciones a los forasteros.

El dueño de casa, que con su familia, había estado atendiendo sus faenas agrícolas en la vecindad, no demoró en aparecer con una pequeña carreta de ruedas de madera de una sola pieza. Nos recibió con mucha hospitalidad, asegurándonos que éramos los bienvenidos y poniendo a nuestra disposición cuanto podía proporcionar su casa. Era comunicativo, inteligente, y más independiente en sus opiniones que la mayor parte de los de su clase, y me entretuvo con las noticias que me proporcionó, de modo agradable. Al preguntarle sobre el volcán de Antuco, en ese entonces en estado de erupción, me informó que era claramente visible desde allá cerca y ofreció conducirme a un punto, desde el cual se lo podía contemplar fácilmente.

A corta distancia de la casa, en un punto despejado de árboles, el espectáculo se presentó de repente a nuestra vista.

La noche era obscura y las montañas estaban

envueltas en nubes; pero pudimos ver con claridad las llamas que jugaban al rededor del cráter, y que de vez en cuando subían en el espacio; mientras un deslumbrante arroyo de lava corría hacia el llano, como un rio de hierro derretido.

La grandeza del efecto se aumentaba con el rujido del Laja—que completaba armoniosamente la escena—y quedé como extasiado hasta que mi acompañante me llamó la atención hácia el viento helado que corría desde la cordillera nevada y me propuso que nos volviéramos a la casa.

Nos esperaba una *casuela* humeante en la composición de la cual—cosa extraña—entraban casi todos aquellos numerosos artículos cuya existencia había negado la buena señora.

La mañana siguiente la pasamos examinando las cataratas.

La llanura está aquí cubierta de una delgada capa de lava compacta, la cual, en una época geológica relativamente moderna, debe haber bajado desde algún volcán de los Andes, probablemente del Antuco, en tiempos en que era más activo que al presente. El Laja corre sobre esta estrata en dos brazos de poca profundidad, y en su término salta desde una altura de setenta pies, labrando varios cauces angostos y encajonados en una extensión de algunas millas, y reuniéndose en seguida en un ancho rio hasta que desemboca en el Biobío.

Con la cámara lúcida logré sacar un croquis bastante exacto, que allí mismo pinté a la acuarela con

colores que llevaba preparados. Estas operaciones causaron considerable sorpresa a mi acompañante, quien creyó que estaba investigando los misterios ocultos de la naturaleza. Me preguntó si había descubierto tesoros en la profundidad del río y quiso saber si el color azul de las aguas indicaba la presencia del oro. Traté de explicar lo que hacía, pero no me creyó, y aun cuando era demasiado político para expresar sus sospechas era evidente que las tenía.

CAPÍTULO III

A alguna distancia más arriba del salto, hallamos el Laja ancho y poco profundo; y a pesar de la fuerte corriente, lo vadeamos sin dificultad. Estábamos ahora sobre el camino central, que une todos los pueblos interiores del sur con la distante capital, aquella gran arteria por la cual pasa la mayor parte del comercio interno del país.

La llanura quemada por ambos lados a causa de la falta de lluvia durante la larga estación de verano presentaba un aspecto sombrío y poco delectable; pero el camino por sí solo ofrecía bastante interés al extranjero, por los frecuentes grupos de campesinos que llevaban sus productos a los mercados.

De pronto se siente un ruido que se asemeja al que hace un tren sobre su camino férreo, y pasa una larga fila de mulas, cargadas de maderas. Cada animal lleva atadas media docena de tablas o de tijerales,

las puntas de adelante asoman por encima de su cabeza, y los otros extremos arrastran por el suelo. Mientras pasan, el viajero debe darles ancho campo, si no quiere que lo desmonten de su cabalgadura.

De repente hiere nuestros oídos un chillido semejante al que harían cien carretillas; y mirando a ver de dónde proviene, observamos una o dos yuntas de bueyes que se acercan lentamente. Sólo cuando casi nos alcanzan comprendemos la causa de tanto crujido: un par de toscas ruedas sólidas, cortadas a hacha de la sección transversal de un grueso tronco, y sin llantas, giran sobre un rudo eje, que jamás había conocido la grasa: sobre el eje se han fijado dos troncos delgados que sobresalen detrás y se unen por delante para formar el pértigo, el cual está sujeto al yugo, que descansa sobre el cogote de los bueyes y se liga a sus astas por medio de correas. La cama del carro no es más que un cuero de buey estirado sobre el armazón, y cuelga a sólo un pie de distancia del suelo.

Estas carretas chatas, se usan en todo el país; y cuando las cargan por completo, llevando encima al carretero que dirige sus bueyes con un largo palo, su apariencia es en extremo grotesca.

Se acerca otra tropa de mulas. Los cueros hinchados que lleva son las famosas *botellas* de que nos hablan los Sagradas Escrituras; van llenas de los renombrados vinos de Concepción.

Los jinetes que siguen atrás no son iguales a otros que hemos visto. No usan el alto sombrero de Gua-

yaquil ni los anchos calzones tan comunes más al norte; tampoco el gorro casi militar de la gente del sur.

Sus cabezas están cubiertas de un bonete azul cónico: en vez del paletó europeo, visten una camiseta suelta, de un tejido fuerte que termina en punta, adelante y atrás; sus piernas están envueltas en largas botas de cuero crudo, y sus pies calzados con *ojotas* del mismo material. Un ojo experimentado ve también algo especial en el color de sus ponchos.

Estos hombres son los maulinos; nombre dado a los que viven cerca del Maule o de sus afluentes. Son de aspecto algo rudo; y su fuerte voz y rostro encendido parecen justificar la idea corriente de que los vinos que trasportan los aguan bastante, haciéndolos perder su excelente aroma, antes de llegar a su destino. Pero por bulliciosos que sean, no olvidan levantar sus bonetes con el saludo de, «¡Adiós señor!» «¡Buen viaje amigo!»

Esta cortesía es innata a todos los chilenos y usan de ella en todas partes, en todas sus acciones, desde el negocio más importante hasta cuando piden lumbré para encender un cigarrillo.

Llegando a Los Angeles, me dirigí inmediatamente a la casa del Intendente, Don José Erasmo Jofré, con las cartas que el Gobernador de la provincia me había dado, bondadosamente exponiendo mis proyectos y recomendándome a la atención de las autoridades.

El intendente me recibió con promesas de procu-

rarme la ayuda necesaria para que siguiera adelante con mis planes.

Como no había posada en el pueblo, me convidó a participar de su estrecho departamento, ofreciéndome al mismo tiempo, buscarme alojamiento en casa de alguna familia donde podría estar más cómodo, si así lo prefería.

Sabiendo que era preciso molestar a alguien, acepté su hospitalaria invitación, antes de recurrir a ninguna de las familias; porque una petición del Intendente; cualesquiera que fueran los términos en que se dictaba; habría sido probablemente considerada como una orden y cumplida como tal.

Como mi huésped tenía que ocuparse de algunos asuntos oficiales, me entregó al cuidado de un joven a quien encargó me atendiera mientras tanto; éste me llevó a una casa vecina donde encontramos reunidas un gran número de personas.

La reunión tenía por objeto celebrar el cumpleaños de la dueña de casa, o más bien el día de su santo.

Es una regla casi invariable en Chile, darle al niño el nombre del santo del día en que nace aun cuando sea del sexo contrario. Por esto encontramos tantas Franciscas, Josefás y Pablas entre las mujeres, y tantos Marías entre los hombres. Todos celebran sus cumpleaños cuando llega el día del santo de su nombre, pero en muchos casos éstos son movibles en el calendario, y a menudo un chileno no sabe el verdadero día de su nacimiento.

Tuve la esperanza de poder desempeñar el papel

de tranquilo observador, sin tomar parte activa en la fiesta, porque después de tan largo viaje un asiento en algún rincón me habría sido más agradable que el ejercicio violento del baile.

Inútil! mi amigo insistió en presentarme a todos los invitados, dándome un número de títulos verdaderamente desconcertante, y luego me encontré en la posición poco envidiable de ser el objeto de todas las atenciones. No se me admitían disculpas; me llenaron de dulces y de confites; me buscaron compañeras, y, a pesar del sueño que sentía, tuve que bailar polcas, valeses, cuadrillas y zamacuecas hasta las dos de la mañana.

Casi todas las damas eran bonitas y de buena figura; todas, bien vestidas y de agradable trato; eran vivas e inteligentes, y sin ser muy instruídas, poseían un grado de refinamiento que era extraño encontrar en un lugar de poca importancia, tan alejado de la capital. Los jóvenes se mostraban verdaderos provincianos, con bastantes pretensiones de elegancia exagerada, aunque vestidos con trajes pertenecientes a modas un poco antiguas. No fué ésta la primera oportunidad que se me presentó de observar—como no puede menos de hacerlo todo extranjero en Chile—la superioridad inexplicable tanto intelectual como física, de las mujeres sobre los hombres.

Regresando de esta fiesta a una hora bastante avanzada, tuve ocasión de presenciar otra celebración de carácter muy diferente.

Al pasar por delante de una casita, atrajo mi atención el canto y los fuertes gritos que salían de adentro. Una mujer que estaba de pie en la puerta abierta, viendo que me detenía, me convidó a entrar.

—¿Qué es lo que pasa?—pregunté.

—*Estamos velando a un angelito de Dios*, respondió ella.

Una contestación tan poco inteligible no hizo sino aumentar mi curiosidad, y entré.

La pieza estaba llena de hombres y mujeres del pueblo, ocupados en beber, y en palmotear al son de la música, dos mujeres, sentadas en el suelo, guitarra en mano, cantaban, con voz pausada versos en que se refería la felicidad de alguien en la gloria.

Pero el objeto que más saltaba a la vista era una especie de altar rodeado de velas encendidas y adornado con flores artificiales. En el medio estaba sentada la figura de un niño de tamaño natural, pintada profusamente de blanco y rosado y vestido de chucherías y adornado con alas de gasa. Es sólo la imagen de algún santo, pensé, e iba a retirarme, cuando una segunda mirada me convenció de que la figura presentaba algo extraño. El cabello parecía natural; los ojos eran vagos y apagados, y las uñas de los dedos, perfectamente formadas.

Al parecer había demasiado arte para que fuera natural, y a la vez era demasiado natural para que fuese todo arte. Me aproximé más para hacer un examen más prolijo.

¡Era un cadáver!

—¿Qué es eso? pregunté a uno que estaba presente.

—Un angelito, señor.

—«¿Un qué?»

—Un niño muerto.

Me retiré disgustado

Después supe que estos *velorios* son muy comunes en todos los distritos rurales, y que frecuentemente se continúan, con música, bailes y borracheras, noche tras noche, hasta que el cadáver principia a descomponerse.

En Los Angeles se hace un comercio considerable con los indios, consistente en el cambio de paños, cuchillos, vinos y cachivaches, por animales y lana.

Esa zona provee de gran cantidad de trigo a los extensos molinos de la vecindad; pero nada se fabrica en ella si esceptuamos los pocos ponchos y otros artículos similares tejidos por la gente del pueblo.

Mientras vagaba por los calles, llegué a una casa donde varias niñas estaban ocupadas en tejer ponchos de diversas clases. Se sentaban en el suelo o en pisos muy bajos y sus telares eran de construcción muy primitiva.

Sin oponer dificultad, me permitieron entrar; pero por cortesía, inmediatamente dejaron de trabajar, y sólo después de muchos ruegos, conseguí que continuaran su tarea.

Me sorprendió saber que los colores brillantes que muestran aquellos tejidos y que tanto llaman la atención de los extranjeros, no son teñidos por los

naturales, cuyos tintes son, en la mayor parte, sombríos: café o azul obscuro. La lana escarlata y otras de colores brillantes que usan para adornar sus ponchos, se obtienen deshilando las franelas inglesas o francesas. Las hebras delgadas que así se procuran son después torcidas unas con otras, hasta conseguir un hilo del grueso necesario.

Había en el telar una *chamanta*—nombre que se da a ponchos que se componen nada más que de listones de colores diversos—el cual me llamó especialmente la atención a causa de su fina textura y hermoso trabajo.

Había sido mandada hacer, y el dueño había escogido el dibujo y entregado los materiales. Su valor intrínseco sería, más o menos, de treinta y cuatro pesos, una vez terminada.

La pobre niña calculaba que demoraría cuatro meses en terminarla e iba a recibir por su trabajo la suma de doce pesos. Antes, jamás se me había ocurrido pensar en la inmensa revolución causada en la labor humana por el vapor. No obstante, es un hecho singular, que con todos los adelantos de la ciencia moderna, los telares más célebres de Europa no han podido igualar las telas producidas por la maquinaria más primitiva. No sólo permanecen sin rivales los chales del oriente, pero aun la frazada sudamericana no han podido imitarse con éxito.

Todos los años envían los fabricantes ingleses gran número de ponchos a Chile, pero no pueden equivocarse con los nacionales; aunque su textura es

más fina y sus colores más suaves, no duran lo mismo, y la lluvia los traspasan con facilidad, en tanto que, los hechos en el país, al mojarse un poco, se ponen tiesos y compactos, lo que permite que la lluvia corra de la misma manera que por sobre el techo de una casa, protegiendo así al que los usa.

Sentí no haber salido de Concepción una semana antes, porque el intendente me informó que acababa de volver de una visita hecha al volcán Antuco, acompañado de varios oficiales y de un caballero inglés de Valparaíso, a quien yo conocía.

Su objeto había sido averiguar si existían motivos que justificasen el temor de los habitantes de la provincia, de que las aguas de la laguna de la Laja, aprisionadas por una corriente de lava, pudiesen romper el dique y causar una gran inundación. Encontraron que el peligro era sólo imaginario; pero el viaje había resultado de sumo interesante y me aconsejó que demorara lo menos posible en hacer mi visita proyectada.

Determiné partir inmediatamente. El intendente me proporcionó una carta de introducción para el cura y una orden para el subdelegado del distrito y a sus buenos oficios debí también el guía que me acompañó.

CAPÍTULO IV

El volcán se encuentra casi al oriente del pueblo, pero el camino conduce más al norte.

Poco después de partir llegamos a una gran llanura, muy pastosa y con grupos de hermosos árboles esparcidos aquí y allá, que aumentaron en número cuando entramos a la espléndida *Hacienda de las Canteras*, extensa propiedad que pertenecía al ex-presidente Bulnes.

Esta hacienda tiene fama de ser una de las mejores del sur de Chile, y como tantas otras de la región, se compró directamente a los indios.

Se dijo que el Gobierno tenía la intención de examinar los títulos de las propiedades obtenidas de esta manera, y de confiscar las adquiridas fraudulentamente o que hubiesen sido traspasadas de una manera incorrecta; pero mientras la hacienda de *Las Canteras* esté en poder de su actual dueño, no es probable que nadie le dispute el título, aun cuando tal vez en manos de una persona de menos influjo, pudiera pasar otra cosa. A la distancia divisamos las grandes casas de la hacienda; pero no nos acercamos a ellas.

Llegamos a la casa del cura de Antuco a las ocho de la noche. Nos sirvieron una abundante cena a la cual hicimos plenos honores. El cura era joven, bien educado y de distinguidos modales; su casa era el punto obligado de alojamiento de cuantas personas extrañas pasaban por aquella vecindad; y al parecer esta situación le era agradable porque la sociedad que así se proporcionaba distraía la monotonía de su existencia.

A la comida siguió una botella de mosto generoso; y sacando yo, después, algunos habanos escogidos

que guardaba para ocasiones especiales, nos acercamos al bracero para pasar algunas horas en agradable charla.

El día siguiente era Domingo, y desde temprano comenzó un formidable traqueteo que anunciaba la celebración de la misa en una capillita situada a corta distancia. El campanario era un manzano, en el cual estaba montado un muchacho, quien golpeaba con todas sus ganas en una pequeña campana trizada, suspendida entre las ramas. La capilla, era pequeña y carecía de adornos; pero era aseada y estaba arreglada con gusto. La asistencia era grande y se componía en parte de indios; quienes, aunque atraídos probablemente por la curiosidad, se portaron con respeto y circunspección.

Después de la misa la casa del cura se llenó de hombres y mujeres, que traían toda clase de quejas y demandas para que él se las resolviera. Al parecer, el cura era el árbitro de todas sus disputas, y ejercía sobre ellos un especie de dominio patriarcal que nadie discutía. Estos asuntos pertenecían propiamente al subdelegado, oficial subalterno nombrado por el jefe del departamento; pero como en los lugares de poca importancia, el cura, además de su carácter sagrado, es generalmente la persona de más inteligencia, fácilmente adquiere gran ascendiente sobre todos, lo cual a menudo produce los más felices resultados.

Durante el día se vió un buen número de indios ociosos en la vecindad. Volvían de una expedición

comercial a Chillán, a donde habían llevado para vender animales vacunos y sal, y ahora iban en viaje de regreso a Buenos Aires por vía de los Andes y las Pampas, con los productos de sus negocios. Se habían detenido en esta última población de su camino para armar una jarana, y parece probable que llegarían a sus hogares más pobres que cuando salieron.

Eran sucios de aspecto salvaje, y bulliciosos; pero, aunque alcoholizados, no eran ni turbulentos ni pendencieros. Horas enteras permanecían sentados en círculo, pasando el cántaro de boca en boca, mientras uno u otro recitaba un discurso monótono, intermezclado con gritos, los cuales eran contestados por los oyentes con sonidos guturales de aprobación.

Su traje era el vestido corriente del gaucho de las pampas: un poncho terciado sobre los hombros o amarrado a la cintura; otro, sujeto por una faja arreglado a manera de pantalones turcos, debajo del cual usaban anchos calzones blancos con flecos en las orillas. Calzaban botas de cuero de caballo, por las cuales el dedo grande del pie asomaba lo suficiente para permitir su introducción en las pequeñas estriberas triangulares de madera que usan. Llevaban el cabello largo, contenido sólo por un pañuelo de algodón de color resaltante. Unos pocos lo llevaban trenzado en parte, y adornado con cuentas de plata; pero por lo general no hacen ostentación de riqueza cuando están fuera de sus hogares.

Estos indios eran Pehuenches o Puelches, término

general aplicado a todos los que viven al este de la Cordillera; o tal vez entre las montañas al oriente de la llanura. El nombre significa (*pehuén* pino, y *che* gente) gente de los pinares; probablemente a causa de los bosques de pinos que se encuentran al pie de la Cordillera. La palabra *puelche* también se usa mucho por la gente del pueblo en el sentido de Oriente o el viento que sopla desde esa dirección.

Estos indios son de la misma raza que los araucanos, hablan el mismo idioma, y difieren de ellos sólo en las peculiaridades de usos y costumbres que resultan de la diversidad del clima, suelo, y modo de vivir.

Antuco es una pequeña aldea construida enteramente de cañas, barro y totora. La capilla y la casa del cura eran los únicos edificios blanqueados.

En la noche, acompañado de dos de los oficiales del piquete estacionado allí, hice una visita a una de las notabilidades del lugar, y fuimos recibidos con la mayor hospitalidad. La casa, como todas las demás, estaba enlucida de barro por dentro y fuera y los *tijerales* estaban a la vista. El amoblado consistía de unas pocas sillas de madera (que juraría fueron hechas en Connecticut) y una tira de alfombra o jergón de fabricación casera, tendida delante del asiento de honor, donde la señora rodeada de sus hijas, esperaba a sus visitas.

La formalidad de la presentación pasó rápidamente, y después de los ruegos, disculpas, ronquera, falta de memoria, tos, etc., usuales en tales circuns-

tancias, una de las señoritas tomó su guitarra y nos favoreció con una tonada. Siguió una polka; pero como la ejecución de las rápidas vueltas que exigía la música de la guitarra, y con compañeras no muy diestras, no era tarea muy fácil en el piso disparejo de barro, los bailes de etiqueta cedieron su lugar a la zamacueca nacional.

La zamacueca ha sido muy difamada por los extranjeros que la han visto sólo en los puertos y en localidades de carácter cuestionable; pero tal como se baila en la buena sociedad, o aun entre la gente del pueblo, en el interior, no es menos graciosa, y sí mucho más modesta que los schottishes y redovas del salón moderno.

La pareja se pone de pie, él al frente de ella, a unos pocos metros de distancia. Suena la guitarra, comienza el canto, el auditorio golpea las manos marcando el tiempo de la música. Los bailarines avanzan, retroceden con coquetería, circulando o girando como se lo sugiere el capricho; pero siempre enfrentando una a otro, agitando constantemente sus pañuelos, mientras ejecutan pasos intrincados. Como la figura y el paso son arbitrarios, cada uno tiene su estilo especial, que aumenta mucho la belleza y el interés del baile. La música, aun cuando es una repetición monótona de unas pocas notas, es inspirante; y los versos, si no son grandes obras poéticas, sirven para animar el baile.

Doy aquí un ejemplo:

«Dices que no me quieres,
Porque no tengo que darte;
Enséñame a aborrecerte
Porque no sé más que amarte»

En la mejor sociedad de la capital y de los puertos, se ha desterrado la zamacueca, por el hecho de ser plebeya; la misma razón ha causado el abandono de la guitarra, y aun le ha creado una mala atmósfera entre los encopetados; pero en sus bailes y tertulias, después de la cena, cuando la etiqueta ha mermado, la música y bailes nacionales suelen reasumir su antigua supremacía, y son siempre recibidos con entusiasmo.

Al principio el cura parecía no querer comprometer su dignidad, y se mantuvo un poco alejado de la tertulia, pero acosado por bromas de buen tono, se entregó y después de arremangarse la sotana, se puso a bailar con todo entusiasmo.

Este joven cura tenía muchas cualidades que le hacían agradable; parecía sincero, e interesado en velar por el bienestar de sus feligreses, sin embargo, no tenía nada de ascético, ni de terco en su carácter; era compañero simpático e hizo todo lo posible para contribuir a la comodidad y entretenimiento de sus huéspedes.

En otra ocasión, había tenido que recurrir a la hospitalidad de uno de sus colegas a quien conocí bien; y le conté la recepción que me había hecho. Se divirtió mucho con mi narración y aunque tal vez no

resulte tan interesante para el lector sin embargo me tomaré la libertad de reproducirla aquí.

En mis viajes más al norte de Chile, la casualidad hizo que me encontrara con *B*, joven inglés, quien viajaba hacia Chillán con una gran tropa de mulas de carga, por algún asunto cuya naturaleza nunca alcancé a descubrir.

Era un día helado y lluvioso cuando llegamos al pueblecito de *R*... Durante algunas horas habíamos viajado en medio de una tempestad deshecha, mojados hasta los huesos; pero teníamos una buena expectativa por delante, porque *B*. llevaba una carta de presentación para el cura de la localidad, quien, según le habían asegurado, nos atendería con todo cariño.

La vista de dos torrecillas blancas hizo latir nuestros corazones. Mientras veníamos caminando cansados, por el barro y el agua; habíamos pensado con placer en las comodidades del curato; y habíamos formado en nuestra imaginación muchos retratos del buen padre, con su cara rubicunda y su obesidad pronunciada; un modelo de hospitalidad y de buena vida. Ahora nuestros sueños iban a materializarse.

Al doblar una esquina, tuvimos por delante la tranquila casa del cura, muestra de aseo y de comodidad, bien resguardada a la sombra de la iglesia. Un jardincito delante de la puerta indicaba la presencia de alguna persona del bello sexo. Si hubiéramos tenido recelos, estos ahora se habrían desvanecido; y espoleando a nuestros corceles nos lanzamos

hacia la casa sin detenernos hasta llegar a la misma puerta.

Una guitarra sonaba alegremente, y sentimos el ruido de risas apagadas; pero ambas cesaron al momento y media docena de caras femeninas se asomaron a la ventana, para retirarse en seguida. Luego se sintió correr los picaportes; la puerta se abrió un poquito y se asomó una naricita arremangada, acompañada de dos ojos negros que brillaban con una impertinencia encantadora y nos miraban con sangre fría desconcertante a la vez que con admiración inquisitiva. Más atrás se veían otras narices y ojos, todos con la misma expresión de sorpresa.

Haciendo un profundo saludo, preguntamos.

—Está en casa el padre?

—Sí, señor.

—¿Podemos verle?

—Ahora no, señor; está durmiendo la siesta y no se le puede estorbar por otra hora todavía.

Al oír esto, *B* sacó de su bolsillo algo que parecía un trapo mojado, y estendiéndolo hacia la doncella, la informó que era una carta para el cura.

Le dió vueltas interrogativamente, diciendo que se lo entregaría cuando despertara.

—Pero,—gritó *B* poniéndose impaciente, porque la lluvia caía a chorros,—es una carta de recomendación: hemos venido a alojarnos aquí.

—¡Ah!—dijo ella con asombro,—entonces sería mejor que entrasen a esperar hasta que despierte el cura.

Nos introdujeron a un cuarto pequeño que servía de pasadizo entre la calle y el patio interior. Una ventana y una puerta, ambas abiertas de par en par, mantenían una libre circulación del aire y la temperatura era casi tan desagradable adentro como afuera. Una mesa de pino, una banca y dos sillas anticuadas con respaldos de cuero, formaban el único amoblado; y el húmedo piso de ladrillos no tenía ni alfombra ni estera.

No nos sorprendió encontrar una pieza de esta índole en el campo, en donde las que sirven de salón, de cocina, de dormitorio o de gallinero, son en general por el mismo estilo; pero una puerta medio abierta nos mostró un saloncito muy cómodo, bien amoblado y alfombrado; e hizo nacer en nuestra mente opiniones que no eran muy favorables para la cortesía de nuestros huéspedes.

Las damas nos miraron por algún rato, hicieron algunas observaciones sobre el mal tiempo, agotaron todas las preguntas a que las obligaba su curiosidad y entonces se retiraron alegremente al salón para reasumir sus bailes. De la misma pieza también venían el olor de azúcar quemada, el ronquido de una tetera hirviendo y otras muestras inequívocas de que el mate estaba ejerciendo su influencia habitual.

Esto, para nosotros, era desesperante: un asiento en ese salón confortable habría sido delicioso; un baile agitado habría calentado nuestra sangre casi helada por el frío, yertos, mojados, hambrientos

como nos encontrábamos, era un colmo tener al alcance de nuestros sentidos el confortante mate, símbolo de la hospitalidad del hogar chileno, sin poder participar de sus beneficios.

B metió ambas manos en los bolsillos y dejando caer la cabeza sobre el pecho, principió a lanzar las más furiosas invectivas contra la vileza de la humanidad en general y en especial contra los chilenos.

En cuanto a mí, aunque tenía hambre, cansancio y no poco disgusto, sin embargo esta repentina e inesperada destrucción de todos nuestros hermosos sueños me parecía tan burlesca que no pude menos que reirme a carcajadas y embromar a mi compañero sobre su excelente carta de presentación. Pero sobre ese punto estaba seguro;—«lo que hemos sufrido se debe principalmente a la poca educación de unas muchachas inconscientes, y el buen padre cuando despierte nos acomodará muy bien»—dijo él.

Pasó una hora—para nosotros una eternidad—cuando una de las niñas vino a advertirnos que iban a darle un *esquinazo* al cura para espantarle el sueño. Entonces todas salieron corriendo como bacanales y luego sentimos resonar en un corredor distante, el toque monótono de la guitarra, un fuerte coro interrumpido por risas y el alternado frotamiento y golpes de un cuero de oveja contra la puerta, imitación del chirrido y de la explosión de los cohetes.

Volvieron las niñas en tropel, nos miraron nue-

vamente con curiosidad, y partieron en medio de la lluvia, cada una a su casa.

No demoró en aparecer el cura. Era hombre grande y corpulento, vestido de sotana como es costumbre entre el clero; sobre sus anchos hombros había echado un grueso poncho de color café; sus pies estaban metidos en *suecos* que le daban dos pulgadas más de estatura y su cabeza todavía ostentaba un blanco gorro de dormir cuya borla caía hacia adelante. Un formidable par de anteojos adornaba su nariz; sus labios estaban fuertemente comprimidos sobre un cigarrillo de papel, el humo del cual echaba despreciativamente por las ventanillas de la nariz; su ancha cara tenía el color de un bacalao seco; hasta su doble barba no indicaba ninguna expresión benévola; y mientras se paraba allí, con las manos en los bolsillos, mirándonos de reojo, todo su aire demostraba muy poca hospitalidad espontánea.

—Traje una carta para Ud. señor, dijo *B*— incli-
nándose políticamente.

—Sí, la he leído—fué la contestación seca y sig-
nificativa del clérigo, mientras se dejaba caer en un
sillón.

Ambos tuvimos la misma idea—abandonar la casa
y buscar alojamiento en otra parte—pero, ¿dónde
podríamos ir? El temporal continuaba sin piedad—
nuestros sirvientes habían ido a dejar al potrero
nuestros caballos, no conocíamos el pueblo y no te-
níamos ningún medio de trasportar nuestros equipajes.

Siguió un silencio, roto al fin por *B*—quien dijo:

—Sentimos mucho, señor, darle tanta molestia.

—De ninguna manera, señor: la casa está enteramente a su disposición—fué la respuesta, en tono friamente cortés.

—Le libraremos de nuestro cuidado, a la primera hora mañana.

—«¡Ah!»—exclamó el cura, mirándonos y el montón formidable de equipajes, como quien creyera que habíamos venido a pasar un mes a lo menos. Era evidente que sintió cierto alivio; y preguntó en tono más conciliador cuantas horas habíamos andado ese día.

—Partimos muy temprano por la mañana sin esperar siquiera el desayuno,—dijo *B*,—dándome un codazo en las costillas para llamar mi atención sobre la manera delicada con que había hecho la insinuación. Pero aunque ni la indirecta ni el codazo me pasaron inadvertidos; el buen padre al parecer no entendió ni la una ni el otro.

—¿Llovió mucho por el camino?

—Sí, señor, el temporal fué violento y hacía mucho viento; nos mojamos mucho y nos helamos hasta los huesos.

El codo otra vez me buscó las costillas, pero nuestro cura no comprendió que alimento y lumbre aumentarían nuestra comodidad y siguió fumando su cigarrillo en silencio.

Mi pobre amigo llegó al colmo de la desesperación. Había sido completamente derrotado, y habría abandonado la lucha si no hubiera divisado en mis labios

una sonrisa que en vano traté de reprimir. Eso picó su amor propio y reuniendo todas sus energías exclamó,—Mi querido señor, tenemos mucha hambre ¿no nos dará algo que comer?

El cura nos aseguró, con un ademán lleno de dignidad, que no teníamos para qué preocuparnos por ese capítulo.

—Pero, señor,—continuó *B*—determinado a seguir manteniendo su ventaja,—también tenemos mucho frío; ¿no nos hará Ud. el servicio de pedirnos un poco de fuego?

Dió las órdenes del caso y después de unos pocos momentos pasados en silencio, apareció la sirvienta con un enorme brasero lleno de carbón. El padre entonces se retiró y nos dejó para que gozáramos del fuego en libertad.

—¿Qué le parece ahora, su magnífica recomendación?—pregunté cuando había salido el cura.

Mi compañero se desquitó con un furibundo discurso contra las cartas de recomendación y los que las escribían.

Habló vehementemente contra todos los sudamericanos, sobre todo contra los chilenos y en especial contra los habitantes de *R*, entre los cuales demostró con toda claridad que los padres eran los más viles y los más descastados. Pero su enojo se apagó por sí solo y llegó pronto a disposiciones más caritativas, hablando en seguida de las ventajas de viajar y de estudiar la naturaleza humana, de una manera que habría hecho mérito a un filósofo.

Pasó lentamente otra hora, cuando de repente entró una señorita, quien, abriendo un cajón, principió a poner la mesa. Hecho esto, acercó una silla al brasero y sentándose, entró en conversación. Era joven —al menos no muy vieja—viva como todas sus compatriotas, y bonita; de tipo'claro, mejillas rosadas y ojos negros encantadores. Bajo su suave influencia principiámos a modificar nuestras opiniones y a creer que tal vez dado por sus manos aun el pan amargo de una hospitalidad forzada tendría un gusto más dulce.

Nos dijo que era la sobrina del buen cura, y que había venido a acompañarle a fin de dirigir su casa y vigilar sus asuntos temporales. No la habíamos hecho ninguna pregunta; pero parecía que ella estimaba necesaria esta explicación, porque el mundo es a veces poco caritativo.

Luego trajeron la comida, que fué abundante. Había una *casuela de ave*, que olía a cebollas, seguida de un buen trozo de asado con ensalada de betarraga; todo ello acompañado de algunas botellas de vino tinto—el rico *mosto* del sur. El buen padre (o tal vez la sobrina) se había sobrepasado y subió mucho en nuestra estimación.

La señorita insistió en sentarse a la mesa para servirnos; y determinado a hacer honor a su bondad, tomé una cucharada llena de la succulenta cazuela. Había olvidado la predilección de los chilenos por el ají y cuando me detuve para respirar, sentí que se me picaban la boca, la lengua y la garganta como

si hubiera tragado plomo derretido. La picazón fué intensa y tomando lo que había más a la mano—una botella de mosto—me serví un vaso lleno. Era un vino fuerte y alcohólico y pasó como fuego líquido por mi ya lacerada garganta. Pude haber gritado de dolor, las lágrimas me saltaron a los ojos y miraba por todos lados con desesperación para ver si encontraba con que aliviar el intolerable ardor de mis fauces.

La señorita, viendo que algo me faltaba, me dijo con una sonrisa angelical:—¿Qué le puedo pasar, señor? Tal vez le gustaría un poco más de ají.—Así hablando, colocó al lado de mi plato una fuente con estos pimientos rojos.

Tomé el plato nerviosamente; y si este ofrecimiento hubiese venido de un hombre, se lo habría tirado por la cabeza. Pero ello fué hecho con tanta solicitud y con una sonrisa tan bondadosa, que vencieron mi fastidio. Ella, sin duda, creyó que el ají era el condimento más delicioso del mundo. De modo que, refrenando mis sentimientos y presentando una cara más agradable, le aseguré que el caldo no podía mejorarse con la adición de ninguna cosa, y que no habría sido mejor ni aun cuando lo hubiesen preparado sus propias manos, cumplimiento perfectamente español, y, al contrario de la mayor parte de las lisonjas, absolutamente verídico.

Durante esta escena, tuve temor de mirar a *B*, sabiendo que le había llegado su turno para reirse de mí. Le dí, sin embargo, una mirada de soslayo;

y pude verlo con la cara roja por los esfuerzos que hacía para reprimir su hilaridad. Había sido más advertido que yo, y escogía las presas con mucho cuidado, dejando a un lado todas las que no eran succulentas. Por el momento, yo tan sólo deseaba que él y su amigo, su recomendación, el padre, los ajíes y todos (menos la señorita) estuviesen en los quintos infiernos.

Toda tentativa de comer más era inútil. La señorita se mostraba muy preocupada, creyendo que yo había perdido el apetito, o que estaba enfermo. Muchos días después mis labios hinchados y mi boca llena de ampollas me recordaban constantemente al buen cura y su cazuela.

Nuestras meditaciones digestivas fueron interrumpidas por la llegada de dos caballeros, quienes deseaban ver al señor cura. Me pareció reconocer en uno de ellos a un mayor S— a quien había visto en Santiago y no me equivocaba, porque, después de mirarme por un momento, se adelantó apresuradamente y me sacudió con violencia la mano, como lo hacen aquellas personas que quieren aparentar mucho gusto ante un casual encuentro. El cura quedó pasmado; necesitaba una explicación, que no demoró en ofrecerse, porque el bueno del mayor, viendo que nos conocíamos imperfectamente, me presentó al punto como el Sr. Don Eduardo, uno de sus amigos íntimos, y además oficial de la marina de los Estados Unidos. Siguió explicando de una manera nueva y original la naturaleza y objeto del Observatorio

de Santiago, del cual, según él, era yo uno de los altos oficiales, puesto honorable y lucrativo, y terminó por recomendarme al cura como sabio muy distinguido.

Yo estaba abrumado por la volubilidad del mayor, y sorprendido por tanta atención de parte de una persona con quien nunca había tenido relaciones de confianza; pero, fuere el que fuere su propósito, yo nada perdía con el encuentro. Los amigos de un dignatario tan distinguido como lo era el jefe militar de la zona (tal era el puesto que ocupaba el mayor) no podían ser sino personas de alta consideración y en vez de figurar como forasteros oscuros, poco deseados y quizás sospechosos, nos encontramos de repente amigos íntimos y festejados de las autoridades militares, civiles y eclesiásticas.

El cura, ahora que estaba satisfecho de nuestras credenciales, se mostró tan amable como antes había sido reservado. Hizo todo lo que pudo para entretenernos y, al día siguiente, cuando nos preparábamos para salir de madrugada, insistió en que nos quedáramos otro día más o por lo menos a almorzar, prometiéndonos que la segunda parte de la visita sería mucho más agradable que la primera. Sin embargo, no aceptamos su hospitalidad, habiendo resuelto seguir nuestro viaje; pero le dijimos que pasaríamos a visitarle a nuestra vuelta, si ello era posible.

Cuando estábamos a punto de partir, se divulgó el secreto de nuestra singular recepción.

Un buen número de aldeanos llegaron a la casa y preguntaron por nosotros.

—¿Tienen cuerdas de guitarra que vender?—preguntó uno.

—¡Nó!—fué la contestación.

—¿Tienen cintas?—preguntó otro,

—Nó, no tenemos nada que vender.

—¿Cómo? ¿Por qué llevan tantos baúles entonces?—exclamó un tercero, mostrando con el dedo las mulas cargadas.

—¡Han de creer que somos mercachifles!—gritó B—indignado.

—Para decir la verdad, caballeros,—dijo el cura— así creí yo al principio.

Cada cuento tiene su moral; y si el lector alguna vez está obligado a viajar en Chile, que se fije en las mulas de carga y en el equipaje superfluo, si es que aprecia su respetabilidad.

CAPÍTULO V

Aun cuando el pueblo de Antuco está a la vista del volcán, y a pesar de que sus habitantes habían tenido el mayor temor a causa de la erupción, encontré que ninguno de ellos se había atrevido a acercarse al monte, con excepción del cura, quien acompañó al intendente en su visita oficial. Tuve, por lo tanto, que valerme de la carta que había recibido para el subdelegado y pedir los servicios del

Capitán de Amigos (intérprete indio), quien vivía cerca del volcán y conocía todos sus alrededores. Se le advirtió que estuviera listo, y al día siguiente, a las cinco y media de la mañana partimos.

Después de cinco horas de viaje llegamos a la casa del capitán, nuestro guía, donde almorzamos y dejamos descansar a los caballos.

Cerca de este punto se encuentra el fuerte de Ballenar, o más bien sus ruinas, situadas sobre un cerro de forma tan singular que al principio me imaginé que el nombre *Castillo de Ballenar* se daba al cerro mismo por su parecido a un castillo con terrazas, bastiones, torres y almenas.

El fuerte fué construído de ladrillo, y aunque pequeño, era de mucha importancia en los tiempos de Pincheira, para tener a raya a los indios que acostumbraban dejarse caer por el paso vecino y devastar todos los campos cercanos, pero desde hace tiempo ha sido abandonado por inútil. Los únicos indios que ahora viajan por esos caminos son pacíficos comerciantes, quienes hacen excursiones amistosas para negociar en los pueblos que desolaban en tiempos pasados.

A medio día continuamos nuestra marcha. El guía echó dos o tres pedazos de charqui entre los pellejos de su montura y llenó sus alforjas de cebollas, como provisiones para el viaje.

A medida que avanzábamos, más hermosos eran los paisajes, porque nos internábamos en profundas quebradas, atravesando una y otra vez el torrencioso

riachuelo que en un punto formaba una espléndida cascada, al pie de la cual las aguas se reunían en pozo tan puro y cristalino, que cada piedrecilla se destacaba clara y definida en su límpido fondo.

Penosamente subimos un alto cordón y desde el portezuelo pudimos observar un panorama de carácter completamente alpino. No recuerdo haber visto nada más grandioso. Por un lado se levantaba con orgullo la escarpada Sierra Velluda, que elevaba hacia los cielos sus pináculos rocosos, coronados de nieves eternas; por el otro se alzaban más picos nevados; llenos de torrentes y cascadas que saltaban y rugían sobre los peñascos en su carrera para aumentar el caudal del Laja, que aquí no era más que un riachuelo turbulento que corría a nuestros pies.

Por delante, desolado y negruzco se destacaba el cono aislado del Antuco. Es verdad que estaba cubierto de nieve; pero no blanca y pura, brillando bajo los rayos del sol, sino grisácea y manchada con un velo de cenizas caídas del volcán. No se veía más indicio de su actividad, que un poco de humo y vapor que flotaba como nubecilla sobre el cráter principal.

Al bajar de este cordón notamos señales más frecuentes de la erupción última; trozos de escoria y fragmentos de piedra esparcidos a lo largo del camino y que aumentaban en número hasta que llegamos al Tuvunlevu, arroyo bullicioso, cerca del cual se encuentran los restos del último resguardo que queda a este lado de la cordillera. Aquí hallamos

una masa de escoria que durante alguna erupción anterior corrió desde el volcán y después de hacer un circuito de ocho o diez millas entre los cerros, invadió este valle, interrumpiendo el curso del Laja.

Era de color negro ceniciento más semejante a la escoria de una fundición de hierro que a cualquiera otra cosa. No era compacta, homogénea y ricamente vetada de varios colores como la lava, sino una masa tosca, como si las rocas, trizadas y partidas por convulsiones violentas, se hubiesen cimentado y unido al enfriarse. En partes se presentaba en forma de tortuoso río, en otras como gigantesco muro, y a veces se asemejaba a olas que avanzaban con cresta espumosa y ondeada o como un torrente impetuoso de la montaña que, habiendo roto su barrera de hielo, se precipita en loca carrera, encontrándose de repente sujetado y petrificado en medio de su desenfrenado curso. Sobre él anduvimos cautelosamente, siguiendo el sendero formado por los indios, para llegar luego a un manzano situado en una hermosa vega donde verdeaba el pasto mezclado con fragantes fresas y cruzado por un riachuelo de helada y cristalina agua que corría con suave murmullo a través del prado. Descansamos un rato y el guía quiso pasar la noche aquí. Me aseguró que en ninguna parte podríamos encontrar panorama más hermoso, ni lugar más adecuado para pastorear los caballos.

Los cerros que se elevaban abruptamente a nuestro alrededor se componían de arena volcánica suelta y de cenizas; eran completamente áridos, sin más

vegetación que unos cedros que crecían a sus pies, o en algunos puntos de la falda donde existía un poco de humedad. Como el volcán se encontraba a una corta distancia y eran sólo las cuatro de la tarde; preferí más bien avanzar.

Casi al frente del lado del volcán donde había tenido lugar la erupción, en un cerro alto por donde teníamos que pasar, se podían divisar unas manchas verdes, y las nieves cercanas ofrecían agua en abundancia. Como parecía estar cerca insistí en llegar hasta allá, y el guía de malas ganas dió su consentimiento.

La distancia era mayor de lo que me había imaginado y el camino mucho más difícil de lo que aparentaba. En derechura de nuestro camino había un vasto lecho de escoria que teníamos que atravesar con lentitud, en curso ondulado para evitar las partes más ásperas donde podían lastimarse los animales. Tuvimos que cruzar el río, que no era profundo ni ancho; pero sí, impetuoso y lleno de hoyos y de piedras resbalosas. Pasando una honda quebrada, principiámos la subida. El primer cerro se componía de arena suelta, cenizas y fragmentos de escoria angulosos y cortantes; y se levantaba por más de cien metros tan abruptamente que parecía casi perpendicular. Subí a caballo por una parte del camino, haciendo cortos zig-zags, pero el pobre bruto se esforzaba tanto y avanzaba tan lentamente que desmonté y seguí a pie, a veces gateando debido a lo escarpado del trayecto. Mi sirviente también se desmontó; pero

el guía quedó firme en la silla, y dijo que prefería que el caballo se estropeará y no él. Llegó arriba sin novedad, pero yo a cada momento esperaba verle rodar con caballo y todo por el barranco pendiente y traicionero.

Siguieron otros cerros ásperos, cubiertos de trecho en trecho por pequeños y raquíuticos arbustos que daban una especie de baya; y después de una cabalgata muy fatigosa llegamos al punto que habíamos divisado desde el valle. El sol se había puesto, estaba oscureciendo; y aunque el espectáculo desde allí debía quizás ser hermoso durante la noche; no había pasto; lo verde que yo había visto resultaron ser unos montes bajos y ramosos. Me encontraba perplejo y estaba deliberando si me alojaría allí, mandando los animales con el guía y mi sirviente a un punto donde pudiesen hallar pasto, cuando el problema fué resuelto de otra manera. Una tempestad, que desde hacía rato nos había amenazado, estalló de repente.

El relámpago principió a alumbrar las cimas, seguido por el estruendo resonante del trueno, y gruesas gotas de lluvia más tupidas cada instante, pronto nos empaparon. No había donde refugiarse ni pudo hallarse otro abrigo próximo, sino una profunda quebrada bordeada de sombríos pinos que se encontraba a una milla de distancia.

Se me presentaba una oportunidad única de pasar aquí una noche en medio de todos los elementos que constituyen lo sublime. Pero la idea de quedar

saturado de agua y sin comer, con el séquito consiguiente de resfriados y reumatismos, apagó todos mis ardores de romanticismo y partimos a galope por un llano de arena y cenizas, cortado por hondos zanjonés, hasta que alcanzamos un árbol protector, cuyas bajas y frondosas ramas nos ofrecieron abrigo para la noche. Un banco de nieve daba nacimiento a un pequeño arroyo en cuyas orillas el pasto crecía fresco y tierno.

Dejamos en libertad a los rendidos animales, y haciendo una enorme fogata de las ramas secas que se encontraban en abundancia, luego tuvimos un campamento digno de los gitanos.

El capitán ensartó en un palo un buen trozo de carne y lo puso a asar. En breve nos encontramos con la cena lista, pero sin otros condimentos que un poco de sal y un buen apetito.

Nos tendimos debajo del árbol y cortamos la carne con nuestras navajas en perfecta igualdad y compañerismo.

También saqué un poco de charqui y unas cebollas, las que eché en una olla colocada sobre el fuego y traté de hacer una sopa. Pero aunque el agua hervía a borbotones, ni la carne ni las cebollas se ablandaban. Al reflexionar se me ocurrió que en esta altura el punto de ebullición debe ser muy bajo. Esto resolvió el misterio y boté la sopa sin ofrecer ninguna explicación filosófica a mis compañeros.

Tendimos nuestras camas debajo de las ramas tupidas del árbol; y después de haber tomado la

precaución de extender un poncho sobre las ramas más bajas como resguardo adicional nos echamos a dormir.

No duró mucho la lluvia. Continuaron los relámpagos y truenos que producían efectos maravillosos entre las altas cumbres, y a veces las nubes negras que cruzaban el espacio reflejaban los fulgores del volcán que estaba escondido detrás de un promontorio del cerro. Pero la música nasal de mis compañeros que roncaban a gusto pudieron más que los resonantes truenos y luego formábamos un terceto olvidados de toda la sublimidad de la naturaleza.

Nos levantamos al amanecer. El viento helado y penetrante que bajaba de los ventisqueros nos hacía castañetear los dientes. El suelo estaba en partes dorado con la amarillenta *flor de perdis*. Las fresas recién estaban en flor. En la llanura, allá abajo, muy lejos, el grano otoñal estaba listo para la siega; en los valles cercanos podíamos ver la verdura estival, pero allí donde estábamos era todavía temprana primavera; y muy poco más arriba reinaba el eterno invierno.

Después de una larga carrera tras de los animales, que habían vagado durante la noche en busca de abrigo; volvimos al punto que habíamos alcanzado la noche anterior. Desde allí subimos a otro cerro alto que nos ofreció un panorama de todos los campos circundantes. La escena me causó un sentimiento de tristeza y de desolación que nunca antes había experimentado. Por donde quiera que se mirase no

se divisaba ser viviente, ningún sonido se oía, ni indicación de existencia animada; todo era un desierto inhabitado e inhabitable; entregado a los elementos en lucha.

Negro y amenazante el vasto cono de Antuco se levantaba a nuestra vista. La nevada cumbre se extendía lejos de donde estábamos, mientras su ancha base nacía debajo de nuestras plantas. Orillando el abismo podíamos ver, centenares de pies más abajo, el sitio donde había corrido el río de lava hasta encontrarse con el muro del precipicio, cerrando con una sólida barrera de piedra el lecho del Laja, represando las aguas del lago, que habían subido más de veinte pies sin hallar aun salida.

Los dos nuevos cráteres que se habían abierto con la última erupción, se encontraban por la falda norte del cono, a las dos terceras partes de su altura, un poco antes de llegar a la línea de las nieves y más o menos a un nivel con el punto en que nos encontrábamos.

La negra corriente de materia escoriácea que había fluído de ellos, se extendía en su base en una anchura de media milla.

Aunque había cesado la erupción, al menos por el momento, penachos de humo y vapores sulfúreos salían de las grietas fulgurosas que seguían los contornos de las principales corrientes de lava todavía en estado semi-ígneo.

De vez en cuando una pequeña cantidad de ma-

teria fundida, se derramaba por el borde del cráter o una piedra incandescente rodaba erráticamente por las faldas escarpadas.

Las explosiones, retumbantes como disparos de cañones, que habíamos sentido desde la aldea de Antuco habían concluído; pero seguía un ruido incesante, como si en las profundidades de la tierra, las rocas partidas y destrozadas fuesen revueltas y molidas en constante agitación. El ruido se asemejaba mucho al que produce el fierro en barra llevado por una calle pedregosa en una carreta sin resortes. El único otro sonido que se oía era el de la caída de las aguas desde grandes alturas, hasta el lago o los valles inferiores.

Al suroeste del volcán se encuentra la Sierra Velluda, masa agreste de montañas, que termina en picos puntiagudos, envueltos en ventisqueros y campos de nieves eternas. En muchas partes se levantan escarpes altos y perpendiculares en los cuales no se sujeta la nieve; y forman con sus tintes morados, un fuerte contraste con las capas níveas que los rodean.

Podíamos distinguir los plateados hilos de las cascadas que bajaban por estos precipicios para aumentar el caudal del río.

Al este del volcán y rodeando su base está la laguna de La Laja, masa de agua de siete millas de largo, y de una a tres de ancho.

De allí donde estábamos parados, a la orilla del farellón, se podría dejar caer una piedra al agua

verde y tranquila que bañaba sus pies. Ni el más ligero movimiento estorbaba su plácida calma—ningún ave surcaba su superficie, semi oculta en la niebla matutina, y con las montañas que se elevaban azules e indistintas desde sus bordes opuestos; se mostraba tan triste, tan sombría y tan muerta que parecía una digna compañera del desolado Antuco, sobre cuyos vastos flancos no se divisaba una hoja de pasto ni otra señal de vida.

Esta laguna, me la habían descrito como hermosa cuando el sol alumbra sus playas con risueña alegría, y baila sobre sus aguas agitadas por la brisa. Puede ser; pero nosotros la vimos bajo otro aspecto; y no despertó en mi ningún sentimiento agradable.

Las impresiones que me causó toda la escena eran las de tristeza, decaimiento, y temor. A pesar de ser interesante como estudio de uno de los agentes más maravillosos en la formación del mundo físico, no tenía nada que alegrase o exaltase el ánimo. No parecía ser la contemplación de las obras siempre hermosas de la naturaleza; sino más bien de sus ruinas negras y humeantes, las evidencias de su ira.

Si había sido difícil la subida, la bajada no lo era menos. En algunas partes podíamos andar a caballo, en otras era imposible. Aun el capitán se convenció que existen lugares donde es más fácil seguir a pie que a caballo; pero no sin muchos rezongos, se desmontó y se confió a sus propios pies.

Hay una antigua canción andaluza que dice,

«Para las cuestas arriba
Quiero mi mulo
Pero las cuestas abajo
Yo me las subo.»

Pero un chileno ni en las cuestas abajo alivia su bestia; y el verdadero *huaso* nunca se considera tan seguro como cuando está a caballo (1).

Echamos adelante los animales para que nos formaran un sendero y seguimos sus pasos. En muchas partes juntaban las cuatro patas y se dejaban resbalar. Nosotros tambien tuvimos que seguir su ejemplo, resbalando por las cenizas, y escoria de una manera muy poco benefica para los pantalones.

Llegamos al valle en mucho menos tiempo del que

(1) Un joven yanqui en Santiago, entusiasta cazador, acostumbraba de vez en cuando echar su rifle al hombro y partir a las montañas en busca de caza. Una de las localidades que prefería era La Dehesa, hacienda en las faldas de la cordillera y llegó a adquirir fama por la facilidad con que trepaba los cerros, y por su magnífica puntería para cazar los ligeros guanacos que frecuentan los altos cerros y saltan de roca a roca como la gamuza. Después de una de estas excursiones, Don Manuel, el cariñoso propietario de la hacienda llegó a la ciudad y nos hizo una visita.

Animándose bajo la influencia genial de un ponche caliente, nos hizo una brillante relación de la expedición y de la destreza en el manejo del rifle de nuestro campeón, pero lo que parecía asombrarle más de todo era la agilidad que desplegaba en subir las montañas.—*¡Por la Santa Virgen!*—exclamó, golpeando la mesa con su vaso;—ese bribón subía *a pie* por partes donde *yo* no podría ir ni siquiera a caballo.

habíamos demorado en la subida; pero no sin algunos golpes, y un perjuicio considerable en nuestro calzado. Las patas de los caballos se cortaron con los afilados fragmentos de lava, y uno de mis animales se estropeó tanto que después quedó casi inutilizado sin poder andar por terreno pedregoso sin manquear.

Tenía gran deseo de hacer la ascensión al volcán—la cima del cual jamás se había visitado según mi guía; aunque algunos extranjeros habían subido hasta muy arriba—pero como demandaba considerable demora y gasto, y ni mi sirviente ni el guía me querían acompañar, tuve que abandonar la idea. Ambos parecían tener un temor supersticioso de no sé qué; y cuando yo propuse llegar al cráter para mirar adentro; sacudieron las cabezas y contestaron —*Quién sabe señor, si no se enoje el volcán.*

No estoy seguro que estuvieran muy satisfechos de la naturaleza y objeto de mi expedición; con toda probabilidad la relacionaban de alguna manera con el arte negra, o con la busca de tesoros; la idea de viajar sólo por fines científicos o por placer, no la podían comprender.

Un incidente divertido, que ilustra bien este sentimiento entre las clases bajas, me sucedió en mi viaje desde Los Ángeles a Antuco. Fuimos alcanzados en el camino por un campesino, quien entabló conversación con mi sirviente. Como su charla no me interesaba, anduve adelante, prefiriendo estar solo; pero luego noté que hablaban misteriosa-

mente en tono bajo, interrumpido de vez en cuando por exclamaciones de sorpresa.

Al llegar al estero desmonté para tomar agua, levantándola en las manos. El campesino se adelantó al instante y sacando un cacho me lo ofreció.

Después de beber partí de nuevo, pero el dueño del cacho, creyendo favorable la oportunidad, se colocó a mi lado y me principió a bombardear en el verdadero estilo yanqui. Con gran tino descubrió de dónde venía y adónde iba; pero como no me halló muy comunicativo principió a sondearme, preguntando si existirían grandes cantidades de oro en el volcán. Yo opinaba que no. —¿Ni plata? —Nó. —¿Ni cobre?—Nó.

—¿No habrán piedras preciosas en la laguna? preguntó.

—Muy pocas probablemente.

—*Pero su merced va tra'minar la la'una, s'ñor ¿por eso trujo la máquina, sin dudar?* dijo señalando el trípode de la cámara lúcida, que iba en la carga de la mula.

No pude aguantar más y espoleando mi caballo seguí adelante a todo galope para deshacerme de él.

Como la cámara era algo que no pudo comprender, la había considerado como un instrumento misterioso que permitía a su dueño escudriñar las entrañas más ocultas de la tierra para descubrir los tesoros sepultados allí. La explicación de que no tenía otro objeto mi viaje sino la curiosidad y el

placer, sólo sirvió para convencerle de la exactitud de sus sospechas.

Habiendo llegado al valle, volvimos nuestras espaldas al volcán y nos dirigimos a la aldea de Antuco. Cerca de Tuvunlevu nos detuvimos, y mientras los otros se ocuparon en hacer un *charquicán* para el almuerzo, yo hice un croquis del volcán desde un punto donde el paisaje era más bello, debido a una hermosa cascada doble que pude dibujar en primer término.

Dejamos al capitán en su casa, cerca de Balleñar. Cuando nos faltaba sólo una hora para llegar a Antuco, apresuré el paso y dejé bastante atrás a mi mozo. Al pasar por una parte boscosa del camino, sentí una gran gritería y el ruido de pisadas de caballos. Mirando hacia adelante ví una partida de indios borrachos que venía acercándose.

No lejos de allí había un sendero que se apartaba del camino y como me gustaba poco la idea de encontrarme con un grupo de indios embriagados en semejante lugar, volví por allí mi caballo. Preocupado en no perder de vista el camino principal, no me fijé mucho en las condiciones del sendero que seguía, hasta que, de repente, una rama baja me tomó debajo de la barba y casi me sacó de la montura. Con alguna dificultad sujeté el caballo, y un breve examen me mostró muchas otras ramas colgantes que impedían el avance, y me convenció que no quedaba más remedio que retroceder. En ese mo-

mento llegaron los indios, quienes me saludaron con un fuerte *Mari-mari*.

Les contesté de la misma manera y recogiendo las riendas, traté de pasar a galope. Pero se anticiparon a esta maniobra y sujetaron sus caballos en semicírculo para cerrarme el paso. En la condición en que estaban, borrachos, con las caras hinchadas, semi-desnudos, los ojos inyectados de sangre y los rostros horriblemente pintados, no tenía mucha confianza en sus buenas intenciones y casi involuntariamente metí la mano debajo del poncho para preparar mi revólver.

Su intérprete, salvaje joven y bien parecido, se avanzó un poco y me dirigió la palabra en mal español, preguntándome si había ido a ver el volcán. Contesté que sí. Al saber esto me aturdieron a preguntas.—¿Estaba enojado el volcán?—¿Ya habían cesado las erupciones?—¿Se podría pasar luego por el antiguo camino que bordeaba el lago y que se había cubierto por la lava? Todas estas las contesté lo más favorablemente que pude.

Después de traducidas mis respuestas, un viejo, que parecía ser el cacique, dijo algo para que el joven lo interpretara. Dijo que habían estado largo tiempo en Antuco, donde se portaron muy bien y creían que en consideración de su sobriedad y de que ninguno de ellos se había embriagado, debía darles un real.

El gesto y el hipo que acompañaban esta declaración eran un desmentido; pero de buenas ganas les

dí dos reales, y como llegó mi mozo en ese instante, seguimos nuestro viaje, tan divertidos como contentos, del feliz término de mi cuasi aventura. Pasamos la noche en Antuco y al día siguiente partimos para los Angeles.

CAPÍTULO VI

Una mañana temprano, llegó a mi alojamiento un caballero y me invitó a acompañarle a un paseo campestre a una hacienda vecina.

Acepté con gusto la invitación, pero se presentó una dificultad: no tenía caballo. Los míos estaban cansados, y los había mandado a potrero; varios me fueron ofrecidos inmediatamente, pero por desgracia, éstos, al igual de los míos, estaban todos en potrero, y se perdería una hora o más en mandarlos a buscar; entretanto, la comitiva estaba toda montada y lista para partir. En este apuro llamé a un *vigilante* y le pregunté si conocía a alguien de la aldea que quisiese alquilarme un caballo.

—Yo mismo tengo uno muy bueno, dijo, y corrió a traerlo.

Como el caballo del vigilante es bien conocido en Chile, no me sorprendió cuando lo ví; era típico de su clase y podía haber servido de modelo para el Rocinante.

Con las patas extendidas como para abarcar la mayor superficie posible; con cada costilla patente

y cada hueso al punto de romper la piel; parecía un enorme fantasma, revestido del cuero de un hermano menor. La cola la llevaba levantada en un ángulo inverosímil; sus orejas echadas hacia adelante para no perder el menor sonido, y sus ojos, muy abiertos, se movían constantemente, como si sintiera su responsabilidad de miembro de la policía y tuviera que estar siempre alerta.

Aunque sabía la figura que iba a presentar cerré el trato inmediatamente, satisfecho de que se divirtiera a la comitiva aunque fuera a costillas mías. Sacadí las riendas para arreglarlas, cuando mi rocín saltó hácia adelante con tantos bríos que casi salí por la cola y al tirar fuertemente sobre el freno para sujetarme, se paró tan de repente que faltó poco para que me botara por delante. El menor contacto de mi bota en las costillas le hacía volverse como un trompo, y la presión desigual causada por este brusco movimiento, producía una revuelta igualmente violenta en el sentido contrario, todo ejecutado con la mayor rapidez.

Cada demostración de esta naturaleza era recibida con una salva de aplausos por los espectadores, y por un momento creí que me habían dado un animal lleno de mañas. Pero después de estudiar sus acciones durante cinco minutos llegué a comprender todo su sistema de táctica: sólo obedecía a órdenes que la costumbre diaria le había enseñado, porque la equitación policial es peculiar y los movimientos del

cuerpo comunican telegráficamente al caballo los deseos del jinete.

Una vez comprendido esto, no encontré más dificultad; lo podía manejar sin espuelas ni chicote, porque, a pesar de su apariencia poco atractiva, era inteligente y todavía bastante fogoso.

Por el camino cada persona que pasaba se daba vuelta para reirse del ridículo papel que hacía en medio de esa compañía de caballeros bien montados. La historia de mi cabalgadura estaba visible en todos sus movimientos; y más de una vez algún mal intencionado, poniendo los dedos en la boca hacía un silbido en imitación del llamado de los *vigilantes*. Cuando sentía ese sonido familiar, mi caballo partía a todo escape y al sujetarlo se echaba para atrás como si creyera que yo arrojaba el lazo de la justicia al cuello de algún criminal fugitivo.

Por fin llegamos a la hacienda, donde fuimos atendidos cordialmente por el propietario. Viendo que yo era extranjero ofreció mostrarme la hacienda.

Vimos muchos animales hermosos pero la mayoría del ganado se encontraba a mucha distancia de la parte del fundo que alcanzamos a visitar.

Para los extranjeros acostumbrados a ver la crianza de animales para la lechería, el sistema adoptado en Chile es nuevo. Enormes manadas, que no tienen valor sino por la carne y los cueros, corren semi-salvajes por las montañas, sin otro resguardo que los ranchos de los inquilinos situados cerca de los linderos para impedir que se internen en otras

estancias. Vagan de valle en valle, subiendo las montañas cuando el sol de verano seca los pastos de los llanos y el retiro de las nieves permite verdear las faldas. Cuando se acerca el invierno bajan otra vez a los valles, aunque sucede a menudo que los pillan las repentinas nevazones y muchos perecen. Una vez al año hay una gran reunión de todos los animales, que son llevados a los corrales donde son marcados y donde se lleva a cabo la matanza.

En este caso, como en todos los demás en que se necesita un numeroso personal, el trabajo se hace por los inquilinos, quienes en pago del privilegio de vivir en la estancia son obligados a rendir al propietario ciertos servicios todos los años.

Este es el tiempo en que se ve el *huaso* a la perfección. Vestido con su traje pintoresco, montado en su mejor caballo, recorre sin cuidado cerros y valles, armado de su lazo, lanzando maldiciones cuando algún animal refractario escapa de su control; persigue temerariamente a los fugitivos por encima de las piedras, a través de los montes y quitando el cuerpo con agilidad a los quiscos espinudos en su desenfrenada carrera.

Cada uno tiene fijado su sitio en alguna parte del enorme semicírculo que se forma para cercar el ganado y todos se esfuerzan para arrearlo hacia el punto central. A medida que el círculo se va estrechando, resuenan los gritos y las risotadas; cada acción de destreza, cada escapada de las astas de un animal enfurecido se aclama con fuertes aplausos.

Todos procuran demostrar su propia habilidad y la ligereza, la fuerza, o la hermosura de su caballo; cuentan una y otra vez los hechos maravillosos que han ejecutado durante el día; a menudo dando freno a su imaginación para suplir detalles; o entretejiendo su relación con todos los prodigios de equitación o de arrojo que han oído contar desde niños.

Cuando todos los animales están reunidos en algún punto conveniente, comienza la aparta.

Los novillos se encierran en un corral separado. Cada uno al entrar es laceado y arrojado al suelo; un fierro caliente chirrea por un instante en su costado, o el cuchillo le hace alguna señal peculiar de la hacienda. En seguida se le suelta para hacer la misma operación con otro. A cualquiera de los animales más grandes, cuya marca se ha borrado se le vuelve a marcar de igual manera.

Se reserva para la matanza otro corral; al cual conduce un angosto callejón, por donde son llevados los animales a toda carrera. Todo el que entra es diestramente desjarretado por un hombre escondido detras de la entrada, y cae sobre un cuero tendido para recibirlo. Otro hombre aturde la víctima postrada con un golpe de hacha; se engancha una pareja de caballos montados al cuero, y este es arrastrado con su carga. Otro cuero se tiende en el mismo lugar, y el desgarrateador queda listo para voltear otra bestia, cortando los tendones en el momento preciso, que le indica su larga práctica.

Los animales muertos son llevados a una corta

distancia en donde se encuentran los carniceros. Se quitan los cueros; los estiran y quedan estacados en el suelo pelo abajo para que se sequen al sol. La carne se saca en lonjas en el sentido de los músculos y después de salpicarla con un poco de sal, se cuelga sobre cordeles al aire libre; expuesta al sol y al viento en un atmósfera excepcionalmente pura y libre de humedad, luego se pone seca y dura y forma el charqui del comercio. Cuando se detalla se vende comunmente por vara.

Los huesos se consideran sin valor y no se utilizan; los cuernos se convierten en tazas, copas y otros artículos semejantes. Estos cachos, o tazas de cuerno remplazan casi enteramente los vasos de vidrio entre las clases bajas; cuyo principal alimento es el charqui.

Los animales que no se destinan a la matanza, o que son reservados para la crianza, son contados y largados otra vez al cerro.

Todas estas varias ocupaciones dan empleo constante durante más de una semana a un gran número de hombres y requieren la supervigilancia del propietario, quien, por regla general, pasa la mayor parte de su tiempo en la capital, o en uno de los pueblos grandes, visitando su hacienda, que se deja al cuidado de un administrador, sólo en las épocas importantes, como ser la matanza, la siembra, la cosecha o la vendimia.

Los inmensos trigales, listos para la siega, despertaron mi admiración. El clima de Chile es espe-

cialmente adecuado al cultivo del trigo y cuando hay facilidades de riego el rendimiento es grande y la calidad excelente. La manera de cultivarlo es de lo más primitiva.

El arado se forma de un madero puntiagudo; en este se inserta un palo, en un ángulo conveniente; otro palo colocado perpendicularmente sirve de mango, y es tomado en una mano por el arador, mientras que en la otra lleva una larga picana para guiar sus bueyes. La punta del arado a veces se calza de fierro, pero aun así no hace más que rasguñar la tierra. La única rastra que se usa es una de ramas, cargada de varias grandes piedras sobre las cuales se sienta el peón que la maneja.

Cuando está segado el grano, se arruma en grandes montones al aire libre. Al rededor de ellos, a la distancia de algunas varas de su base se erige un cierro en el cual se deja una entrada. A esta especie de corral se echa una manada de yeguas (mantenidas en todas las haciendas para este propósito) seguida por jinetes, quienes las hacen correr a todo galope; mientras unos niños colocados encima del montón arrojan las gavillas a la cancha. Después de cinco o diez minutos las yeguas son largadas a otra corral; el grano se empareja con rastrillos, nuevas gavillas son distribuídas por la cancha, a la cual se echa nuevamente la manada.

Con este procedimiento se trillan grandes cantidades de trigo en poco tiempo y con un gasto reducido, y con mucho menos daño para el grano que el

que se puede suponer; y como la cancha se endurece luego, queda muy poco revuelto con tierra. El mayor inconveniente es la pérdida de la paja, que se muele como polvo bajo las pisadas de las yeguas.

El aventamiento se hace tirando el grano al aire con palas, y el viento se lleva la paja menuda mientras que el grano cae al suelo. El hecho de que en este llano el viento sopla con gran regularidad en la misma dirección después de cierta hora del día, hace comparativamente fácil aventar grandes cantidades de trigo por éste método.

Algunos de los ricos propietarios de Chile han tratado de introducir en sus haciendas instrumentos y métodos de cultivo europeos, pero hasta ahora con poco éxito. Los peones, más retrógrados que adelantados, vuelven siempre a las costumbres de sus antepasados y tienen una aversión arraigada a las innovaciones, sobre todo si exigen mucha aplicación, física o mental.

Las herramientas extranjeras, por lo general, han sido rápidamente destruidas por ignorancia o por malicia y los peones vuelven a sus antiguos métodos.

Una gran viña completa esta hacienda.

En Chile las tres grandes ramas de la agricultura son: la crianza de animales vacunos, las siembras de trigo y la vinicultura. Otras ramas, por importantes que sean, son sólo practicadas por los pequeños propietarios; porque no son bastante remunerativas o porque demandarían demasiada atención.

Cuando se trata de una vendimia chica, las uvas

son aprensadas por hombres a pie desnudo, como en Europa meridional; pero cuando los productos de inmensas viñas son dedicados enteramente a la fabricación de vino, las uvas se colocan en grandes bateas circulares y son pisados por caballos; el jugo corre a los toneles, donde se deja hasta que fermenta. El vino, cuando está fermentado, se vende o se guarda en enormes jarrones de greda, de seis o siete pies de alto, los cuales son tapados y sellados con arcilla o con brea.

A pesar de que en Chile la uva crece en la mayor profusion y de calidad excelente—debido a alguna influencia climatérica, al cultivo impropio o defectos de la fabricación—los vinos no contienen una cantidad suficiente de alcohol y raras veces se pueden guardar sin agregarles alguna cantidad de este espíritu, o de vino hervido.

Los *mostos* de las provincias del sur son ricos y algo semejantes al oporto, pero como casi nunca se guardan por más de un año, uno de los méritos esenciales de los buenos vinos, la edad, les falta. Por eso carecen del aroma de las célebres marcas europeas.

Unos pocos extranjeros se han propuesto producir en el país vinos finos; pero no lo hacen en escala de bastante importancia para ejercer una influencia benéfica; y aun cuando las ventajas de Chile para el cultivo de la vid son tal vez sin iguales, han de pasar muchos años antes de que pueda entrar a competir con los países productores de vinos del mundo antiguo.

La «chicha», nombre—dado al vino nuevo—se consume en grandes cantidades y es una bebida agradable para los que están acostumbrados a ella; pero en su estado crudo y fermentado no puede ser sino perjudicial para la salud.

La casa, como la mayor parte de las que se encuentran en las haciendas del país, era un largo edificio de un solo piso, construído de adobes, y techado de tejas; las puertas toscamente labradas de tablones macizos, las ventanas cruzadas de barrotes de fierro y sin vidrios, pero con postigos contra el viento y la lluvia.

En el largo y bajo salón se habían reunido los convidados; sentados en dos filas a ámbos lados de una tira de alfombra extendida por el centro de la pieza. Estaban presentes una docena de señoritas, acompañadas de sus vigilantes mamás; y como muchas de ellas tocaban la guitarra y cantaban, luego se armó una *samacueca*. De vez en cuando se tocaba una polka o un valse, y algunas parejas se atrevieron a bailarlos—tarea que no era fácil, porque la etiqueta exigía que no se saliera de la angosta faja de alfombra, que cubría el áspero piso de ladrillos.

A la oración vino la despedida; los caballeros ensillaron y montaron sus caballos; pero para las damas se había reservado otra clase de locomoción. Llegó a la puerta de la casa una enorme carreta tirada por cuatro bueyes.

El cuerpo de este vehículo estaba cubierto por un techo en forma de arco, construído de cañas y

esteras, perforado en sus costados por pequeñas ventanas con barrotes y abierto en ambos extremos, donde se habían colocado cortinas blancas y rojas. El aparato tenía la apariencia de una casita sobre ruedas. El fondo se llenó de colchones, almohadas, abrigos y cogines; se ayudó a subir a las damas; sonó la guitarra y toda la comitiva se puso en marcha.

CAPÍTULO VII

En Los Angeles—tan cerca de la frontera araucana—había esperado reunir toda clase de información sobre los indios y su territorio; pero en general las ideas al respecto eran muy vagas. Nadie me alentó; casi todos me disuadieron; y muchos me aseguraron que la expedición contemplada era peligrosa para mis bienes y mi vida. Aun el intendente, a pesar de ofrecerme todas las facilidades a su alcance, consideró que me exponía a considerable peligro.

Viendo las cosas así y sin poder encontrar mozo que me acompañara, me resolví a ir hasta Nacimiento. Como ese pueblo se encuentra dentro del territorio indio, esperé hallar allí comerciantes u otras personas, cuyos negocios les obligasen a ir a Valdivia por la ruta que yo deseaba seguir, y a quienes les agradecería encontrar compañero de viaje.

Fuí acompañado por un *capitán de amigos*, que

tenía el nombre retumbante de Pantaleón Sánchez. Realmente, no había necesidad de un intérprete, puesto que el camino entre Los Angeles y Nacimiento es corto y bien traficado; pero el intendente supuso y no sin razón, que semejante compañero me sería útil, y me podría dar más noticias que las que por otro medio podía reunir, y por consiguiente le dió instrucciones para que me acompañara hasta el río Vergara.

Al lado del camino, encontramos muchas crucecitas, plantadas generalmente en grupos. Había visto muchas parecidas por todo el sur de Chile, y siempre había creído que eran recuerdos piadosos colocados encima de las sepulturas de los que habían muerto en la última guerra civil o tal vez indicaban el lugar donde habían caído; pero al interrogar a mi guía me informó que estos lugares eran *paraderos de los difuntos*.

En los distritos rurales, donde la población es escasa, y las parroquias son grandes, las iglesias distan mucho unas de otras; y como los cementerios están casi siempre en las vecindades de las iglesias parroquiales, frecuentemente es necesario hacer con el cadáver un viaje de uno o dos días para poderlo enterrar en tierra sagrada. En estos viajes, donde quiera que se detienen a descansar los que llevan el ataúd, se planta una crucecita i se rezan oraciones por el descanso del muerto.

En puntos especiales, donde es conveniente o necesario descansar, cunden las cruces, y estos lu-

gares llegan a llamarse, como hemos visto, paraderos de los difuntos.

Nos fijamos que las cruces eran mas numerosas en las orillas de los ríos; pero no pude averiguar si la elección de estas localidades tenía algo que ver con la antigua creencia respecto del diablo y el agua corriente.

Como a las dos horas después de salir de los Angeles, pasamos el Duqueco, riachuelo que es fácil vadear, a pesar de ser en partes rápido y profundo. Hora y media más tarde llegamos al lugarejo de San Carlos, reunión de ranchos pobrísimos a las orillas del Biobío.

Sólo la existencia de un piquete militar y de las balsas para el transporte de pasajeros y carga dan alguna importancia a este caserío.

El Biobío en este lugar es angosto, pero muy rápido; las balsas fueron agitadas como pajas por la fuerte corriente y llegaron a la orilla opuesta muy abajo del punto de donde habían partido, y necesitaban ser remolcadas río arriba antes de volver a hacer la travesía. Pero la rapidez de la corriente se comprendía mejor viendo bajar las balsas de troncos, que pasaban como flechas y desaparecían tras del codo del río. Cada una de estas balsas se compone de media docena de troncos y son tripuladas por dos o tres hombres, completamente desnudos, con excepción de un pañuelo llevado a manera de calzones. Usaban largos palos para evitar los cho-

ques y saltaban de un lado a otro según las necesidades de la peligrosa navegación.

Al pasar, noté con sorpresa que no nos cobraban pasaje, porque nuestros pasaportes—sin los cuales nadie puede entrar al territorio indio—certificaban que yo estaba al servicio del gobierno chileno. Esto era nuevo para mí, pero como no ganaba nada al contradecirlo, me quedé callado.

La orilla sur del río la forma un llano bajo y arenoso, mientras que San Carlos, al lado norte, está situado en un alto barranco que domina el río y la orilla opuesta.

Algunas seis u ocho millas más allá del Biobío, llegamos a Budeo, reunión de media docena de ranchos ocupados por chilenos, quienes como Sánchez arrendaban y cultivaban tierras pertenecientes a los indios. Mi guía poseía una casa en San Carlos, donde generalmente residía; pero en ese momento la familia se encontraba en Budeo, donde lo ayudaba en la cosecha de trigo.

Llegamos tarde y después de una buena comida nos retiramos a dormir. Como la casa estaba llena de gente—adultos y niños de ambos sexos—sin hablar de los perros, preferí dormir al aire libre, e hice tender mi cama debajo de una ramada detrás de la casa.

Al abrir mi cama para meterme entre las sábanas, ví a la luz de la luna una enorme araña del tamaño de un peso fuerte y con las patas proporcionadas cubiertas de largo pelo. Despaché a este

caballero y después de revisar con mucho cuidado la ropa de cama para asegurarme que no tenía compañero, me acosté; pero pasó mucho rato antes que pudiera librarme de los temores provocados por este bicho asqueroso.

El día siguiente continué mi viaje a Nacimiento.

Tuve mucha conversación con Sánchez y lo encontré más inteligente que la mayoría de su clase.

Comprendió luego mis deseos y discutió con entusiasmo mis planes, pero no estaba de acuerdo con ellos en muchos puntos esenciales. No consideró que un viaje a Valdivia me daría buen resultado, porque los que siguen esa ruta lo hacen por lo general muy rápidamente y tienen escasas relaciones con los indios. Además, siendo ese camino tan traficado, los indios que se encuentran a lo largo de él, han abandonado gran parte de sus costumbres nacionales y han asimilado poco a poco el traje, los usos y hábitos de los españoles.

Creó que sería mejor agregarme a una expedición comercial y penetrar con ella a las partes poco visitadas del interior, con el objeto ostensible de negociar con los indios, único que ellos comprenden y miran sin recelo.

Por fin, me propuso, en el caso de no encontrar nada que más conviniera a mis propósitos, que él se encargaría de organizar una expedición con los fondos que tenía disponibles y el dinero que pudiera pedir prestado a sus amigos, llevándome a mí como aparente patrón o jefe del partido, siempre

que yo pudiera conseguirle la licencia necesaria del gobernador. Así podría proporcionarme la entretenimiento e informes que deseaba, y al mismo tiempo llevar a cabo una especulación que podría resultarle provechosa.

Me pareció buena la proposición y prometí considerarla; pero no quise determinar nada en definitiva hasta visitar Nacimiento y ver que se podía hacer allí.

Por el camino, pasamos las ruinas de Colhué, pueblecito destruído por los indios y nunca reconstruído.

La alineación de las calles y los cimientos de las casas, a pesar de estar cubiertos de pasto y de montes, podían trazarse fácilmente.

Estos eran los primeros orgullosos monumentos de las proezas araucanas que había visto. La ruca de un indio se encontraba cerca, mientras su ganado pacía tranquilamente entre las habitaciones arruinadas de sus arrogantes opresores.

A las tres de la tarde llegamos al Cerro Negrete; nombrado así en honor de Egidio Negrete, que derrotó aquí a los araucanos en una batalla sangrienta y de este modo salvó el pueblo de Nacimiento que amenazaban destruir. En esta vecindad viven aislados muchos chilenos.

El llano es un desierto de fina arena volcánica semejante a la que habíamos encontrado antes cerca del río Claro; y como el sol nos abrasaba y el aire estaba lleno de nubes de polvo impalpable, el viaje

durante las dos horas siguientes fué en sumo desagradable.

Un poco más allá del Cerro Negrete corre el río Vergara y sobre su orilla occidental, en posición alta y dominante, se encuentra el pueblo de Nacimiento.

El objeto que más llama la atención es el gran fuerte que corona la barranca del río. El pueblo, visto a la distancia, presenta un aspecto de importancia.

Se cruza el río en balsas o lanchas, y aquí como en el Biobío mi carácter oficial me proporcionó pasaje gratis.

El pueblo no ofrecía alojamiento para forasteros, pero tan luego como presenté las cartas que me había dado el gobernador de Concepción, fuí bien recibido y alojado con toda comodidad por el comandante militar don Bartolomé Sepúlveda.

Al hacer indagaciones, se me informó que pocos días antes una partida de comerciantes había salido para Valdivia y que nadie más iba a partir en aquella dirección. Si no quería esperar, quién sabe por cuanto tiempo, mientras se reunía otra partida, no quedaba más camino que ir solo, con los gastos consiguientes de guías y sirvientes.

El comandante aprobó plenamente el plan propuesto por Sánchez. y me aconsejó que lo adoptara. De Sánchez mismo me habló en términos encomiásticos, asegurándome que era el mejor de todos los intérpretes del Gobierno; como también el mejor

informado y más digno de confianza. Se convino entonces en que tan luego como le fuera posible, se mandaría una solicitud al gobernador de Concepción, que era el único que podía darle licencia para ausentarse.

Una lancha, que iba a Concepción, nos ofreció la manera más rápida de comunicación, y por ella mandamos la carta.

Más de una semana pasó antes que llegase la contestación; pero a pesar de la impaciencia que me causó la demora, debido a la bondad de mis amigos pude entretenerme agradablemente. Cuando llegó la respuesta del gobernador, se me hizo necesario volver a Los Angeles, guarnición a que estaba incorporado Sánchez.

Volvimos por una ruta más corta. Siguiendo las orillas del Vergara por poca distancia, llegamos a la unión de este río con el Biobío, donde lo cruzamos en lancha; de allí el camino cruzó el llano, y en cuatro horas nos encontramos en Los Angeles.

Como el Intendente había salido del pueblo, llevé la carta del gobernador a casa del comandante militar, que me invitó a alojar en su residencia, y mandó avisar a Sánchez que se alistara para acompañarme dentro de veinticuatro horas.

Por ser necesario reducir nuestro equipaje en cuanto era posible, dejé mi cama y almofrej, llevando sólo un par de frazadas y algunas sábanas, en conformidad con los consejos del guía, que me aseguró que nunca faltarían cueros de oveja con que

hacer cama. Se rió de la idea de llevar aparato para cocinar y declaró que las indias me darían de comer mejor de lo que había comido en cualquiera otra parte. Aun me aconsejó que dejara mi revólver, que él consideraba carga inútil; pero sobre ese punto me puse firme, prefiriendo conservar en mi poder ese compañero de apuros.

El poncho que llevaba generalmente era muy pesado, y resolví comprar otra más a propósito para el tiempo caluroso. Con alguna dificultad encontré uno a mi gusto, pero como precisaba enhuincharlo (1) para impedir que se deshilara, lo dejé con la mujer del tendero, quien me dijo que lo tendría listo para cierta hora. Llegó el momento y lo fuí a buscar. No estaba terminado y se fijó nueva hora.

Con toda puntualidad pasé otra vez. El tendero estaba dormitando detrás de su mostrador. Cuando pedí mi compra, frotó los ojos, y enseñando misteriosamente una puerta cerrada, detrás de donde estaba sentado, exclamó—*Está durmiendo, señor.*

—Pero necesito mi poncho,—dije yo, suponiendo que no me había entendido.

—Mi mujer está durmiendo, señor,—contestó nuevamente, señalando la puerta como si fuera un santuario, donde no se atrevía entrar.

—Muy bien, démelo Ud. entonces.

Sólo sacudió la cabeza, no podía meterse en los asuntos de su mujer.

(1) Huincha=ribete, cinta para ribetear.

—Entonces, ¿Porqué no la despierta?—grité con impaciencia.

—*¡Interrumpirla en la siesta, señor!*—exclamó, abriendo los ojos con asombro,—imposible.—En vano le dije que me había citado para esta hora, el apuro que tenía etc., todo fué inútil.

Tendría que esperar un *ratito* hasta que la señora terminara su siesta, porque no podía en ningún caso despertarla.

Después de otra media hora encontré a la señora despierta y muy repuesta. No me ofreció ninguna disculpa por haberme hecho esperar, porque no comprendía que el tiempo valiera algo.

Interrumpa la comida de un goloso, sin Ud. quiere; moleste a un filósofo en medio de sus más profundos pensamientos; o distraiga a un orador en la preparación de su discurso; pero tenga cuidado de no perturbar la siesta de un español.

Dejando todo mi equipaje con el comandante, que me prometió guardarlo hasta mi vuelta, partimos y más o menos a la puesta del sol llegamos a San Carlos. Como allí esperábamos conseguir un mozo para el viaje, resolvimos quedar la noche en casa de uno de los numerosos *compadres* (1) de Sánchez.

(1) *Compadre* y *comadre*, son el padrino y madrina de un niño en su bautismo o del novio y de la novia en un casamiento. En todos los países de habla española estas palabras se emplean como término de cariño; y uno de los saludos más corrientes entre las clases bajas al encontrarse es,—¿Cómó le va compai're?—Ay vamo comai're.

La casa en que nos alojamos, como todas las demás de la aldea, no estaba ni blanqueada ni pintada, no tenía piso y muy pocos muebles; sin embargo nuestra recepción fué cariñosa.

Mis proyectos sorprendieron grandemente a esta buena gente, quienes no podían comprender por qué un *caballero* quería exponerse a tales molestias y peligros; pero se conformaron con decir, «*Pero ve Ud. que los forasteros no son como nosotros*»!

Mientras seguía esta conversación, oí una voz de mujer que decía: —¡Qué lástima! Miré para descubrir quién hablaba y vi a una niña alta y bonita que me observaba con un aire de compasión, como si yo fuera un cordero a punto de ser degollado. No la pregunté cual era la causa de su lástima; pero era evidente que refería a mí; porque al momento que se cruzaron nuestras miradas, bajó los ojos y volvió la cara hacia otro lado, llena de confusión.

Trajeron la comida y fué servida por la simpática joven de los ojos compasivos. A mí, me asignaron el asiento de honor, los demás fueron monopolizados por los hombres. Este arreglo no fué de mi gusto y protesté contra la exclusión de las damas—especialmente de la que se había molestado en servirnos.

La señorita se sentó a la mesa, avergonzada; y todos mis esfuerzos para entablar conversación con ella salieron frustrados. Sin embargo, luego se me presentó una oportunidad favorable de romper el hielo. Ella sacó del fondo de la cazuela el hígado del

ave y me lo pasó en la punta de un tenedor, diciendo al mismo tiempo: —*Dispense Ud. la mano*. Esta delicada atención la retribuí inmediatamente, pasándola la molleja que tenía en mi plato.

Ante este intercambio de atenciones, desapareció rápidamente toda reserva y luego conversábamos como antiguos amigos. Esta costumbre, como la de pasar el vaso de boca en boca, es probablemente de origen oriental y ha descendido a los chilenos de los españoles, quienes la habrían adquirido de los moros. Como todas las costumbres netamente nacionales, está cayendo en desuso, salvo en el campo, o entre las clases bajas: en los círculos más cultos de las ciudades no se conoce.

Es verdad, que una vez recibí una atención parecida de manos de una dama de la capital; pero como en ese caso fué una cabeza de ajo, sacada del relleno de un pavo, lo que se me pasó, jamás pude determinar si fuera muestra de especial favor o una broma que me quería hacer.

Semejantes costumbres no indican tal vez una alta cultura; pero demuestran un sentimiento de cordialidad y simpatía que no se compensan con ninguna etiqueta refinada.

El isleño de Sandwich le pone en la boca, con la punta del dedo, el delicioso *poé-poé*; el árabe saca la mejor porción de la vianda y se la pasa con la mano; la chilena le ofrece un bocado en la punta de un tenedor; el yanqui le convida a tomar una copa y la paga él; el inglés le hace la misma invitación,

pero deja que Ud. pague su consumo. Un extremo puede resultar tan malo como el otro, y el justo medio se encuentra entre los dos.

Después de la comida, yo me retiré a un rincón para fumar; tan luego como saqué un cigarrillo, se levantó mi nueva amiga y quitándomelo, lo encendió en la vela. Para que no se apagara, lo puso entre los labios y aspiró unas cuantas bocanadas de humo. Le ofrecí un cigarrillo; pero no quiso aceptarlo, alegando que no sabía fumar; al mismo tiempo hizo un gesto de asco para convencerme; pero noté algo científico en la manera de echar el humo en espirales, que me hizo dudar de su veracidad. Por supuesto, esto no fué más que una pequeña atención y no soñé que conduciría a una larga conversación; pero antes de terminar nuestra charla ya se había apagado la vela y me convencí de que, a pesar de su aparente inocencia, esta hermosa aldeana era bastante coqueta.

Hicieron mi cama en una especie de estrado, levantado unas seis pulgadas del suelo y que corría por todo un costado del cuarto, donde servía de diván.

No había llevado almohada y usaba para este propósito el fuste de mi montura; pero el ojo registrador de Doña Pablita (así se llamaba mi amiga) notó la falta al instante y corriendo a su dormitorio me trajo una e insistió en que la usara. Era muy blanda, perfectamente limpia y muy bonita, como lo son todas las almohadas en Chile. No era de seda, ni

de satín cubierto de costosos encajes; pero su color rosa translucía por la delicada funda de batista y pude adivinar que los elegantes bordados que la orillaban eran trabajo de las pequeñas manos de su hermosa dueña.

Con tan buenos auspicios me acosté, gozando anticipadamente de los sueños agradables que esperaba me visitasen.

¡Lector! ¿Se ha desvelado Ud. alguna vez durante largas horas de la noche, dando libre curso a las fantasías deliciosas que corren una tras otra por la mente, sin querer cerrar los ojos para no perder los bellos cuadros producidos por la activa imaginación? Yo sí, y entonces permanecí despierto por un largo rato; pero debo confesar que mi desvelo fué causado, no tanto por mis pensamientos de la amable Pablita, sino por el ejército de pulgas que invadieron mi cama en toda dirección.

Cuando partimos el día siguiente, nuestros amigos se despidieron de nosotros con verdadero sentimiento y prometieron rogar a Dios por nuestro feliz regreso; sobre todo Doña Pablita, quien me prometió pedirle a San José que velara por nosotros. En cambio de estos buenos oficios, yo me comprometí a llevarle un *ternerito negro*.

Esta señorita era muy piadosa, como lo son la mayor parte de sus compatriotas. Me dió pena ver que usaba camiseta de crín. Al embromarla sobre la enormidad del crimen que exigía una penitencia tan bárbara, me contó que cuando su padre había

ingresado al ejército durante la última guerra civil, ella había hecho una promesa a Nuestra Señora de no sé cuanto, de usar por un año una camiseta de crín, si permitiera volver sano y salvo a su padre; voto que cumplía escrupulosamente.

Trajes de promesa son mui usados en Chile para cumplir con ciertas devociones; sin embargo, como los hay de varios colores, según el santo invocado, las damas pueden ejercer, dentro de ciertos límites, considerable gusto y coquetería, para hacer más llevadera la penitencia que se imponen; pero el uso de las camisetas de crín y de las flagelaciones no es muy practicado.

Una vez que nos encontramos al sur del río me consideré ya bien encaminado y dije adiós por un corto tiempo a la civilización.

Nos detuvimos, como antes, en Budeo, donde todavía permanecía la familia de mi guía.

CAPÍTULO VIII

Durante los pocos días que quedamos en Budeo, Sánchez y yo tuvimos muchas discusiones respecto de la mejor manera de proseguir nuestro viaje.

Yo quise andar sin ambages, informar a los indios del verdadero objeto de mi visita, y decirles que iba a verlos, animado por el deseo de llegar a conocer los usos y costumbres de un pueblo que se

había defendido con éxito contra el poderío de España, conseguido las alabanzas de sus enemigos y conquistado renombre en los anales del heroísmo.

Este programa me parecía la mejor manera de ganar su confianza y buena voluntad, por otra parte creía que sería una política muy dudosa el engañarlos. Pero Sánchez tenía otro modo de pensar. Dijo que mis ideas eran bonitas, pero muy por encima de la comprensión de los indios, que me mirarían con desconfianza, y probablemente cortarían de raíz todos mis sueños, echándome de su territorio al primer indicio de que quería estudiar su modo de vivir.

En cuanto a la falta de moralidad en engañarlos, no la pudo ver; porque siendo ellos embusteros por naturaleza; consideraba legítimo atacarlos con sus mismas armas.

De mala voluntad abandoné mi convicción de que la mejor política es la honradez, pero al capitán poco le importaban las ideas abstractas. Había pasado la mayor parte de su vida entre los indios, los conocía a fondo y estaba acostumbrado a hacerles creer lo que él quería. Pudo asegurar el éxito de sus propios proyectos, pero no quiso patrocinar los míos. Dadas estas circunstancias, fué necesario otorgarle completa libertad, con la condicion de que sería él quien contaría las mentiras y que asumiría la responsabilidad de ellas. Su plan era el siguiente: formaríamos una expedición comercial; pero él y no yo sería el *patron*. Había resuelto no llevarme en esa capacidad; porque decía que los caballeros nunca acompañan a sus

agentes, que son siempre intérpretes o mestizos y quienes compran el ganado y llevan a cabo los negocios.

Para mí, había encontrado algo mejor.

Durante la guerra de la Independencia Chilena, entre otros realistas que buscaron asilo con los indios y que con ellos lucharon contra la República, hubo un oficial subaltero llamado Vega. Mientras estaba entre ellos, había vivido con la familia de Mañín (ahora uno de los caciques de mayor influencia entre los araucanos); pero después de la guerra volvió a Concepción, donde se casó y formó su hogar.

Más de treinta años habían pasado desde entonces; pero el indio todavía volvía con placer a recordar su amistad con el español, y frecuentemente había hablado de Vega y expresado su deseo de volverle a ver a él o a sus hijos.

Sánchez había resuelto cumplir con los deseos del cacique, y presentarme como uno de los hijos de su amigo, bajo el nombre de don Eduardo de la Vega, asegurándole que había ido expresamente a saludarle en nombre de mi supuesto padre.

Después de haber conseguido la buena voluntad de Mañín, nadie se atrevería a decirnos nada; y probablemente no habría dificultad en obtener permiso para ir a donde quisiéramos.

A fin de anticipar cualquiera sospecha que pudiera despertar mi modo de hablar o mi apariencia, se diría que mi padre me había enviado a Europa

cuando niño para educarme, y que sólo últimamente había vuelto a Chile.

Una vez convenidos todos los detalles y estudiado el papel que iba a representar, tuve que arreglar todas mis mercancías en paquetes pequeños, separando los objetos para que estuviera todo a la mano. Las mercaderías que había comprado en Concepción y Los Angeles consistían en los siguientes artículos: seis varas de paño rojo afranelado, otras tantas de franela azul, seis docenas de pañuelos de diversos colores y tamaños, una gruesa de dedales de cobre, tres docenas de trompas, (1) una docena de casca- beles, cinco libras de cuentas de vidrio de colores surtidos y dos libras de añil. Llevaba también un par de viejas charreteras, que destinaba para regalo al gran Mañín.

Las mercaderías que había reunido Sánchez para su comercio eran en general artículos de mayor valor que los míos, e incluían cinturones y espuelas de plata. Llevaba bastante dinero en pesos fuertes, medio pesos y reales; y, para no tener que molestarme con pagos durante el viaje, también le entregué mi bolsa.

Cuando todo estaba listo para la partida, tuvimos un atrasó por el mal tiempo, que duró por varios días e impidió que saliéramos de la casa.

A causa de la lluvia, se estableció la cocina dentro del cuarto. Es fácil imaginar como sería aquello,

(1) Trompas=birimbaos.

con el humo, tanta gente, y la humedad. Se podía soportarlo durante el día; pero de noche se hacía intolerable. El rancho no tenía más que un sólo cuarto de doce pies por diez y el agua pasaba por el techo como por un harnero. El cuarto contenía tres camas, en las cuales dormían dos matrimonios y dos muchachas grandes; los otros, jóvenes y niños, dieciseis personas por todos, dormían sobre cueros tendidos en el suelo.

Como muestra de respeto, me dieron un cuero de buey, sólo para mi, en el cual arreglé mi cama. Mientras quedaba alguien despierto, no se dejaba entrar a los perros; pero tan luego como todos se durmieron, principiaron estos a entrar uno por uno, destilando agua. Uno de ellos, se echó sobre mis pies y me despertó. A puntapiés corrí al flacuchento animal y ví al mismo tiempo que otro había usurpado mi manta. También lo corrí a golpes, pero luego volvieron. Me levanté a tientas y busqué hasta encontrar un palo con el cual golpeé a gusto los hambrientos canes, que corrían aullando. Con sus gritos causaron cierta molestia a los que dormían y sentí que más de uno me echaba maldiciones. Guardé el palo debajo del *fuste* que me servía de almohada y luego me quedé dormido. Por la mañana, encontré que durante mi sueño los inmundos animales habían monopolizado mis mantas, y un constante cosquilleo y una fuerte picazón no me dejaron la menor duda de que las pulgas tenían más afición por un cristiano seco que por un perro moja-

do; preferencia que dejaba de manifiesto su buen gusto.

Cerca de la casa de Sánchez había un cementerio indio, pero no lo visitamos, porque los mapuches no son como los indígenas de Norte América, quienes gustan visitar las sepulturas de sus antepasados. Aquellos, por lo contrario pasan delante de ellas en silencio, con las caras vueltas, y les disgusta ver que los extraños, y en especial los blancos, las visiten. Como muchos indios habitaban la vecindad, no deseábamos despertar sus recelos.

Se decía que había muchas personas enterradas en este cementerio, pero no había monumentos u otros indicios de sepulturas; salvo en un caso sobre la tumba de un célebre cacique que se llamaba Cari-Coyan (el roble verde). A la cabeza y al pie de la tumba, se había plantado un poste en forma de horqueta que sostenían un palo atravesado sobre el cual estaba tendido el cuero del caballo favorito del cacique. La condición del difunto estaba señalada por una larga lanza de coligüe (1) de la cual pendía una banderola blanca.

La punta de fierro de la lanza se había reemplazado por una de madera, que sin duda sería igualmente útil en la tierra de los muertos. Fieles a los mismos principios, los deudos entierran con los muertos sus armas y atavíos; pero los objetos de

(1) Coligüe = Una especie de bambú, *chusquea quila*. —
N. del T.

valor, como espuelas y frenos de plata son generalmente sustituidos por otros de madera. Es muy probable que los parientes no colocarían ni siquiera la piel de caballo que hemos mencionado si no fuera por la afición que tienen los indios por la carne de ese animal, la que siempre comen, dejando que se contente el difunto con el cuero y el ánimo.

Sólo cuando muere un cacique o un hombre rico hacen grandes fiestas y matan caballos; las almas de la gente pobre no deben andar a caballo, como no lo hacen en vida, y por lo tanto los ritos funerarios para ellos son pocos y sencillos.

El cadáver queda expuesto durante varios días, para que los deudos lo puedan visitar y despedirse del muerto; y ofrecer sus condolencias a la familia. Después es llevado a la sepultura por los principales parientes. Un grupo de jóvenes a caballo precede el cortejo, corriendo rápidamente para despejar el camino. Detrás van las mujeres, llorando y lamentándose, con las mayores demostraciones de pesar. Al último va otra mujer que derrama cenizas por el sendero para impedir que el muerto vuelva a su antigua habitación.

El cadáver se coloca en la sepultura, sentado, mirando hacia el oeste, en cuya dirección se imaginan que está la tierra de los muertos.

La montura y las armas del difunto se colocan a su lado; se agregan algunas provisiones para el viaje y unas pocas cuentas de vidrio o una moneda para que pague el Caronte indio. Los amigos se des-

piden del muerto, le desean un feliz viaje, rellenan la sepultura y se retiran.

En el caso de una mujer las ceremonias son las mismas, sólo que en vez de una montura y armas, se entierran con ella los utensilios de tejer y de cocinar.

Se ha dicho que cuando muere un cacique distinguido, se mata una de sus mujeres, la cual se entierra conjuntamente con él; pero Sánchez me aseguró que no existe semejante costumbre; aunque tal vez esto haya sucedido en una u otra ocasión.

Los indios no saben a punto fijo donde se encuentra su laguna Estigia, pero generalmente suponen que sea el Océano. No pueden indicar tampoco la ubicación de sus Campos Elíseos, llamados por ellos *Alhué-Mapu* (tierra de los espíritus).—¿Cómo podemos saberlo cuando nunca hemos estado allí?—dicen. Menos aun tienen idea de las ocupaciones de las almas, en la otra vida. Estos son asuntos de que no se preocupan y si es verdad que poseen algunas nociones mal definidas de otra existencia, son relacionadas más bien con un cambio de lugar y no de un cambio de estado. A toda pregunta al respecto contestan *chum pechy* (quién sabe) con la misma indiferencia con que lo hacen los chilenos.

Según pude averiguar no creen ni en la recompensa ni en el castigo después de la muerte por las acciones realizadas en esta vida. Atribuyen, sin embargo, su mala o buena suerte a la voluntad de un Ser Superior. Algunos pocos tienen nociones con-

fusas de la Gloria y del Infierno, pero es indudable que estas ideas las han adquirido por el contacto ocasional con los misioneros cristianos.

Molina dice que los mapuches tienen la creencia de que los muertos protegen a los vivos y que se unen con ellos en combate contra los enemigos de su patria. Cuando estalla una tempestad en la distante cordillera se imaginan que sus antepasados, montados en las nubes, persiguen a algún enemigo invisible y con frecuencia alientan a los combatientes gritando: ¡Bien hecho! ¡Ay que bien! ¡Buenos amigos!

CAPÍTULO IX

Al salir de Budeo, nos dirigimos hacia el sureste, directamente al corazón del territorio araucano.

El terreno sube desde el valle del Budeo hasta las llanuras. Esta zona todavía forma parte del gran llano central de Chile, pero es más ondulada y bajo otros aspectos más hermosa que las continuadas llanuras de la región que queda más al norte. Las lluvias, que son más abundantes aquí, producen en los campos una vegetación que falta en otras partes, y a la vez forman numerosos arroyuelos que evitan una monotonía que de otra manera sería aburridora. Sobre las cimas de los cerros y en todos aquellos puntos donde se guarda la humedad, se ven antiguos robles y otros hermosos árboles que aumentan en número a medida que avanzamos,

Nuestra comitiva se componía de cuatro personas, Sánchez y yo, con dos mozos, uno de los cuales llamado José, era alto y atlético y muy aficionado a la vida errante, pero demasiado flojo para ser muy aventurero; el otro era bajo, bien hecho y activo, siempre dispuesto a todo, y se hacía amigo de todo el mundo a causa de su buen humor. Era miembro adoptivo de la familia de Sánchez y se llamaba Juan de Dios, pero era más conocido por el apodo de *Huacho*, a causa de su origen dudoso.

Sánchez, o don Panta como le llamaba todo el mundo, era de aquellos individuos a quienes mientras más se conoce, más se quiere. Era hombre grande y fornido de cuarenta y cinco a cincuenta años de edad y de aspecto digno y varonil. No tenía mucha educación, pero era inteligente y comunicativo, con cierto orgullo innato sin ser reservado y honrado a toda prueba, a pesar de haber sido contrabandista en su juventud.

Cuando estalló la revolución chilena, su padre, que era oficial en el ejército realista, al triunfar las armas de los patriotas, huyó a las montañas como tantos otros y se unió a la banda de Pincheira, español que había reunido una compañía de realistas e indios con el propósito de molestar a los republicanos en la esperanza de que algún día la revolución fuera dominada.

El objeto original de Pincheira y su séquito fué honorable, y su conducta durante la continuación de la guerra, hasta cierto punto justificable, pero ese

jefe era persona de poco carácter y no pudo luchar contra los elementos intransigentes que se plegaron a su estandarte. Después de la declaración de la paz, temiendo la traición, o tal vez creyendo que la causa realista volvería a levantarse, se negó a depone-
ner las armas y fué declarado proscrito y bandido.

Su campamento llegó a ser el punto de refugio de todos los desesperados, quienes, cuando se estableció un régimen de orden, fueron obligados a huir del castigo que merecían por crímenes cometidos durante la época de guerra. Estos bandidos, no reconocían ninguna autoridad ni obedecían a ninguna ley, sino a sus propias pasiones brutales. Fueron por muchos años el azote de la frontera. Sin esperar cuartel, tampoco lo daban a nadie; eran como los ismaelitas: levantaban la mano contra todos y por todos eran perseguidos; sin Dios, sin patria, sin hogar.

Bajando por los pasos de la cordillera, en el silencio de la noche se dejaban caer sobre alguna indefensa aldea y exterminaban a sus pacíficos habitantes, sin respetar sexo ni edad.

Si perdonaban la vida de algún niño de pocos años o de alguna mujer de buena presencia, era sólo con la esperanza de hacer rescatar al primero y de abusar de la debilidad de la segunda, destinándola a una deshonra peor que la muerte misma.

Antes que se pudieran reunir las tropas para rechazar sus ataques, volvían cargados de botín a sus

escondites en las montañas o a las pampas en cuya inmensidad se perdían.

Tan grande fué el terror inspirado por esta cuadrilla de bandidos entre los vecinos de los boquetes de la cordillera, que aun hoy, después de tantos años, cuando han desaparecido los últimos vestigios de esta banda formidable, muchas madres hacen callar a sus niños con el temido nombre de Pincheira.

El padre de Pantaleón, cuando servía bajo el mando de Pincheira, aprendió la lengua de los indios y adquirió tanto ascendiente sobre ellos, que llegó a ser conocido en toda la frontera por el nombre de *El Rey Sánchez*. Por fin fué capturado por el coronel Godoy, quien lo pasó por las armas. Muchos otros fueron tomados y ejecutados sumariamente, y poco después la banda fué disuelta, principalmente a causa de la influencia de Pantaleón Sánchez, quien obtuvo condiciones favorables para muchos de los que se sometían. El mismo recibió en pago de sus servicios el empleo fiscal de intérprete, que aun conservaba. Como había pasado quince años de su juventud entre los indios y había estado constantemente en comunicación con ellos más tarde, hablaba su lengua tan bien como la propia y conocía a fondo sus usos y costumbres,

Por el lado del camino, los indios habían quemado el pasto en grandes extensiones a fin de procurar un nuevo brote en los campos agostados por el sol de verano.

Debido a la última lluvia el pasto nuevo se aso-

maba como verde alfombra, salpicada de innumerables flores encarnadas en forma de tulipán. Vimos también, en grandes cantidades, una planta rústica que es un forraje excelente para el ganado.

Al pasar por un arroyuelo, me fijé en una capa delgada de lava escoriácea muy parecida a los depósitos recientes de Antuco. Allí cerca había un pequeño montículo compuesto, al parecer, de la misma materia; en cada caso la tierra vegetal que la cubría era sólo de algunas pulgadas de espesor. Después, encontramos más al sur, en muchos puntos, al pasar por los arroyos, estratificaciones semejantes.

Como no existen respiraderos volcánicos sino en la cordillera, la existencia de estas capas es un problema interesante. Probablemente son muy comunes, pero sólo donde el suelo superficial ha sido removido por las aguas, se encuentran a la vista.

Cerca de un pequeño estero llamado Chumalco, nos detuvimos en la casa de un platero—artesano primitivo—quien fabricaba espuelas y otros artículos para los indios y comerciantes. Su taller era un ranchito y sus herramientas de la clase más tosca. Sus mercancías eran rudas y groseras pero ofrecían una bárbara magnificencia, muy en ~~h~~armonía con los gustos de sus clientes; porque los indios recelan de todo trabajo acabado y pulido y tienen ideas propias respecto de lo que constituye la moda, que aun entre ellos cambia de vez en cuando. Son tan fastidiosos para comprar un par de espuelas como cualquiera bella francesa para la elección de un sombrero.

Al mismo tiempo tienen el mayor desprecio de todo lo que es imitación y el *hueñi* (1) más pobre con espuelas de fierro o aun sin ellas, se sentiría insultado con la oferta de un par plateado o de plata alemana.

Además de los frenos, estribos, jaquimones y aperos de plata, los indios usan zarcillos, prendedores y otros adornos del mismo metal, que es el único que ellos emplean para fines ornamentales.

No se les ve jamás con nada de oro. Existe una idea generalizada de que no usan el oro porque lo consideran la causa de todas sus guerras con los españoles y desean ocultar la existencia de ese metal en su territorio; pero Sánchez creía que no era esa la razón, sino más bien que ello dependía de la dificultad en obtenerlo y de su incapacidad de trabajarlo y de probar su pureza. Cuando se fabrica en el extranjero no quieren comprarlo y lo mismo pasa con los artículos de plata si no son fabricados por sus propios artífices o por alguien que viva en medio de ellos y haya ganado su confianza.

La cantidad de plata usada en la manufactura de objetos para el comercio con los indios es grande, y como proviene exclusivamente de las monedas del país, siempre hay escasez de sencillo en todas las provincias fronterizas.

Si suponemos que trafican con los indios, dos a tres mil personas y estimamos que cada uno de ellos

(1) Hueñi = gañán, peón.

dispone anualmente de veinte o treinta pesos en monedas de plata, se puede ver fácilmente la considerable dificultad que causa la sustracción de esta cantidad de la circulación de una zona no muy poblada ni muy rica.

Una legua más allá, llegamos a otro riachuelo llamado Malvén, acerca del cual viven esparcidos un gran número de *cristianos*. Aquí también en un tiempo residía un anciano fraile dominicano que pasó muchos años tratando de convertir a los indios. A pesar de ser muy respetado, como lo son siempre los sacerdotes por su carácter sagrado y como bienhechor—porque a causa de sus conocimientos de la medicina había sido muy útil—era probable que no pudiese contar con un sólo convertido y fué aun mirado con cierto recelo.

En vano trató de conseguir permiso para introducir una misión y establecer un convento de su orden. La contestación que recibió de los indios fué característica, lo que probó que la experiencia anterior no se había olvidado completamente.

—Padre;—dijeron ellos,—cuando quiera Ud. visitarnos será bienvenido y recibirá alimento y abrigo; pero si vienen sus hermanos necesitarán tierra para construir una casa, habrá que darles de comer y tendremos que proporcionarles ganado; necesitarán entonces más tierra para mantener sus animales; otros cristianos vendrán a vivir con sus hermanos; ellos también desearán casas, ganado y tierras. De

este modo Uds. llegarán a enriquecerse y nosotros a empobrecernos y por último seremos expulsados.

Más allá del Malvén, los indios eran más numerosos y encontramos muchos por el camino.

Todos se mostraron sorprendidos de verme a mi; pero conocían bien a Panta (así llamaron a Sánchez) y luego creyeron la explicación que les dio de mi viaje. Hubo uno más incrédulo, un muchacho de doce o trece años, que había vivido entre los chilenos lo suficiente para aprender algo de su lengua y costumbres; él insistió que por usar yo un sombrero de paño de anchas alas debía ser un cura disfrazado, e hizo un número de observaciones respecto del *pi-chi-patiru* (pequeño padre) que nos dieron mucho que reir. Este niño había capturado en el riachuelo vecino, un *huillín*; especie de castor, que estaba desollando; le compré la piel por una trompa y quedó de tenérmela seca y preparada para mi vuelta.

En el camino nos encontramos con una partida de indias; las primeras que había visto de cerca. El agua corría de su largo pelo, porque recién se habían bañado. En las espaldas, suspendida por una correa que pasaba por la frente, llevaban grandes jarros de agua, cubiertos con ramas fragantes de menta. La mayor parte de ellas llevaban tomados de la mano niños barrigones, y una o dos llevaban criaturas suspendidas a las espaldas. Estaban adornadas con todos sus mejores atavíos, con profusión de joyas de plata y cuentas de todos colores. Pre-

sentaban un aspecto pintoresco, pero poco puede decirse de su hermosura.

Los indios y en especial las indias—cuando viven cerca de algún río—son muy aficionados a bañarse, una de las pocas costumbres de aseo que practican.

En la tarde nos detuvimos en la casa de un cacique anciano llamado *Anticheo* (1) (gaviota del sol).

Deteniendo los caballos a alguna distancia de la vara que se coloca delante de todas las casas como barrera, esperamos algunos momentos hasta que salió el cacique y nos saludó uno tras otro. En seguida nos convidó a desmontar, pero nos disculpamos y después de una breve conversación nos dirigimos a un manzanar no muy lejos de allí, prefiriendo pasar la noche debajo de sus ramas a exponernos a los ataques de los bichos que frecuentan las *ruças* (2) de los indios.

Tan luego como habíamos establecido nuestro campamento, principiaron a llegar los curiosos, hombres y niños, atraídos por la novedad y tal vez con la esperanza de poder hurtar algo. Casi todos vestían la *chiripa*, prenda en forma de *poncho* que envuelve el cuerpo desde la cintura hasta los tobillos, y sujeta por un cinturón o faja. Algunos usaban *ponchos*, y unos pocos llevaban también camisas, viejas y mugrientas. Un indio de anchas espaldas, a pesar de

(1) Antü=sol y chelle=gaviota.

(2) Ruca=casa.

no tener camisa, lucía un chaleco, demasiado estrecho para cruzar su poderoso busto y llevaba en la cabeza un gorro viejo con galón de plata muy oxidado, en vez del pañuelo, o cinta de colores con que generalmente sujetan el pelo.

No demostraban la taciturnidad e indiferencia estoica que estamos acostumbrados a atribuir a todos los indios; al contrario eran vivos, habladores, y en extremo novedosos. No dejaron nada sin examinarlo, y aun mi traje, botas y sombrero no se escaparon de sus pesquisas, que acompañaban de risas, chanzas y exclamaciones de sorpresa.

El cacique no demoró mucho en acercarse también, y luego entabló conversación. Tenía mucho que preguntar sobre los sentimientos e intenciones del gobierno para con los indios; y expresó muchas dudas respecto de la anunciada visita del Presidente Montt a las provincias del sur; temía complicaciones y aparentemente se sintió muy aliviado por las explicaciones de Sánchez. Nadie parecía mostrarle mucha deferencia y me sorprendió la falta de respeto que se notaba para con los superiores, sobre todo entre los niños, quienes gozaban de la mayor libertad, mezclándose en las conversaciones, expresando sus ideas de una manera no superada por la misma juventud yanqui.

Mientras conversábamos, se anunció un mensajero de Mañín, enviado a causa de unos robos que habían ocurrido últimamente.

El propio, sin desmontarse, dió su mensaje en tono

de sonsonete en que se notaban algunos sonidos guturales y la frecuente repetición de las palabras—*piu, pi, pioe*—(«yo digo, dije yo, dijo él»). El cacique le escuchó de pie, y todos los demás guardaron un silencio respetuoso. La respuesta se dió con la misma modulación monótona, sin ademanes ni inflexiones de voz, de manera parecida a la de los niños cuando repiten una lección aprendida de memoria.

Para mi modo de ver, pronunciaron sus discursos en un estilo poco llamativo; pero Sánchez me dijo que ámbos eran considerados oradores y muy reputados por la pureza de su dicción.

Los mapuches tienen ideas propias respecto de la elocuencia, la que se estudia por ser el camino más seguro para distinguirse. Cualquier joven que posee cierta facilidad de palabra y una buena memoria puede aspirar a una alta posición. Los caciques siempre eligen para ayudante y mensajeros a aquellos jóvenes que son capaces no sólo de expresar con claridad sus propias ideas, sino también de repetir con exactitud las palabras de otros; punto de importancia capital para la trasmisión de las comunicaciones orales. Los mensajeros, por su constante roce con los hombres principales y por tener que hablar en las asambleas nacionales, obtienen gran influencia y a menudo suceden a los que son superiores a ellos en cuanto a cuna.

No han faltado escritores españoles que han elogiado altamente la elocuencia araucana; pero, estimada por las reglas clásicas, no merece las alabanzas

exageradas que ha recibido. Sus oradores son muy inferiores a los que se hallan entre los indios de Norte América, tanto por la materia como por la elocución de sus discursos. Si pudiéramos descubrir la verdad, es probable que tanto los *mohawks* como los araucanos deben mucho de su fama de oradores a las traducciones floridas de sus intérpretes.

El cacique, al advertir que todavía no comíamos, ordenó matar un cordero para nosotros. El animal fué suspendido por las patas a una rama y degollado. Una mujer recibió la sangre en una fuente de palo, a la cual echó un puñado de sal para ayudar la coagulación; otra trajo un canasto para recibir las entrañas y las llevó a su casa. La sangre y las entrañas son comidas por los indios; la primera cruda o cocida y las últimas en forma de guiso. Se sacó el cuero y el cordero fué partido en dos mitades una de las cuales se puso a asar sobre un buen fuego.

El cacique se levantó en seguida y nos dió las buenas noches, ejemplo que siguieron los demás, a excepción de algunos ociosos que se quedaron con la esperanza de participar de nuestra cena.

No tuvimos más mantel que el verde pasto, y sentados al rededor del humeante asado, lo despedazamos con nuestras navajas, pasando una porción a cada uno de los que nos acompañaban. Para completar nuestra fiesta, nos trajeron un jarro de *mudai*, licor fermentado, algo espeso, pero de un gusto no desagradable. Cuando levantaba el jarro a la boca, Sánchez me dijo en tono de broma.

—¡Tenga cuidado señor!, no sabe lo que está bebiendo.—Conformándome con la idea de que hay muchas cosas que no conviene saber, bebí un buen trago, antes de pasar el jarro a otro. Si hubiera visto la manera de fabricar el *mudai*, como después la ví, no habría llegado a tocar mis labios.

Tan luego como se retiraron nuestros visitantes—lo que hicieron cuando se agotaron los comestibles—tendimos nuestras camas de pellones y ponchos debajo de los manzanos y nos echamos a dormir, después de guardar todo con la mayor seguridad posible, porque nos dijo el guía—Estos diablos les robarán la lengua si duerme con la boca abierta.

Por la mañana recibimos nuevas visitas, entre otras la de un viejo que hablaba regularmente el castellano. Dijo que había conocido a mi padre (Vega) respecto de quien me hizo muchas preguntas, que me costó bastante contestar, puesto que jamás había visto a la persona cuyo nombre me había dado. Después preguntó por el Presidente, por su carácter y sus designios para con los indios. Quedó más o menos satisfecho con mis respuestas sobre estos puntos y luego quiso saber si Su Excelencia era rico y poderoso; y para averiguar completamente la importancia del mandatario me preguntó el número de sus esposas.

—No tiene más que una—contesté.

—¡Hué!—exclamó el indio, atónito.—¿Una no más? levantando un dedo para que no me equivocara.

— Sí, una no más.

—Entonces debe estar muy pobre.

—¿Por que?—pregunté yo.

—Porque yo, que soy pobre, tengo dos; muchos de nuestros *ghelmenes* (1) tienen cinco; y el Presidente que es un gran cacique debe tener a lo menos diez,—y contaba sobre los dedos—Quiñe, epu, quéchu, mari—(1, 2, 5, 10), para determinar mejor los grados de importancia. Le costó mucho convencerse de que él no era una persona de mucho más rango que un Presidente, que no tenía más que una mujer.

No quedó conforme cuando le expliqué que los cristianos no se casaban sino con una mujer. No pudo comprender la razón de esto; los de su pueblo, decía, siempre vivían felices con varias mujeres, lo que no sucedería si la costumbre no era del agrado del Sér Supremo. Cuando recordaba las tendencias polígamas de los personajes bíblicos, tuve que confesar que, según sus luces, no dejaba de tener razón el viejo.

Este ha sido siempre uno de los entorpecimientos que encontraban los misioneros (quienes muy poco han logrado entre los mapuches) porque constantemente han principiado por atacar la poligamia nacional, la más arraigada y mantenida de las costumbres sociales de los indios.

El sistema es honrado pero su eficacia es dudosa.

Si dejasen esta reforma para el final en vez de tratar de implantarla desde el principio, y no se preocupasen tanto de las costumbres inveteradas

(1) Gulmen-no ghelmen=jefe, hombre principal.

hasta adquirir la influencia necesaria para extirpar los vicios menores, podrían probablemente conseguir mayores resultados; de todos modos, una institución como la poligamia sólo puede desterrarse poco a poco.

Después de almorzar bien, montamos a caballo, y nos dirigimos a la casa del cacique. Aquí hicimos algunos regalos de añil y de cuentas a sus mujeres, y de pañuelos y trompas a los niños y en seguida nos despedimos con toda formalidad. Uno de sus sobrinos, joven bien parecido e inteligente y que era amigo de Panta, se agregó a nuestra comitiva.

Cruzando el riachuelo Renaico, pasamos a la casa de Calbucoi, uno de los caciques más poderosos de esta comarca, pero no se encontraba allí. Le hallamos después en los campos, negociando con unos mestizos. Era persona grande, corpulento y de agradable fisonomía. Iba acompañado por un sobrino llamado Railému, joven poco simpático, a quien no deséabamos encontrar, porque sus conocimientos del castellano, lengua que hablaba con facilidad, podrían hacerle sospechar que yo era extranjero.

Todo el grupo rodeaba un poncho extendido en el suelo, en el cual vimos amontonados numerosos pesos fuertes y espuelas de plata, cebo tentador para el dueño de grandes ganados. Pero el viejo cacique era incrédulo y prudente.

Examinó cada artículo con el mayor cuidado, oliéndolo y probándolo con la lengua, haciéndolo sonar para constatar la pureza del metal. Por fin sacó

de su cinturón una pequeña balanza de caña con platillos de cuero, y procedió a pesar los artículos uno por uno, usando como norma unos pesos fuertes que llevaba sobre su persona. El sobrino no era menos cauteloso y ambos parecían conocer a fondo todas las maulas del negocio.

Sánchez no quiso comprar ganado aquí, y estaba muy contento de que estuviera tan ocupado el cacique, quien no tuvo tiempo ni disposición para fijarse mucho en nuestros movimientos. Le dimos un gran pañuelo rojo adornado de brillantes flores amarillas en cambio del privilegio de pasar por sus territorios, y seguimos apresuradamente nuestro viaje.

El sistema de imponer tributos es universal entre los caciques; pero, por fortuna, sus exigencias son tan moderadas que no vale la pena discutir las.

Conocí a un caballero inglés, residente por largos años en Chile, quien me contó una aventura divertida, relacionada con esta costumbre.

Durante un viaje, tuvo ocasión de pasar por el territorio de un cacique, y se sorprendió al ser detenido en el camino con la exigencia de un derecho de tránsito. Valiéndose de su condición de inglés, rehusó someterse a una gabela que consideraba injusta, declarando que, como era viajero y no comerciante, tal molestia era contraria a las costumbres internacionales. Su guía le aconsejó que cumpliera con la costumbre; el cacique insistió, pero todo fué inútil. El inglés se negó absolutamente a ceder. Volvió riendas para seguir su viaje, pero entonces un joven

fogoso corrió a su cabaña, sacó un cuerno, con el cual dió, tal trompetazo de alarma, que resonó por todos los cerros vecinos y fué contestado de veinte partes. De todas las cabañas salió gente armada, que venía corriendo, a pie y a caballo, agitando sus largas lanzas y listas para el encuentro.

Cuando John Bull se enoja, no es fácil amedrentarle; e inmediatamente preparó sus pistolas, resuelto a vender cara su vida; pero el guía corrió hacia él y le dijo:

—Por el amor de Dios, señor, ¿qué va a hacer? Deles algo, aunque sea un pañuelo.

De repente vió lo absurdo de la situación y riéndose de su torpeza, regaló al enfurecido cacique un cortaplumas.

Se hicieron las paces al instante; el cacique, más que contento, juró amistad eterna al generoso forastero, pidió disculpa por la detención, e insistió en que algunos de sus más bravos guerreros le escoltara como guardia de honor por muchas millas del camino.

CAPÍTULO X

Hicimos otro alto en la casa de un cacique llamado Kilal.

Como antes, nos detuvimos delante de la barra, y esperamos que saliera el dueño de casa, quien nos hizo el saludo acostumbrado de —*Mari, mari, peñi*

—(literalmente—un ciento, hermano—tal vez una contracción de —sea bienvenido cien veces—u otro saludo primitivo). Entonces llamó a sus mujeres, dos de las cuales, después de saludarnos a su manera —¿*Emy é?*—(¿Es Ud.?), barrieron el suelo debajo de la ramada de cañas y tendieron cueros de oveja para nuestro servicio. Concluido esto, nos convidaron a desmontar.

Entrando al patio, nos sentamos a piernas cruzadas sobre los cueros, y nuestro compañero indio pronunció el discurso formal que es una de las exigencias más indispensables de la etiqueta mapuche. No es más que el intercambio de cumplidos, pero su omisión, salvo entre vecinos próximos o amigos íntimos, sería considerada imperdonable.

Si el huésped es forastero, el dueño de casa se dirige a él primero con las palabras: —No le conozco a Ud. hermano—o bien —No le he visto a Ud. nunca antes. Entonces el huésped menciona su nombre y lugar de residencia y pregunta por la salud de su interlocutor, la de su padre, madre, mujeres y niños; pide noticias de sus tierras, de sus siembras y de su ganado. Después pregunta por el jefe del distrito, los vecinos, sus mujeres y familias, siembras, etc.; si ha habido incidentes desagradables, enfermedades, accidentes o muertes en la vecindad. Si las respuestas son favorables, expresa su satisfacción, y discurre sobre los beneficios de la salud, las riquezas y la amistad, que califica de grandes bienes por los cuales debe darse las gracias a Dios.

Si, por el contrario, las respuestas se refieren a malas noticias, se conduce con el afligido y se pone a filosofar sobre las desgracias, que deben soportarse con resignación, puesto que no siempre se puede evitar los males.

Terminadas las preguntas del visitante, el dueño de casa a su turno hace las mismas y comenta las respuestas en la forma que el caso requiere.

Esta formalidad demora diez o quince minutos. Las preguntas y respuestas son recitadas en voz monótona que recuerda el rezo del rosario o la entonación de los sacerdotes durante una misa. Al final de cada frase, si la última palabra termina en vocal la voz se levanta, pero si termina en consonante, ésta se redondea con una aspiración nasal. El oyente expresa su satisfacción por un sonido gutural, o indica su sorpresa por la exclamación —¡Hué!—Salvo estas excepciones, no interrumpe jamás, hasta que el que habla avisa por una cadencia especial que ha terminado. A menudo, durante estas conversaciones, no se miran uno a otro y a veces se sientan vueltos de espaldas.

Después de concluir con estas formalidades, la conversación se sigue de una manera más natural.

Vestigios de esta costumbre se notan entre los campesinos chilenos, con sus invariables y numerosas preguntas y respuestas cuando hacen visitas o se encuentran por casualidad. La misma cosa pasa con el formal *recado* mandado con un sirviente. Siempre principia con las frases;—*Muy buenos días,*

señor. *¿Cómo está su merced? Manda decir mi señorita Doña Mariquita, que cómo está la salud de su merced; que se alegra mucho que no tenga su merced novedad ninguna, etc.*— Sólo cuando concluye esta introducción da su recado. Si se le interrumpe, casi seguramente principiará todo nuevo.

Semejantes costumbres impacientan a un anglosajón, pero como se originan en la bondad e indican una disposición amistosa, deben mirarse con indulgencia y aun con admiración.

Viendo que estábamos cansados de estar sentados e inmóviles, el cacique mando traer unos banquitos cubiertos de cuero para que en ellos apoyáramos los codos. Al mismo tiempo apareció una de las mujeres y colocó delante de cada uno, una fuente de caldo de cordero. El caldo era excelente, pero me fué difícil tragarlo en la posición reclinada en que me encontraba.

La fuente no ofrecía inconvenientes; pero no pude manejar la cuchara de palo porque su forma era tal que no se acomodaba a mi boca. Mi poca pericia causó diversión; y después de embadurnarme la cara y de llenarme los bigotes de grasa, tuve que abandonar la cuchara de palo y recurrir a la que llevaba, junto con un cuchillo y tenedor, en mis alforjas.

No aumentó mi apetito, ver a unos cuantos niños desnudos que jugaban allí cerca, con sus cuerpecitos cubiertos de manchas y rascándose constantemente; efecto, como supe después, de la sarna. Si hubiera

sabido lo común que era esta asquerosa enfermedad entre los nobles hijos de Arauco, tal vez no habría empezado mi viaje; pero Ercilla había olvidado describir este inconveniente y aunque me habían hablado de él los chilenos, no creí que estuviera tan esparcida la enfermedad como para no dejar casi hombre, mujer, o niño que se libre de tan odiosa peste.

Entre otros remedios, llevaba uno contra este mal, pero confiaba principalmente en el empleo liberal de agua y jabón y en el uso de guantes para proteger las manos, que es la parte más expuesta al contagio. Con estas precauciones, aunque varias veces pasaba buenos sustos, escapé ileso.

La sarna es la enfermedad nacional de los araucanos y debe haber existido entre ellos desde tiempo inmemorial, como consecuencia natural de su modo de vivir. Se dice que mucho antes que se conociera en Europa la verdadera naturaleza de esta peste, los mapuches habían descubierto el método de sacar de la piel los pequeños parásitos que causan la irritación.

Hay ciertos inconvenientes y molestias relacionadas con lo que los poetas y filósofos llaman el estado de naturaleza, que sólo pueden apreciarse por aquellos que han visto al hombre más alejado de las amenidades de la civilización. Sin duda perderíamos mucho del respeto y admiración por los patriarcas de antaño, si conociéramos más de cerca su vida doméstica.

Después de la siesta, Kilal nos acompañó a través

del pequeño estero de Nininco, hasta los campos extensos donde pacían sus ganados, Media docena de *hueñis* (1) bien montados, nos acompañaban y luego llegó a ser interesante la partida.

No hay nada más pintoresco que ver a estos jóvenes salvajes correr a escape por el llano con sus largos cabellos flotando al viento y sus lazos silbando en el aire mientras se lanzan tras los animales que quieren coger.

Los indios son buenos jinetes, y durante sus corridas parecen formar parte del caballo que montan. Su destreza con el lazo es admirable; y es maravilloso ver la facilidad con que eligen cualquier animal, lo separan de sus compañeros y lo lacean; pero a veces un caballo corredor aleccionado por la experiencia, desbarata sus maniobras y los lleva en furiosa carrera por el llano.

La montura mapuche es muy sencilla; se forma de una enjalma basta, debajo de la cual se ponen unos cueros de oveja; encima se colocan pellones, todos ellos sujetos por una fuerte cincha.

Los estribos, cuando no son de plata, son generalmente de coligüe, torcido en forma de triángulo, de tamaño suficiente para admitir el dedo grande del pie; el freno, como el usado por los chilenos, es muy pesado y poderoso; las riendas son de cuero sin curtir, torcido firmemente o de un trenzado in-

(1) Hueñi=mozo, indio de clase inferior.

genioso en el cual se notan a veces algunas hebras de plata.

A diferencia de los chilenos, dejan las cinchas muy sueltas, y se mantienen en la montura por el perfecto equilibrio del cuerpo. Esto se hace necesario por el hecho de no sacar ni la montura ni el freno cuando están fuera de su casa, aun en el caso de permanecer varias horas desmontados. Como todos los salvajes, son muy suspicaces y temiendo la traición, están siempre alerta, listos para montar y huir a cualquier aviso. La fuerza y el aliento del caballo se economizan así porque no se oprimen sus pulmones.

Nuevamente me llamó la atención, la impertinencia de los niños, que me rodeaban y manoseaban mi traje, montura y estriberas, riéndose sin moderación a costillas mías y manteniendo una serie de comentarios que divertían a todo el mundo menos a la persona directamente implicada, quien por fortuna no comprendía la mayor parte de sus observaciones.

Esta precocidad insolente, que en cualquiera otra parte sería severamente castigada, es alentada más bien entre los mapuches, quienes creen que semejante mala crianza inculca un espíritu de independencia.

Ellos nunca castigan a sus niños varones, porque consideran que el castigo es degradante y que dispone al futuro hombre para que sea pusilánime y poco apto para llenar sus deberes de guerrero. Sin embargo, a pesar de su impertinencia, los indiecitos son de buen índole, y aun cuando sus chanzas resul-

tan a veces pesadas, no obran con malicia, ni tienen la intención deliberada de molestar a su víctima.

Con semejante educación, o más bien falta de educación en la juventud, puede parecer extraño que los mapuches no sean groseros en su trato social. Tienen una etiqueta especial y la observan con la mayor escrupulosidad. Siempre se saludan al encontrarse, aunque sean completamente desconocidos; en la conversación nunca se interrumpen; jamás pasan por delante de una persona, o entre dos que conversan sin pedir disculpa; y en muchos otros casos demuestran una buena crianza digna de naciones más civilizadas.

Después de mucho discutir el precio, (a lo que son muy adictos los indios) Sánchez eligió varios animales para llevarlos a su vuelta. Lo que me sorprendió fué que los pagara al momento, pero me dijo que en todo negocio conveniente, los indios son más honrados que los *cristianos*.—No tengo la misma confianza en mis compatriotas,—agregó,—porque si pagara anticipado a un chileno me engañaría si le fuera posible.

Durante muchas millas, el camino nos llevó por un hermoso llano, salpicado de bonitos árboles, hasta que llegamos al estero de Kaillím, que corre por un profundo cajón, formado por abruptos cerros, de los cuales los del lado norte son muy boscosos. Las casas estaban esparcidas por sus orillas a corta distancia unas de otras; la población, como de costumbre se había concentrado cerca del curso del agua.

Al sur del arroyo, tuvimos que escalar los cerros y llegamos a otra llanura ondulada, cubierta de buenos pastos y sembrada de grandes robles tan próximos los unos a los otros que raras veces salíamos de su sombra. Los robles son árboles hermosos y de gran ramaje y dan a la comarca (donde no se ve matorrales) el aspecto de un bien cuidado parque inglés; pero ocasionalmente un enorme tronco carbonizado, a punto de caer o ya derribado, advierte la triste verdad de que está llegando el día de la destrucción de estos monarcas de la selva.

La costumbre de quemar el pasto todos los años; —que se practica tanto por los mapuches como por los indios de Norte América,—destruye rápidamente las selvas del sur de Chile, produciendo el mismo aspecto que se nota más al norte. Aunque ha sido negado por personas, cuyas opiniones merecen gran respeto, no pude desprenderme de la convicción de que en otro tiempo las llanuras de Chile central han estado cubiertas de bosques que han desaparecido por iguales motivos. Así los campos, faltos de la protección de los árboles, se encuentran áridos y desolados y los rios se han secado porque las vertientes que los alimentaban han desaparecido bajo los ardientes rayos solares.

Se ha dicho que por falta de lluvia y de humedad en la atmósfera no podían haber florecido los árboles; pero es probable que se haya confundido la causa con el efecto y que la escasez de lluvias se deba en

gran parte a la destrucción de bosques que antes existían. En los Estados Unidos se comprende bien la influencia ejercida sobre el clima por haberse despejado grandes extensiones de tierras antes boscosas; y más aun; entre las personas más inteligentes de Santiago prevalece la opinión, de que, desde que se han cultivado más las llanuras vecinas a esa capital, han aumentado las lluvias de una manera perceptible.

El sol ya se había puesto cuando detuvimos nuestros caballos delante de la casa de un indio llamado *Chancay-Hueno* (Isla del Cielo), amigo íntimo de Don Panta. No se encontraba en casa; pero su mujer (en este caso había una sola) nos recibió cordialmente y nos invitó a desmontar. Su cara era simpática y risueña y el timbre de su voz me llamó la atención por su tono de tristeza que le daba un interés melancólico.

Chancay no llegó hasta después de la oración. Al entrar no hizo caso de nosotros, sino volviéndose hacia su mujer le dijo:

—Pon más leña en el fuego para que haya luz y pueda distinguir la cara a mis amigos.—La mujer obedeció y echó unas cañas al fuego. Tan luego como nos pudo distinguir nos saludó uno por uno y principió a conversar con Sánchez. Después de manifestar su contento por nuestra visita y de haber charlado un rato amistosamente, volvióse hacia nuestro compañero indio, a quien no conocía y le dijo.

—¡Su cara es nueva para mi, hermano!

Siguieron los quince minutos de cumplimientos.

mutuos que exige la etiqueta, quedando callados los demás. Entretanto tuve una oportunidad favorable para estudiar la economía doméstica del hogar indio.

La casa era rectangular, construídas de cañas con techo de paja y tenía más o menos treinta pies de largo por quince de ancho. Se asemejaba mucho a los ranchos comunes entre las clases pobres chilenas, En medio del techo había un agujero que servía de chimenea, para el fuego colocado inmediatamente debajo de él.

Este agujero y la puerta bastante baja eran las únicas partes por donde podían entrar la luz y el aire.

En dos de los rincones habían toscos marcos de coligües sobre los cuales se habían estirado cueros de buey, que servían de catres; en otro se encontraba una división bien hecha de cañas: detrás de ella estaba el granero en donde guardaban el trigo. El centro de la pieza estaba ocupado por ollas de greda, fuentes de madera, cucharas y otros utensilios domésticos, todos abandonados en la mayor confusión. De los tijerales, negros y festoneados de telas de araña, colgaban mazorcas de maiz, trozos de carne, zapallos, cuelgas de ají y una bolsa tejida llena de papas (1).

En medio de estos símbolos de la paz y prosperidad, figuraban dos largas lanzas con sus puntas de hierro dirigidas hacia la puerta, listas para el uso

(1) Papas=patatas.

pero estaban enmohecidas a pesar de hallarse protegidas contra el orín por pedazos de grasa.

Uno de los pies derechos que sostenían el techo, estaba, algo inclinado, y tenía muescas, para que pudiera servir de escalera para llegar a una especie de desván, lleno de hollín y de humo, donde se guardaban sacos de frejoles y otros comestibles.

Junto a las camas estaban suspendidos, espuelas, frenos y estribos de plata, prendedores, zarcillos, collares de cuentas y numerosas otras zarandajas destinadas a aumentar los encantos de la dueña de casa.

Al lado del fuego, estaba sentada en cuclillas una anciana arrugada y legañosa, más parecida a un mono disecado o a una momia que a un ser humano. Se apoyaba en sus flacos y descarnados brazos, para atisbarme a través del humo, y al parecer no pudo determinar quien era yo. De vez en cuando soltaba un exclamación de sorpresa—¡Huél—A juzgar por su aspecto, sería muy vieja. La dueña de casa estaba sentada cerca de ella y se ocupaba en revolver el contenido de una gran olla, colocada junto al fuego y de cuando en cuando tiraba de la correa pendiente de una cuna que estaba suspendida de los tijerales. En ésta se hallaba acostada una criatura de brillantes ojos negros que se entretenía en mirar a la gente. A ratos, cuando levantaba la mano para protegerse del calor del fuego noté que también me examinaba furtivamente de pies a cabeza.

Tan pronto como terminaron las exigencias de la

etiqueta, nos sirvieron una abundante comida de caldo y carne. La cena era excelente, pero habría comido más a gusto si no hubiera sido por las atenciones de un gozque que metía el hocico en mi plato cada vez que me descuidaba. Un puntapié me habría librado del incómodo compañero, si el código mapuche lo hubiera permitido; pero cualquier ataque dirigido contra este *custos fidus et audax* se habría considerado como un insulto hecho a su dueño.

Arreglamos nuestras camas al aire libre, usando como colchón cierto número de blandos cueros proporcionados por la bondadosa dueña de casa quien dijo riendose—nuestro *pichi huenthu* (hombrecito) no debe dormir en el suelo pelado.

CAPÍTULO XI

Permanecemos varios días en la ruca de Chancay, y, como Sánchez era muy amigo de la casa, se me proporcionó una oportunidad muy favorable para estudiar las costumbres de los araucanos.

La dueña de casa, para honrar a sus visitas, o tal vez por una perdonable vanidad femenina, apareció el día siguiente a nuestra llegada, con la cara recién pintada y luciendo todas sus joyas.

Los colores que usan para pintarse la cara son el rojo y el negro. Son dos especies de tierras, las cuales se mezclan con grasa para que dure más tiempo su efecto. El rojo se aplica en una ancha faja que corre

de una oreja a la otra y cubre las mejillas, los párpados y la nariz. El negro se usa para hacer resaltar las cejas—(las cuales se arrancan, dejando sólo una línea delgada)—las puntas de las pestañas y las ojeras, de la misma manera que lo hacen las mujeres del oriente empleau la *henna*. El borde inferior de la faja roja que cruza las mejillas y la punta de la nariz es también señalada con línea negra recta u ondulada.

El gusto individual hace variar con frecuencia esta moda, agregando en negro el dibujo de lágrimas que corren por las mejillas; pero la costumbre establecida se observa estrictamente, aunque con modificaciones periódicas. El efecto que producen estos colores es curioso. El negro, sin duda, imparte a los ojos un brillo especial; pero el rojo les da un aspecto sanguinolento y extravagante que muy poco agrada.

Los tocados femeninos, compuestos enteramente de cuentas de varios colores, arregladas de tal manera que forman dibujos, me parecían muy bonitos. Caen por la frente y cuelgan sobre los hombros y espaldas y llevan como guarda una hilera de dedales que suenan como cascabeles.

El cabello se divide en dos trenzas, enlazadas con cuentas azules. Las puntas se unen con otra hilera de dedales. No se usa este tocado a diario y las trenzas con sus hileras de cuentas se enrollan al rededor de la cabeza como culebras, cayendo las puntas sobre la frente o asomándose hacia adelante

como cuernos. A veces no usan más que una cinta adornada de cuentas para sujetar el cabello.

El cuello se circunda con un collar de cuero tachonado de plata. Un número de hileras de cuentas de variados colores caen sobre el pecho, como también pesos fuertes, dedales etc., según los medios de cada cual. Usan brazaletes y cintas de cuentas, en los cabellos no sólo las mujeres sino también los gulmenes, como distintivos de rango; pero en este caso son de lana de diversos tintes.

El vestido de una india elegante se compone de dos prendas, muy parecidas al *chiripá* de los hombres, en cuanto a forma y confección; pero usadas de otro modo. Una, envuelve el cuerpo debajo de los brazos y se sujeta sobre el hombro por un gran prendedor dejando libres los brazos, se asegura a la cintura por una ancha correa adornada de hebillas de plata.

La otra se lleva sobre los hombros como capa, prendida por delante con un gran alfiler de plata, de cabeza a veces globular o con más frecuencia plano y del tamaño de un plato de postre. Las prendas mencionadas son de fabricación doméstica, generalmente de color negro o azul obscuro; pero a veces se hacen de franela roja importada. Para completar sus encantos llevan grandes zarcillos también de plata.

Por lo general el pintarse y ataviarse de joyas es considerado distintivo del bello sexo; pero no lo es exclusivamente; porque algunos de los mocitos se adornan de la misma manera, y aun cuando se contentan por lo general con trazar algunas rayas o

manchas, no faltan algunos que se pintan los ojos, la cara y aun los labios con mucho primor.

La mujer de Chancay era simpática a pesar de la cara pintada, no tanto porque tuviera buenas facciones, las cuales como las de casi todas sus compatriotas eran algo toscas; sino a causa de una expresión melancólica que despertaba interés. Era viva y habladora y al parecer buena y cariñosa; pero era evidente que ocultaba algún pesar que aminoraba su felicidad. Sánchez, con quien hablaba de mis impresiones, me lo confirmó, y me dió una explicación muy sencilla. Hacía muchos años que estaba casada pero hasta entonces no había tenido hijos y los pequeñuelos que había visto en el rancho eran de una cuñada quien se los había prestado.

Existe inherente en el pecho de toda mujer, el deseo intenso de tener algún objeto en que depositar su amor maternal, y hace que la esterilidad sea la mayor de las desgracias; pero entre los mapuches como entre todo pueblo primitivo es considerada, no sólo desgracia, sino reproche. Esta situación se agrava por cuanto el marido queda libre y puede tomar a otra mujer que reemplace en sus afectos a la que no ha podido darle ese vínculo sagrado e indisoluble,—un vástago de su propio linaje.

Eran dos los niños prestados, un niño y una niña. El primero era un muchacho vivo e inteligente de siete años de edad y se llamaba Panta en honor de su padrino, Sánchez. La niña era menor y llevaba el nombre poético de *Elyape*, abreviatura de

Elya-pewé-coyam, que significa «*El roble que brota en la primavera*». Era bonita y graciosa, pero traté vanamente de conquistar su amistad; porque cuando me quité el sombrero, se asustó tanto como si me hubiera sacado la cabeza y después no quiso ni acercárseme y gritaba llena de espanto si movía la mano en dirección de mi sombrero.

Además de estos dos, había una *guagua* (1) que pasaba suspendida de un gancho, o apoyada contra la pared; estaba fajada de tal manera a un marco de coligües que sólo por el movimiento de los ojos se podía notar que estaba viva. Era de suponer que el constreñimiento tan prolongado sería sumamente molesto para la criatura; pero no demostró ninguna intranquilidad y mis observaciones me convencieron de que el más sosegado y contento de todos los nenes es el de los mapuches.

Molina, generalmente muy bien informado, dice que los araucanos jamás fajan a sus infantes, pero yo encontré que la costumbre era universal entre ellos, y aun cuando se la encuentra hasta cierto punto común entre los chilenos de baja esfera social, no se puede suponer que la hayan adquirido de los españoles. No es extraño este error de Molina si se toma en cuenta que describe un pueblo que nunca visitó, del cual sólo obtuvo informaciones de extraños.

La verdadera madre de los niños era una mujer

(1) Guagua = criatura de tierna edad.

gorda y de buen genio, que había aprendido unas pocas palabras de castellano, de modo que con lo poco que sabía yo de mapuche y con la ayuda de mi diccionario de esta lengua, logramos conversar bastante. A veces estaba acompañada de otra mujer más joven y más bonita que ella, a quien señalaba con evidente orgullo como—*la otra yo*—es decir, la segunda esposa de su marido—agregada a la familia hacía poco. Lejos de enfadarse o de sentir celos de la recién llegada, decía que deseaba que su marido tomara aun otra mujer; porque lo consideraba un gran alivio tener quien le ayudara en los quehaceres de la casa y en la manutención de su marido.

Este sentimiento no es tan antinatural como parece, porque entre los mapuches, son las mujeres las que hacen todo el trabajo, desde las tareas agrícolas, hasta la de ensillar y desensillar el caballo para el dueño de casa, quien hace poco más que andar a caballo y divertirse. Se justifica con la reflexión de que sus mujeres le han costado bien caro y no es más que justo que trabajen para recuperar lo gastado.

Es verdad que una joven araucana no se ofrece en el mercado como las *houris* del oriente; pero no por eso deja de ser un objeto de comercio, comprada por el que aspira a su mano. No tiene mayor libertad para elegir su marido que la de la esclava circasiana.

Aquí, como en otras partes, a veces nace un cariño

mutuo, y aunque los amantes tienen pocas oportunidades de comunicar libremente sus sentimientos, recurren a veces a los cantos amatorios, tiernas miradas, y otras artes que sólo son comprendidas por los enamorados. Pueden llegar a casarse, pero no es considerado necesario este cortejo, ni se estima de importancia el consentimiento de la mujer.

Generalmente, cuando un joven resuelve casarse, se dirige primero a sus amigos para que le ayuden a llevar a cabo su proyecto. Si es pobre, cada uno de ellos ofrece contribuir según sus medios para sufragar los gastos; uno regala un buey gordo, otro un caballo; un tercero un par de espuelas de plata etc. Se elige una noche cuando no hay luna, y se fija el punto de reunión. A la hora nombrada, el novio y sus amigos, todos bien montados, se reúnen como se había convenido. Con cautela y silencio se acercan a la casa de la elegida y la rodean.

Una media docena de los más avisados, entran y conversan con el padre de la niña, a quien explican el objeto de su visita; ensalzan los méritos del pretendiente; y le hacen ver la conveniencia del enlace, etc., pidiendo su consentimiento, que generalmente se concede con facilidad; tal vez porque consideran a las hijas como carga pesada, o como una mercancía de que conviene deshacerse. Entretanto el novio ha encontrado el lecho de la que pretende; y ella como es de rigor grita y pide auxilio.

Al instante comienza una tremenda refriega. Se levantan todas las mujeres y, armándose de palos,

pedras y proyectiles de toda clase, corren a defender a la joven amenazada. Se interponen los amigos para ayudar al novio, con súplicas o violencias aparentes y tratan de desarmar a las feroces mujeres; pero estas no se amedrentan y es feliz el que escapa sin que le hayan roto la cabeza o le hayan dado otro recuerdo sangriento de la batalla.

Es punto de honor por parte de la novia por más conforme que esté con el rapto; resistir y luchar, hasta que el pretendiente, cansado de tantos preliminares, la toma por el pelo, el brazo el talón, o por donde sea más conveniente y la arrastra hacia la puerta abierta. Una vez afuera, sin soltar su presa, monta a caballo, la coloca sobre la montura, y parte a escape dando gritos de triunfo. Sus amigos también se retiran, seguidos por las enfurecidas mujeres, y huyen detrás de los fugitivos.

Al llegar a los bosques, el novio se interna en la obscuridad de ellos, mientras los amigos se detienen a la entrada hasta que los gritos de la raptada no se oyen más y se convencen de que nadie los persigue. Entonces vuelven cada uno a su casa.

Es de suponerse que la dama por fin se entrega al brazo fuerte y a las ardientes súplicas de su galán; porque en dos o tres días la pareja emerge de la selva, y sin más ceremonia son considerados marido y mujer.

Sucede a veces que los padres de la novia son verdaderamente opuestos al matrimonio. En este caso piden auxilio a los vecinos con los sonidos de un cuerno y salen a cazar a los fugitivos; pero si es-

tos alcanzan el bosque y se ponen a salvo, el casamiento no puede anularse después.

Se dejan pasar algunos días, entonces el novio recibe las visitas de sus amigos. Cada uno trae la contribución que ha prometido; y arreando delante de ellos el ganado ofrecido, toda la comitiva sale en dirección al antiguo hogar de la novia. Se hace entrega de los regalos al padre quien cuando considera que ha recibido el justo valor de su hija, se muestra muy contento y sigue un intercambio mutuo de felicitaciones.

Sólo la madre de la niña no se da por conforme, porque se supone que ella debe sentirse ultrajada por el rapto de su hija y expresa su indignación negándose a hablar a su yerno, o aun mirarle. Pero al mismo tiempo la buena crianza le exige que haga los honores de la casa; de modo que se sienta al lado de la novia (volviendo la espalda al galán) y dice: —Hija mía, pregunta a tu marido si tiene hambre. Se hace la pregunta, y de esta manera se sigue una conversación y por fin las visitas son obsequiadas con una comida en que la madre hace lujo de su arte culinario.

Este punto de honor a veces se lleva tan lejos, que por muchos años después del casamiento, la madre no se dirige jamás a su yerno sino vuelta de espaldas o con la interposición de un cerco o tabique.

La manera más usual de conseguir una mujer es la descrita; pero a veces, cuando un hombre encuen-

tra a una niña sola en los campos, lejos de su casa, le entra el deseo de mejorar su condición de soltero y la lleva a la fuerza. Por otra parte en sus fiestas y borracheras (en las cuales las mujeres se mantienen algo separadas de los hombres), puede ser que algún joven sienta nacer una pasión repentina por una de las muchachas presentes; o envalentonado por el vino declare su preferencia por alguna bella que antes no se había atrevido a cortejar. Sus suspiros y miradas amorosas posiblemente son correspondidos; y saltando al medio de las damas, que no sospechan sus intenciones, toma en brazos a la de su elección y huye con ella antes de que pueda arrepentirse de su ternura.

Cuando se malicia que esto puede suceder, las niñas solteras rodean a su compañera y tratan de protegerla; pero los ataques bien dirigidos del enamorado y sus amigos generalmente logran romper el círculo mágico, y llevan en triunfo a la muchacha y con frecuencia algunas de sus protectoras caen presas del entusiasmo del momento.

En todos estos casos el equivalente acostumbrado se paga después al padre de la niña.

Los bienes o las sumas contribuídos por los amigos para ayudar en el pago de la mujer son considerados deudas de honor, que deben pagarse cuando ellos se encuentren en semejante situación, o a más tardar al primer casamiento de una hija fruto de aquella unión.

El matrimonio no se considera indisoluble, y el

marido puede permitir, aun después de muchos años de vida marital, que su mujer vuelva a la casa de sus padres; o bien dejarla en libertad de casarse con otro; pero en tal caso reclama la entera devolución del precio que le haya costado.

Una viuda, a la muerte de su marido, recobra su libertad, salvo cuando éste haya dejado hijos adultos, tenidos en otra mujer. En este caso se la considera como herencia y llega a ser la concubina común de ellos. No parece creíble que una costumbre tan escandalosa pudiera existir, pero mi guía me aseguró que no cabía la menor duda al respecto.

La infidelidad de la mujer se castiga siempre con la muerte y el culpable, si es cogido en el acto, se expone a sufrir la misma pena; pero si escapa se le exige el valor original que el marido pagó por la mujer.

Tuve ocasión de ver un caso de esta naturaleza mientras estaba en Nacimiento.

Un comerciante de ese pueblo había entrado al territorio indio, acompañado de su hijo. El joven era buen mozo y simpático, cayó en gracia con una dama, quien seducida por su buena presencia y posiblemente por el regalo de unos collares de cuentas, olvidó que era la esposa de un poderoso cacique. Su desliz fué descubierto y el marido enfurecido la mató. El joven, gracias a un buen caballo y la corta distancia pudo huir y llegó salvo a Nacimiento.

Unos pocos días después fué seguido por una di-

putación, enviada por el cacique para exponer sus demandas ante el intendente. Hizo presente que aun cuando estaba en su poder confiscar todos los bienes del comerciante, no quiso hacer nada que pudiera entorpecer las relaciones amistosas que existían entre los blancos y los indios y prefirió dejar el asunto en manos de las autoridades chilenas, confiado en que las leyes obligarían al culpable a restituir el valor, que en este caso era grande; porque la mujer había sido la favorita de su marido.

Después de deliberar, el intendente consiguió que el joven se comprometiera a entregar joyas y ropa, en cantidad equivalente al valor de cinco bueyes gordos; suma que había costado la finada mujer. Los indios por su parte le aseguraron que en cualquier negocio futuro no le molestarían y le recibirían en las mismas condiciones que antes.

Mucho se ha hablado de la virtud de las indias, pero Sánchez se reía de la idea y dijo que entre las solteras el comercio sexual no se consideraba vergonzoso, aun cuando pudiera ser motivo de una depreciación en el valor matrimonial. Cualquier joven, decía él, que no fuera mal parecido, que podía disponer de algunas joyas, y que no fuera de gusto delicado, encontraría tantos favores entre estas bellezas morenas, como entre sus hermanas civilizadas y quizás más.

El hombre, cuando le domina su naturaleza animal y no tiene ni religión ni código moral poco refrena sus pasiones y hace poco caso de las virtudes abs-

tractas. Los hijos de Araucó, por famosos que sean en cuanto a sus hechos de armas, no constituyen excepción a esta regla.

CAPÍTULO XII

A fin de estudiar el efecto, mostré a las mujeres mis materiales de dibujo, y les ofrecí algunos de mis colores de pintar; pero aunque se admiraron de sus hermosos tintes, en especial del bermellón, no quisieron aceptarlos; temiendo evidentemente, que pudiesen producir en ellas algún efecto misterioso. Sólo después de pintar la cara de mi mozo José dejándola de todos los colores de un arco iris, para convenecerlas que no había brujería, me permitieron pintar las de los niños. Tuve que lavarlos mucho antes de que los colores se adhiriesen a su cutis grasiento, mas una vez pintados, las madres quedaron encantadas, pero después se quejaron bastante porque salieron los colores en el baño. Sin embargo a pesar de traer los niños para que los pintara nuevamente, no pude conseguir que ellas usasen los brillantes colores que les causaban tanto agrado.

El papel y los lápices los sorprendieron y se divertían mucho con los dibujos que hacía de los perros, los pollos y otros objetos familiares que reconocían al instante. Hice el dibujo de una mujer que estaba sentada cerca de mi y la pinté en seguida con colo-

res, al natural; con su tocado, adornos etc. Los hombres se reían a carcajadas y ella parecía estar contenta, sin embargo, guardaron ciertas sospechas y aunque Sánchez trató de explicar todo a su satisfacción ninguno de los demás consintió en que le dibujara.

Sánchez también les mostró un retrato de mi padre (es decir el dibujo de un viejo de Budeo que se decía era parecido a Vega) y les dijo que lo llevaba para mostrar a Mañín. Yo agregué que mi padre tenía ganas de ver a su antiguo amigo otra vez y que pensaba sacar un retrato del gran cacique; pero ellos sacudieron la cabeza y uno dijo.

—Mañín tiene el genio de un toro bravo; tenga cuidado de no hacer nada que pueda ofenderle.

La repulsión a dejarse retratar es universal entre este pueblo; porque como son muy supersticiosos y creen en la magia, temen que el que posee el retrato puede dañar o destruir a la persona representada.

El mismo temor supersticioso se nota también en cuanto a sus nombres y pocos son los indios que le dirán cómo se llaman, por miedo de que, sabiéndolo, uno puede adquirir algún poder sobrenatural que redundaría en su contra. Un día pregunté su nombre a nuestro compañero indio y me contestó:

—No tengo.

Creyendo que no me había comprendido, le volví a preguntar y dijo:

—No sé.

Yo pensé que mi mapuche no era inteligible; pero Sánchez me dijo después que había hecho bien la

pregunta y me explicó la causa porque no me había querido contestar.

No pueden comprender el arte de escribir: es considerado por ellos como una especie de magia. Especialmente se asombraron cuando vieron el diccionario (escrito por un misionero jesuíta) y supieron que al consultarlo pude saber palabras de su idioma. Toda tentativa para explicar este misterio fué en vano, porque quedaron estupefactos y apenas pudieron dar crédito a sus sentidos.

Uno de los presentes señaló un objeto y me preguntó su nombre indio, lo busqué en el diccionario y le contesté inmediatamente. Quedó incrédulo y asomándose, miraba el libro para ver si podía encontrar alguna semejanza entre el objeto y la palabra impresa. Le indiqué la palabra pero no se conformó con mirar, sino que pasó la mano por el libro para palpar las letras. Un soplo de viento hizo sonar las hojas. Quitó la mano al instante, creyendo que el libro le había hablado bajito en lengua desconocida. Como era la mano izquierda, lo consideró de mal agüero. Se retiró y envolviéndose en su poncho pasó varias horas sumido en un silencio pensativo.

No consideré prudente escribir en presencia de algún indio por temor de despertar recelos y sólo a escondidas pude anotar mis impresiones. Para este fin utilicé un matorral vecino donde pude retirarme y permanecer oculto. Aun así, cuando me ausentaba mucho rato me solían preguntar dónde había estado. Pero el hecho de viajar con Sánchez,

quien era universalmente estimado, junto con el objeto ostensible de mi viaje, disipó todas las dudas y nadie sospechaba que no era lo que aparentaba ser.

El hermano de Chancay—que había formado parte de expediciones comerciales por las pampas hasta Buenos Aires y había conocido muchos extranjeros,—sospechó tal vez por mi aspecto que no era chileno, porque solía llamarme el *pichi inglés* (inglés chico). Nunca supe si realmente creyó esto o si lo decía por broma. Sánchez negó redondamente que era ni inglés ni francés y declaró que no podía hablar palabra de esos idiomas. Si no era igual a todos los chilenos era porque me había educado en España.

Aun cuando la presencia de un inglés entre ellos tendría la misma novedad que causaría la de un araucano en las calles de Londres, estos indios sienten una gran antipatía contra aquella nación.

Este sentimiento que al principio parece inexplicable, fué provocado probablemente por el antiguo gobierno colonial y tal vez nutrido después por los chilenos a fin de poner en salvaguardia, contra cualquiera invasión extranjera, el sur de Chile, porque la historia de la colonia registra dos tentativas de quitar a los españoles las provincias al sur del Biobío, una hecha por los ingleses bajo Cavendish quien desembarcó en Quinteros (1) en el año 1586

(1) Existe aquí una confusión. Desembarcó primero en las cercanías de Concepción, donde trató de sublevar a los indios y viéndose frustrado en sus designios navegó más al

y trató de establecer relaciones amistosas con los indios; pero fué repelido por los españoles; la otra por los holandeses, quienes en 1600 tomaron y saquearon la isla de Chiloé y mataron a la guarnición. También quisieron formar una alianza con las tribus vecinas, después de proveerlas de armas para combatir a los españoles. Sus planes fueron desbaratados por los mismos indios, que miraban como enemigos a todos los extranjeros. Hicieron un ataque repentino a la isla, derrotaron a los holandeses, quienes huyeron a sus buques después de sufrir pérdidas considerables.

Los prejuicios de los mapuches pueden haberse fomentado también por los misioneros, para impedir el establecimiento de misiones rivales; porque a pesar de que los indios no profesan el cristianismo, tienen un horror a los *moros*, *herejes* e *infieles*, términos aplicados en todo Chile a los que no son católicos apostólicos romanos.

Frecuentemente me interrogaban acerca de los ingleses y me preguntaban si no era gente muy mala, que tenía mucho empeño en adquirir el territorio de los mapuches etc. Yo vindiqué su carácter en cuanto pude, y presenté razones para demostrar que no podrían desear tal conquista; pero comprendí que no sería prudente defenderlos demasiado por qué me podrían creer interesado en ello.

norte, desembarcando en Quinteros para procurarse agua y leña, y fué aquí atacado y derrotado por los españoles.

En alguna parte, Chancay había oído hablar de una locomotora, que él describió como monstruo fogoso, más grande, ligero y fuerte que un caballo. Se le habría dicho que los *moros* hacían uso de esta invención infernal y deseó saber si en mis viajes yo me había encontrado con uno.

Se sorprendió grandemente al saber que estaban al punto de introducirse en Chile, y me preguntó si no los consideraba de mal agüero para los indios.

Traté de explicarle algo de la construcción y el objeto de los ferrocarriles; pero como *Llanque-Hueno*, quien me servía de intérprete, no entendía bien el español, es muy dudoso si el auditorio comprendiese mucho de mi disertación; pero logré mi objeto de convencerlos que las locomotoras eran agentes de la paz y no precursores de la guerra.

Había notado que en la vecindad de la casa de Chancay, se habían circado muchos de los árboles más grandes, con el propósito de destruirlos, costumbre que también se practica en las partes boscosas de mi propio país. Es el único medio que poseen los indios para deshacerse de los árboles, porque el hacha es desconocida entre ellos, y no encontré nada que pudiera reemplazarla excepción hecha a un pequeño instrumento de forma algo parecida a una azuela, toscamente elaborada, e inútil para otros propósitos que no fuesen los más triviales.

No se me ocurrió preguntar si este instrumento fuera de fabricación india, porque creía que los mapuches no se dedicaban a fabricar artículos de fierro.

Molina dice que conocían ese metal antes de la conquista española—opinión que trata de reforzar con la existencia en el idioma araucano de la palabra *panilhue* que significa fierro.

Puede ser que el sabio abate tenga razón, pero en ese caso los indios poco han aprovechado sus conocimientos, porque en sus primeras guerras no usaron armas de hierro y después han dependido enteramente de los españoles para abastecerse de frenos, cuchillos, puntas de lanzas y otros artículos de este metal.

Encontré una diferencia marcada entre los cementerios de esta región y los de más al norte; pero puede ser casual, debido a la mayor abundancia de madera en esta vecindad.

En vez de los postes y palo transversal notado en Budeo, casi todas las sepulturas estaban rodeadas de tablones en forma de cerco, en medio de los cuales se levantaba una larga lanza.

En uno de nuestros paseos fuimos a ver a una india, que cuando chica había sido capturada por los cristianos y criada entre ellos.

Cuando hace muchos años atrás el gobierno de Chile, mandó devolver a sus deudos todos los cautivos indios, muchos no quisieron regresar al estado de barbarie que miraban con horror, debido a las enseñanzas que habían recibido. Esta mujer era una de ellas y se negó a ello por largo tiempo, hasta que por fin cedió a los ruegos de su anciana madre. Estaba muy contenta de ver a unos correligionarios y

nos recibió con muchas atenciones. Vestía a la chilena, no usaba ninguna prenda india, hablaba español como *penquista* y no se distinguía en nada de una mujer del pueblo chileno.

Expresó las esperanzas que tenía de convertir al cristianismo a varios miembros de su familia; y aun cuando su propia religión no era tal vez muy elevada, sin embargo, es probable que mucho podría conseguirse por los esfuerzos constantes de personas en situaciones semejantes. Desgraciadamente, por lo general, los que vuelven a sus hogares después de una larga estada entre los blancos, en vez de ejercer alguna influencia sobre los indios, luego vuelven a las costumbres paganas, en especial las mujeres, quienes son muy buscadas como esposas a causa de sus mayores conocimientos. No demoran en ser llevadas por algún cacique amoroso y los cuidados de una familia las hace olvidar en breve tiempo cualquier principio de la religión cristiana que hayan adquirido.

En la cuestión de los cautivos, los indios se sienten muy agraviados por el gobierno chileno.

Se llegó a un acuerdo mutuo por lo cual los cautivos de ambas naciones debieron devolverse a sus parientes si estas lo pedían: los indios cumplieron lealmente por su parte, y aun obligaron a volver a los que no querían hacerlo por buen grado. Muchos habían sido tomados en su niñez y se habían criado en la barbarie y ahora no querían acompañar a los que les reclamaban como hermanos o hijos, mirándolos como extraños. Por su parte el gobierno de

Chile, actuado por motivos humanitarios, se negó a valerse de medios coercitivos y dejó en libertad a los cautivos indios de volver a sus hogares o de quedar al servicio de sus amos; pero es probable que se hicieron valer muchos influjos particulares y aun amenazas para impedir que volviesen, inspirados en parte por el temor de que pudiesen olvidar las enseñanzas religiosas que habían recibido.

El número de cautivos indios que se encuentran en poder de los chilenos es probablemente mucho mayor de lo que se supone; pero como son repartidos y ocupados en las faenas domésticas, poco se notan. Según los indios alcanzan a muchos centenares los que sus padres aflijidos lloran como perdidos, quejándose con amargura de que pasan su vida en servidumbre entre un pueblo extraño.

Al volver a la casa de nuestro huésped, encontramos que las mujeres y niños lloraban con tristeza la pérdida de un cordero. Ellos sacrifican una oveja con toda voluntad para festejar a un amigo, pero es considerada una calamidad que se pierda una, no tanto por su valor intrínseco, sino más bien por la mala suerte que trae, precursora sin duda de otros males mayores para después.

El mismo Chancay al parecer sentía la pérdida tanto como los niños y mujeres, y su temor de alguna influencia maléfica me hizo recordar el verso:

—*Nescio quis teneros oculus mihi fascinat agnos;*
porque el mapuche de hoy, como el romano de hace dos mil años, cree en la misma superstición del *mal ojo*.

No hay ningún país mejor adaptado para la crianza de ovejas que el habitado por los araucanos. La carne de cordero—que forma una parte importante de su cocina—es de calidad excelente, muy superior a la de Chile Central. Los vellones también son de buena clase y si fueran bien lavados podrían venderse por un buen precio.

Hasta ahora la lana producida se consume por los mismos indios; pero desde hace dos o tres años ha llegado a ser un artículo de comercio con los chilenos. Como casi todas las familias tienen rebaños, la cantidad de lana que podría exportarse es considerable y probablemente se aumentará a medida que crezca la demanda.

Uno de los principales inconvenientes para los comerciantes era la necesidad de trasportar la lana a lomo de mula, con un gasto que reducía mucho las ganancias. Pero esto se ha cambiado ahora por el empleo de carretas.

La introducción de las carretas en el territorio alarmó a los indios, quienes temieron algún proyecto siniestro—pensaron tal vez que el gobierno había adoptado este método para probar la posibilidad de invadir su país con artillería. Se valieron de todos los medios—salvo la violencia—para obstruir su paso. Derribaron árboles en las rutas acostumbradas y colocaron otros obstáculos para impedir no sólo la ida sino también la vuelta de cualquier vehículo rodante. No se contentaron con estas medidas, sino que mandaron una diputación al comandante Sepúl-

veda, de Nacimiento, en quien tenían mucha confianza, para saber el significado de la innovación.

El comandante aparentó sorprenderse y declaró, indignado, que la audacia de los comerciantes debía de castigarse severamente. Cuando había asegurado la confianza de los indios de este modo, preguntó por el motivo de los comerciantes y qué era lo que cargaban en sus carretas.

—Nada más que lana,—fué la respuesta.

—¿Es posible? dijo él,—y entonces como si le hubiera ocurrido una nueva idea exclamó:

—¡Quien sabe! Puede ser que los pobres no tuvieran mulas suficientes para el transporte y han tenido que usar bueyes.

Esta idea era nueva para los indios; y después de alguna discusión admitieron la fuerza del argumento y dijeron:

—¡Bien! Dejemos que los pobres diablos usen sus carretas, hasta que tengan dinero para comprar las mulas que les hacen falta.

Este es un buen ejemplo de la táctica que siguen los agentes del gobierno en su trato con los indios. El mapuche no admite contradicciones, y es rehacio al mando. Es imposible lograr resultados combatiendo sus prejuicios; pero aparentando tener las mismas ideas y desviando sus pensamientos, se le puede convencer con facilidad y conseguir éxitos momentáneos.

Pero cuando se encuentra sólo, vuelve a sus anti-

guos prejuicios o cambia nuevamente su opinión bajo la influencia de la primera persona con quien conversa.

CAPÍTULO XIII

En uno de mis paseos con Sánchez, entramos en una casa donde hallamos a toda la familia llorando, en especial el padre, que se deshacía en lágrimas, sobre el lecho de su mujer.

Ella sufría de un gran tumor en el pecho, originado de una caída del caballo.

Solicitaron mis consejos, pero no pude ofrecerles ninguno, y a falta de mejor remedio, el marido le aplicó un cauterio en la espalda; que se efectuó en la forma más primitiva. Se apretó sobre la carne una pelotita de meollo de coligüe, que se encendió en seguida, permitiendo que se quemara totalmente. La pobre mujer se retorció con el dolor, y al parecer, su verdugo sentía tanta angustia como ella, porque le corrían las lágrimas, las que echaba a un lado con la mano desocupada.

Sin embargo este hombre tenía la reputación de ser un valiente guerrero y habría soportado a manos del enemigo, cualquiera tortura, con estoica filosofía, como todos los de su raza; pero los valientes hijos de Arauco, los descendientes de Caupolicán y de Lautaro, en el seno de sus familias son tan sensibles como las mujeres.

No pude comprender claramente el motivo de aplicar un cauterio a la espalda para sanar un tumor en el pecho; pero a juzgar por las numerosas cicatrices sobre el cuerpo de la mujer, debe haber sido la panacea del marido.

Los mapuches tienen sus médicos, que son bastante peritos en el tratamiento de las enfermedades comunes, y conocen bien el uso debido de los eméticos, catárticos y sudoríficos; todos emplean vejigatorios y con frecuencia recurren a la sangría. Esta última operación la ejecutan con una pequeña lanceta de pedernal o de obsidiana.

Para hacer inyecciones usan una vejiga, como también lo hacen los chilenos en la mayoría de los casos. Sus remedios son principalmente vegetales aunque administran muchos compuestos asquerosos de materias animales que según ellos, son dotados de cualidades milagrosas. Muchas de sus prescripciones son entre las mejores conocidas en la *materia médica*; como por ejemplo la zarzaparrilla y aquel excelente febrífugo—ahora bien conocido por los europeos—*la canchalagua* (1).

Debido a la práctica de amputaciones, los médicos mapuches han adquirido lo que para un pueblo bárbaro constituye un conocimiento extraordinario de

(1) Esta palabra es una corrupción del español *cachanlagua* que a su vez se deriva del nombre araucano *cachanlaguen*. (Cachanlagua= *Erythraea chilensis* (Gay), especie de genciana).—*N. del T.*

la anatomía humana; pero como no poseen un idioma escrito poco avanzan de una generación a otra. El progreso de la ciencia es también cohibido por el sistema de engaños que adoptan, que envuelve en misterio todas sus operaciones y atribuye a medios sobrenaturales todos sus éxitos, en vez de considerarlos resultados de causas naturales o físicas.

Sin ser investidos de carácter sacerdotal, profesan las artes de la adivinación y de la magia y demuestran mucha destreza en la prestidigitación que forma una parte principal en sus curaciones.

Los médicos se conocen generalmente con el nombre de *machis* y los ritos o ceremonias curativos son llamados *machitun*. El abate Molina, además de los *machis*, enumera otras dos categorías de médicos, los *ampives* y los *vileus*. Los primeros son empíricos y se dedican exclusivamente al estudio de medicina botánica; los últimos creen que todas las enfermedades provienen de los insectos o gusanos. El jesuíta Febres, cuyas oportunidades de estudiar las peculiaridades de los mapuches eran sin iguales, no hace distinción en su diccionario entre los tres términos, y los considera sinónimos.

Como son pocos los médicos y los que hay cobran remuneraciones exorbitantes por sus servicios, raras veces son llamados, salvo en casos de mucha urgencia. Cuando se recurre a uno de ellos, éste hace su visita al anochecer, porque esa hora es la más propicia para sus operaciones, y después de desnu-

darse y de pintarse lo más horriblemente que puede, da comienzo a su *machitun*.

El enfermo se tiende de espaldas en medio del rancho y echan afuera a todos los miembros de la familia, o se sientan vueltos hacia la pared. Después de examinar los síntomas de la enfermedad, el *machi* principia una larga ceremonia mágica que consiste en un canto monótono acompañado por el golpeteo de un pequeño tambor, formado de un cuero de oveja estirado sobre un aparato de madera. Se excita, haciendo gestos y contorsiones violentas hasta que cae de espaldas como en ataque epiléptico, con los ojos vueltos hacia arriba, la espuma saliendo de la boca y el cuerpo agitado por convulsiones espasmódicas, y yace en el suelo como muerto, por mucho rato.

A esta señal, unos jóvenes, desnudos y pintados de una manera que causa espanto, montan a caballo sin montura, y corren furiosamente al rededor de la casa, llenando el aire con sus alaridos y gritos. Llevan antorchas que agitan sobre las cabezas y blanden sus lanzas para espantar los malos espíritus que se suponen estar en acecho para dañar al enfermo.

Cuando se recobra de su ataque, el médico declara la naturaleza y el asiento de la enfermedad, y procede a administrar los remedios al paciente. Manipula al mismo tiempo la parte del cuerpo afectado, hasta que puede extraer la causa del mal, que exhibe con demostraciones de triunfo. Esta generalmen-

te asume la forma de una araña, un sapo u otro bicho que ha tenido cuidadosamente escondido en su persona. En seguida deja obrar los remedios y si sana el enfermo, la curación se considera milagrosa, pero si muere se atribuye la muerte a la voluntad de Dios, o a las maquinaciones de algún enemigo.

Después de la muerte, se buscan de nuevo los servicios del machi, sobre todo si el difunto es una persona de distinción. El cadáver es disecado y examinado: si el hígado se encuentra sano se atribuye la muerte a causas naturales; pero si al contrario se le encuentra inflamado, supónese que la muerte ha sido producida por las maquinaciones de alguna persona mal intencionada, y el machi queda en la obligación de descubrir al malhechor.

Esto se cumple de una manera muy parecida a la empleada para la diagnosis de la enfermedad. Se extrae la bilis, se la coloca dentro del tambor mágico y después de varias operaciones misteriosas, se la vuelve a sacar para ponerla en una ollita tapada, al lado del fuego. Si después de calentarla por un buen rato se encuentra en el fondo de la olla una piedra biliaria, se declara que esta ha sido la causa de la muerte.

Estas piedras, como también las arañas, los sapos, las flechas o cualquier otro objeto que el machi saca del enfermo, son llamados *Huecuvu* (el malvado). Con la ayuda del *Huecuvu* el machi produce un estado de éxtasis, durante el cual descubre y denuncia

al causante de la muerte y describe la manera en que ésta se produjo.

Se presta la mayor credulidad a estas adivinaciones; y con frecuencia la persona acusada es perseguida y muerta por los deudos. Algunas de las riñas más sangrientas que hayan turbado la tranquilidad de la nación, se deben a esta causa. A veces suceden casos en que los amigos del difunto hacen una demanda formal al cacique del distrito para que entregue el supuesto culpable, a fin de ejecutarlo después de haberle torturado para hacerle confesar su crimen. No siempre son rechazadas estas demandas; y ha habido casos en que la angustia producida por la tortura ha hecho que el condenado admitiese una falta que no había cometido.

Por estos medios los machis consiguen una influencia terrible, que utilizan en su propio beneficio o para propiciar alguna venganza particular.

Son consultados también para descubrir los asesinos y autores de otros crímenes, y sus declaraciones son consideradas, cuando menos, como antecedentes presuntivos de gran fuerza contra los acusados. Observé personalmente un caso de esta naturaleza. Un año antes se había asesinado a un indio en un lugar poco frecuentado, y resultaron infructuosas todas las averiguaciones hechas por los amigos; hasta que por fin resolvieron consultar a la famosa machi (era mujer) de Boroa. La decisión que dió ésta fué que los criminales eran dos, un indio y un chileno;

y las indagaciones probaron que ambos habían estado cerca del lugar al tiempo del asesinato.

El indio vivía en Budeo; y el cristiano, después de un viaje de negocios había vuelto a su casa en Los Angeles.

Cuando íbamos de vuelta nos alojamos en el rancho de un cacique y me llamó la atención una prolongada conversación en tono bajo, que tuvo con Sánchez.

Supe después que era una consulta respecto del asesinato y las revelaciones de la machi. Los amigos del muerto habían acordado capturar al indio y querían que Sánchez ejerciera su influencia con las autoridades de Los Angeles para que arrestasen y procesasen al chileno.

El oficio de médico es practicado generalmente por hombres; pero no les pertenece por completo la profesión. Al tiempo de nuestra visita, la *machi* más conocida era una negra (mulata) que había adquirido una fama universal, por su habilidad, unida a su aspecto horripilante y al aire de misterio que investía; porque a pesar de tener cierta apariencia de mujer, vestía traje masculino, hablaba en voz ronca y áspera y trataba por otros modos de poner en duda su sexo. Pero estos casos son raros; porque el derecho de la mujer para participar en las profesiones liberales pertenece a un estado de civilización mucho más alto que el de los mapuches.

Aparte de los verdaderos profesionales, aquí como en todas partes del mundo, no hay vieja que no

tenga sus propios remedios infalibles contra todos los males ordinarios; y generalmente mientras más absurdas y asquerosas sean sus composiciones, tanta más fe tienen ella y los suyos en sus recetas.

La fe en las nauseabundas y ridículas arcadas, tan común en las clases bajas de Chile, es probablemente de origen indio y no español; y dudo si los *huasos*, como entidad, son más avanzados a este respecto que sus hermanos mapuches. Pero como la mayor parte de sus enfermedades nacen de la indigestión o de repletarse demasiado, cualquiera prescripción que produzca el vómito, no puede ser sino benéfica; y para este fin son admirablemente adaptadas la mayor parte de sus remedios.

CAPÍTULO XIV

Después de pasar muchos días con Chancay, Sánchez y yo resolvimos hacer una visita formal al gran Mañín, sin que nos acompañaran los otros de nuestra comitiva. Pero antes de seguir adelante, será mejor tal vez, informar al lector de la naturaleza del gobierno araucano, a fin de que pueda comprender plenamente la importancia de este jefe salvaje, a quien los caciques menores rinden un completo homenaje.

La Araucanía se divide en cuatro provincias paralelas, que se conocen con los nombres de: *Lauquén-Mapu*, región del mar, que incluye las zonas de

Arauco, Tucapel, Illicura y Boroa; *Lebun-Mapu*, región de los llanos, que abarca Encol, (Angol) Purén, Repura, Maquegua y Marequina; *Inapire-Mapu*, la región al pie de la cordillera, y que comprende Malvén, Colhue, Chacaico, Quechereguas y Guanagüe y *Pire-Mapu*, los valles de los Andes. Estos distritos son subdivididos por arroyos en parcialidades menores, poseídas por clanes, cada uno gobernado por jefes hereditarios, quienes ejercen una especie de autoridad patriarcal y pueden considerarse como las cabezas de las familias. Las obligaciones de los miembros del clan para con su jefe son de naturaleza general y de poca importancia. Él es el juez de las disputas, y el dispensador de la justicia contra quien no hay apelación; pero no percibe tributo ni tampoco exige servicio personal salvo en tiempo de guerra o en los negocios públicos. Aun cuando la tierra desocupada se considera como propiedad común de todas las personas del clan, sólo el jefe puede disponer de ella por venta u otros medios a individuos que no lo son. Pero no puede venderla a personas que no sean indios; porque los araucanos, como medio de conservar su integridad territorial y su independencia, desde antaño han decretado la muerte de los que venden su territorio a los blancos. Por otra parte, no faltan los que han logrado, primero por la intoxicación y luego por amenazas de denunciarles, ocupar grandes extensiones de tierras, al principio como arrendatarios; pero

con la idea de hacer valer sus derechos en la primera oportunidad favorable.

Estos jefes (llamados *apo-gulmenes*, pero conocido por los chilenos por el nombre de *caciques*) son independientes unos de otros y políticamente son iguales; pero en cada distrito hay uno, a quien por su linaje, su gran valor, o sus habilidades superiores, los demás conceden cierta supremacía.

El cargo de cacique descende al hijo mayor; pero puede transferirse de otro modo, por el tutelaje al morir, y con frecuencia se deja a un lado al heredero en beneficio de un hijo favorito. Aun sucede a veces que se elige para sucesor a una persona que ni siquiera es de la familia. Cuando muere un cacique sin dejar ni hijos hombres ni hermanos, sin nombrar sucesor; el derecho de elección se transmite al pueblo, que generalmente nombra uno de los *gulmenes*—clase de nobles hereditarios, intermedia entre los caciques y el pueblo común.

Se elige como *toqui* o jefe de la provincia a uno de los diferentes caciques principales. Los toquis forman un Consejo de Paz; que bajo condiciones normales, gobierna la nación. El consejo es presidido por uno de sus miembros llamado *Gran Toqui*, el oficial de más alto grado en el estado, a quien corresponde vigilar por el bienestar común; dar noticia a sus colegas de cualquier acontecimiento de especial importancia, adoptar las medidas necesarias para afrontar una emergencia imprevista y lla-

mar a la nación a asamblea general en el caso que sea preciso tratar de asuntos trascendentales.

En las asambleas nacionales, la discusión se deja generalmente a los caciques principales y los de más experiencia; pero se admite el derecho de todos de tomar parte y las ideas de aun los más inexpertos son consideradas y discutidas si parecen tener alguna importancia.

Los consejos nacionales se convocan rara veces; pero en tales casos son ocasiones de mucha ostentación y cada uno trata de sobrepasar a su vecino en la riqueza de sus trajes, el valor de sus adornos y la hermosura de sus caballos. Son pretextos también de grandes fiestas, borracheras y comilonas. Las consultas del día son seguidas por un banquete, a que suceden orgías o bacanales que continúan toda la noche y a menudo todo el día siguiente, hasta que los dolores de cabeza y la saciedad obligan a los legisladores embriagados a reasumir sus labores.

Algunos filósofos han opinado que esta debilidad encierra un hábil designio, y nos aseguran que los araucanos debaten un asunto de importancia cuando tienen sed, lo meditan cuando borrachos, y lo resuelven cuando sobrios; hacen esto para evitar conclusiones apresuradas. Pero esta explicación a pesar de ser ingeniosa carece de fundamento. El indio se embriaga porque le gusta el licor y no con la idea de sacar juicio de la intoxicación y se festeja después de su labor patriótica, de la misma manera

como lo hacen muchos congresales, para divertirse y no por otro motivo.

No se puede decir propiamente que los araucanos tengan leyes; pero existen muchas antiguas costumbres que son consideradas sagradas y que se observan con mucha estrictez. Como sus costumbres son en gran parte comunales no ofrecen tantos alicientes para el litigio como se encuentran cuando la diversidad de intereses es mayor. La sangre derramada es vengada por los parientes del muerto; los robos son compensados por la devolución de la propiedad robada o de un mayor valor, según resuelve el cacique a quien se refieren todos los delitos semejantes.

En tiempo de guerra el gobierno araucano es mucho más eficiente. Tan luego como acuerdan romper las hostilidades, queda sin poder el Consejo de Paz, el cual se reemplaza por el Consejo de Guerra, presidido por un *toqui*, quien tiene poder ilimitado, salvo de vida y muerte. El nombra sus oficiales, determina el número de hombres de guerra, anuncia al *toqui* de cada *Uthal Mapu* (1) los contingentes que necesita de su provincia. Los hombres, caballos y provisiones son todos bajo su control; y aun cuando puede ser removido por voto popular, durante el tiempo que dura en ejercicio de sus funciones, no responde a nadie por sus acciones.

Cuando se concluye la guerra, el Consejo de Paz

(1) Butal-mapu=provincia.

reasume sus funciones, y el Gran Toquí se reconoce nuevamente como el jefe del gobierno.

Mañín, a quien íbamos a visitar, había desempeñado el puesto de Toquí de la Paz o gran toquí, durante más de veinte años y su autoridad se respetaba mucho, no sólo por su posición y su familia, sino aun más por su sagacidad y porque había hecho más que cualquier otro para apaciguar las disenciones internas de sus compatriotas y evitar dificultades con extraños.

Nos acompañó una parte del viaje, un chileno que trabajaba por cuenta de un vecino indio, recibiendo en recompensa de su labor en cultivar los terrenos, cierto porcentaje de los productos. Se encuentran chilenos por todo el territorio; casi todos son fugitivos de la justicia, que ganan la vida ocupándose en cualquier trabajo que se les proporciona. Con frecuencia se casan con indias y rápidamente se ponen al nivel de los salvajes, con quienes se asimilan fácilmente, sin conservar otro distintivo de la civilización que el nombre de cristiano.

El camino nos llevó en dirección al oriente hasta pasar un cerro y de allí continuaba directamente al sur.

Cerca de este cerro nos detuvimos para negociar un caballo, y me llamó mucho la atención, el aspecto de los novedosos que se juntaron para mirarnos. Perteneían a la tribu guerrera de Colyico (Collico) y físicamente eran los mejores tipos de mapuches que había visto hasta entonces, más altos y más robustos que la generalidad de sus compatriotas. En

este respecto quedé desilusionado con los araucanos; porque no correspondían a mi concepto de la *gente indomable* descrita por Ercilla. Son de estatura media, de anchas espaldas, de gruesas extremidades y con frecuencia corpulentos cuando llegan a viejos. Como raza son de aspecto inferior a los aborígenes de Norte América.

Las pantorrillas y los tobillos los tienen grandes y carnosos y el pie corto, ancho y de alto empeine, que se levanta desde el dedo grande hasta el tobillo casi sin curva. La cabeza del mapuche también tiene una forma especial; la frente es angosta y baja mientras la parte posterior es ancha y alta y cae casi en línea recta al corto y macizo cuello.

Este tipo de pie y cabeza, es también característico de los chilenos de baja esfera y aun hasta cierto punto de las clases superiores. Depende del grado de mezcla con la sangre española. Es tan pronunciada la forma especial de los pies, que los extranjeros en Santiago experimentan bastante dificultad en encontrar calzado que les quede bien; porque el que hallan es demasiado ancho y muy alto de empeine para el pie europeo.

La forma de la cabeza se nota con mayor facilidad en las mujeres, que acostumbran andar sin sombrero y raras veces deja de llamar la atención a los que vienen de afuera.

Estos hechos indican claramente que la sangre india es preponderante en el pueblo, como el estu-

dio de la historia de Chile también nos hace comprender.

Los *peones* no son otra cosa que los descendientes de las tribus indias subyugadas, y se sabe que los conquistadores españoles eran aventureros militares, que con pocas excepciones, no trajeron consigo sus familias, y al radicarse en el país mantuvieron frecuentes relaciones con las indias.

Los chilenos se acostumbran a pasar por encima de estas verdades, y el término *indio* es rechazado como el peor de los insultos. En una ocasión el teniente Gillis, pidió a la Oficina de Estadística datos para averiguar la proporción relativa de sangre pura y mestiza en el país y le contestaron, con cierta indignación, que apenas un chileno en diez tenía mezcla de sangre india. Si hubieran contestado que casi no había uno en cien de puro origen español, se habrían acercado más a la verdad.

Muchos de los indios que vimos en Collico tenían pintadas las caras de rojo y negro, y presentaban un semblante ceñudo que me inspiraba poca confianza. A pesar de su conducta cordial y respetuosa, no pude menos que pensar, que había obrado con poco prevision al guardar mi revólver en la maleta; pero no demoró en desvanecerse este sentimiento. Sánchez, lo mismo que los otros que nos acompañaban, no llevaban más armas que un *machete*—cuchillo largo que todo *huaso* considera indispensable y lleva siempre para cortar carne, para la cocina, para operaciones veterinarias etc. Al principiar mi

viaje Sánchez me había aconsejado no llevar armas, y me aseguró que en el territorio indio podría viajar con mayor seguridad que en cualquiera otra parte de Chile; y el resultado demostró que tenía razón.

Cuando continuamos nuestro viaje, distribuimos entre los indios unos pocos pañuelos y trompas con los cuales, especialmente con las últimas, quedaron muy contentos.

Este instrumento se ha hecho nacional entre los mapuches, de la misma manera que la guitarra entre los españoles, y ningún galán se considera equipado para sitiar el corazón de una dama si no anda provisto de una trompa. Como los trovadores de antaño llevaban el laud suspendido del cuello por cintas de seda, así también el amante mapuche cuelga sobre su pecho la trompa con que canta sus amores y la lleva pendiente de un cordón de cuentas de color, y amarrada cuidadosamente a un pequeño bloque de madera para que no se rompa.

Los indios tocan bien este sencillo instrumentito, no por exhalación como en otras partes, sino por aspiración. Expresan las diversas emociones, tocando de diferentes maneras y las niñas araucanas todas las entienden; pero por mi parte confieso que se me escapaba su significado.

El enamorado se sienta a alguna distancia del objeto de su adoración y desahoga sus penas con los sonidos lúgubres que saca de su instrumento, entretanto indica por sus gestos y tiernas miradas, cual de las oyentes es su elegida. Este sistema de cortejo

tiene la ventaja de ser sentimental y podría recomendarse a muchos pretendientes más civilizados, que pierden el uso de la lengua en el momento más preciso.

Al internarnos en una de aquellas selvas vírgenes que han embellecido las faldas de los Andes con su solemne majestad durante tantos siglos, sin que aun hayan sido violadas por el hacha devastadora del hombre blanco; todavía se sentía el eco lejano de la música de las trompas de fabricación alemana.

El silencio de las selvas es imponente: no se oye en ellas ni un ave, ni el movimiento de otro ser viviente y a pesar de nuestra vigilancia, no encontramos indicio de la presencia de los diminutos ciervos que, según se dice, frecuentan estas soledades.

Muchos de los árboles eran de especies enteramente nuevas para mí; sus inmensos troncos se elevaban a grandes alturas, sin ramas ni hojas salvo en las copas. Las enredaderas envolvían los árboles y caían en festones: entre ellas sobresalía el gracioso *copihue* (1) engalanando de hermosas flores encarnadas. Crecen pocos arbustos entre los árboles; pero el coligüe forma densos cañaverales y levanta en el aire sus largas y delgadas puntas, torcidas y entrelazadas a manera de lianas.

Tuvimos poca oportunidad de ocuparnos en admirar las bellezas de la floresta, porque el sendero

(1) *Copihue* planta trepadora de hermosa flor colorada (la-pageria rosea).—*N. del T.*

tortuoso ondeaba entre los árboles, pasando por encima de los troncos caídos y otros obstáculos que sembraban peligros inminentes a cada paso. Al mismo tiempo era preciso ejercer la mayor vigilancia para no quedar enredados en los coligües que formaban arcos sobre nuestras cabezas, o no empantanarnos al pasar por el lecho cenagoso de alguna quebrada que cruzaba nuestra ruta.

El camino, surcado y destruído por el mucho tráfico era indudablemente el peor que había visto hasta entonces.

Caminábamos con el mayor cuidado, uno en pos otro, cuando nos alcanzó un indio, quien anunció su proximidad por el saludo—*¡Mari-mari epu!*—(Buenos días ambos). Al juntarse con nosotros comenzó el diálogo usual en tales ocasiones, dirigiéndose a Sánchez, quien andaba adelante.

Continuó la conversación por más de una hora, evidentemente con el fin de aliviar el tedio del viaje; pero para mí produjo el efecto contrario, y me habría quedado dormido a caballo si las peripecias del camino no me hubiesen mantenido despierto.

Al salir de los bosques, llegamos a una hermosa llanura salpicada de numerosos grupos de árboles y mirando hacia el oriente vimos por primera vez la cumbre del Ketredeguin.

Este pico prominente es un cono truncado que presenta la apariencia de volcán, no sólo por su forma y color, sino también por el hecho de que estando cubierta de nieve la base, la cima se encuentra sin

embargo completamente desnuda. No se veía humo; ni pude obtener noticias de erupciones anteriores; pero un mestizo, que conocía bien la zona montañosa, me aseguró que él había visto salir humo de un boquete en la falda oriental y otros que han visitado la vecindad me dijeron que al rededor de su base existen grandes capas de escoria.

Como la mayor parte de los volcanes chilenos están apagados, y demuestran señales de actividad sólo a largos intervalos, es probable que el Ketredequin sea uno de ellos. Por otra parte tengo razones para creer que son más numerosos en los Andes de lo que se supone.

CAPÍTULO XV

El palacio real de Mañín está situado en un rincón pintoresco, respaldado por cerros coronados de bosques, al pie de los cuales corre un riachuelo cristalino que baila alegremente sobre su lecho de guijarros. Con sus verdes prados, aguas puras y elevados árboles, este me parecía uno de los lugares más hermosos de la región más apetecible de Chile. Sánchez contaba maravillas de su fertilidad.

—Si pudiéramos deshacernos de estos bárbaros,—decía—nosotros los cristianos luego echaríamos abajo los árboles.

—Mejor que queden los bárbaros con sus árboles—dije yo.

—¿Para qué sirven?—preguntó.

Encontramos la casa igual a todas las de los indios, sólo que era más grande. Tenía ochenta pies de largo por treinta de ancho. La *ramada* era muy grande, del mismo largo que la casa, con una anchura de sesenta pies. Se apoyaba en cinco hileras de postes de doce a quince pies de alto y era capaz de contener un gran número de personas. Se había construído evidentemente, para acomodar el congreso de caciques que se reúne aquí de vez en cuando para sus deliberaciones. Por un lado corría un rudo diván, levantado dos o tres pies del suelo y que tenía cuatro pies de ancho, construído de toscos tablones que descansaban sobre troncos. El respaldo de esta especie de sofá, lo formaba la enorme mole de un monarca de las selvas. Todo era cubierto por cueros de oveja y ponchos. En este asiento de honor reclinaba Mañín cuando llegamos a la casa.

—Le traigo el hijo de su viejo amigo Vega—dijo Sánchez.

—¡Vega!—exclamó el anciano jefe levantándose con aire de sorpresa; y tomándome la mano la apretó contra su corazón. Esta señal de afecto la devolví, no sin ciertos remordimientos de la manera como engañaba al noble salvaje y con la reflexión de que si descubría la superchería no sólo perdería su confianza sino que, con toda probabilidad, las orejas también,

Después de un intercambio de cumplidos hiperbólicos el toqui nos invitó a sentarnos en el diván,

y principió a sondear a Sánchez respecto de los movimientos e intenciones del gobierno chileno.

No quedó muy satisfecho de la proyectada visita del Presidente, temiendo que no aportaría beneficios para los indios. Le molestó el recuerdo de que en la guerra civil, terminada no hace mucho, había tomado una parte innecesariamente pronunciada a favor de los revolucionarios, hecho que no pudo suponer se hubiera olvidado tan luego.

Durante esta conferencia yo me entretuve en estudiar al viejo cacique y sus disposiciones domésticas.

Mañín-Hueno (El pasto del cielo) o Mañín-Bueno como le dicen los chilenos, era muy anciano—se calculaba su edad en noventa a cien años o aun más—pero su aspecto no indicaba una vejez tan avanzada. Derecho, pero sin gran vigor, con ojo vivo y penetrante y el cabello poco canoso, podía tomarse por persona de unos sesenta años. Tenía la nariz ligeramente aguileña, las mejillas arrugadas, la barba cuadrada y maciza, y el aire de quien tiene inflexible voluntad y costumbre de mandar. Su voz era fuerte sin ser áspera, hablaba reflexivamente, pensando bien sus palabras; también escuchaba con atención, como conviene a la persona elejida por su talento para presidir los destinos de la nación.

Pero hay que confesar que el traje del gran Toqui no era lo de esperarse, si se toma en cuenta su elevado rango. Llevaba una camisa que no se había lavado por varios meses, un chaleco militar sucio y roto, y un poncho sujetado a la cintura, que le en-

volvía las piernas a manera de pollera; su cabeza estaba amarrada con un pañuelo rojo y amarillo que completaba su indumentaria. Sin embargo me fijé que colgada de la ramada había una brida, con freno, cabezada y riendas, cubiertas de adornos de plata maciza; y aunque Mañín se considera pobre, doscientos pesos fuertes no habrían pagado todo el metal que ví en los aperos que usaba para montar a caballo.

Cerca de nosotros estaban suspendidos varios trozos de carne, restos de una vaca que había muerto. Bajo estas circunstancias quedamos conforme que no nos ofreciesen carne, sino que en cambio nos trajesen trigo tostado y *mudai*. Los platos y las cucharas eran de madera y no vimos en ninguna ocasión la vajilla de plata con que los grandes caciques regalan a sus huéspedes, según las representaciones de algunos autores. Los mapuches adornan a sus mujeres y sus caballos con extravagancia, pero en ningún otro respecto demuestran una magnificencia barbárica y se preocupan más de la cantidad que de la calidad de sus alimentos, o la manera de servirlos.

Después de haber discutido los asuntos nacionales, Mañín, volviéndose hacia mí, me preguntó por mi padre y sus amigos. Me dió que hacer contarle el número de mis hermanos y hermanas, o si mi madre estaba viva y otros datos de mi familia que deseaba saber, pero mis contestaciones parecían satisfacerle y no tuvo sospecha.

En seguida me hizo preguntas sobre España, Buenos Aires y Lima que indicaban más habilidad y mayores conocimientos geográficos de lo que esperaba. Preguntó especialmente acerca del gobierno español y de la probabilidad de la reconquista de Chile. Es curioso que los indios guarden un cariño por los españoles que no lo tienen por los chilenos. Ellos desean que vuelvan aquellos días del poder de los virreyes, cuando la voluntad del monarca se daba a conocer por medio de *parlamentos*, en los cuales se recibía a los caciques con música, banderas, regalos y otras atenciones destinadas a conquistar su buena voluntad. Bajo la República se ha seguido una política distinta; los indios son tratados con un desprecio apenas disimulado, y ellos no dejan de sentir la diferencia.

El hecho de que el actual monarca de España sea una mujer le causó mucha admiración; el viejo cacique no pudo comprender cómo una mujer pueda ocupar, en una comunidad bien organizada, un puesto que no sea subordinado.

Traté de averiguar si estos indios tenían algunas tradiciones de los tiempos anteriores a la conquista española, sobre todo, respecto del dominio de los incas del Perú; pero me sorprendió observar que sus recuerdos históricos apenas llegaban hasta las guerras de la Independencia. Acerca de la conquista española tienen sólo ideas vagas y confusas. Las ruinas de las ciudades de los llanos se encuentran dentro de su territorio; canales, arboledas y otras

señas de una civilización superior todavía indican los sitios que antes ocupaban los establecimientos florecientes de los jesuítas; pero el indio los pasa todos en silencio. Tiene un recuerdo indefinido de que en un tiempo los habitaban los blancos, que los hijos de Loyola ejercían una influencia misteriosa sobre su pueblo; tal vez han oído contar a los viejos, relaciones de terribles combates en tiempos lejanos; pero los hechos mismos y aun los nombres de los que libertaron su patria son olvidados. Sánchez no quiso interpretar algunas de las preguntas que deseaba hacer referentes a las guerras con los españoles, asegurándome que los indios estaban ignorantes al respecto y que era mejor que quedasen sin saberlo.

Por lo que pude averiguar los Mapuches no tienen ninguna idea sobre su origen, pero aseguran que siempre han vivido en el mismo lugar, y de la misma manera que ahora; no tienen tampoco tradiciones respecto del diluvio.

El anciano cacique, al saber que yo había viajado bastante, quiso obtener noticias acerca de ciertos países de que había oído hablar; como por ejemplo la tierra de los pigmeos, la de los gigantes y aquella en la cual la gente llevaban la cabeza debajo de los brazos: todas estas regiones le habían sido descritas por los comerciantes que le visitaban de cuando en cuando; pero tuve que confesarle que nunca había conocido ni Liliptut ni Brogdignag. No sabía que él había estado en proximidad toda su vida con los

gigantes más renombrados del globo, y se sorprendió cuando le conté la reputación fabulosa que tenían sus vecinos los patagones.

Tanto él como Sánchez habían vagado por las pampas de la Patagonia, donde se habían encontrado con muchas tribus nómades, pero la mayor parte mapuches; y aunque los araucanos que viven en las montañas son de mayor estatura que los de las llanuras, y llegan en sus correrías hasta el estrecho de Magallanes, no había encontrado en sus viajes ningún pueblo de las proporciones gigantescas descritas por los antiguos navegantes.

Hasta aquí, no nos habían molestado ni las mujeres, ni los niños, ni los ociosos: se mantenían a una distancia respetuosa y sólo se acercaron cuando fueron llamados por Mañín; pero cuando se abrió el equipaje y se supo que se iba a distribuir los regalos, principiaron a aparecer por todas partes. No se acercaron hasta que se les llamó por sus nombres. Primero vinieron las ocho esposas, y a cada una de ellas se le dió una onza de añil, un collar de cuentas y una docena de dedales de latón. Una de las mujeres, llamada Juana, a título de ser católica, reclamó otro collar. Era chilena y de buena cara, pero estaba quemada por el sol y el viento y tenía la tez cobriza de una indígena. Cuando niña, fué capturada por los indios y al ajustarse la paz estaba ya habituada al modo de vivir de los araucanos; prefirió entonces quedarse en calidad de mujer favorita de un poderoso cacique, antes de volver a casa de sus

padres, que eran de humilde posición. Tenía varios hijos hermosos, pero la mayor de ellos, una niña ya casadera, estaba ausente en ese momento.

Después de las mujeres, llegaron corriendo los niños, de los cuales habían más de veinte. Me sorprendió ver (tomando en cuenta la edad avanzada de Mañín) que entre ellos hubiera dos o tres criaturas de pecho, traídos por sus madres para recibir su parte de botín.

Dí a cada niño un pañuelo de brillantes colores y una trompa o collar de cuentas; y a dos o tres de los mayores, entre los cuales se contaba una joven de veinte años, les regalé otras cosas apropiadas a su edad.

Luego resonaron por todas partes melodiosas armonías producidas por la música de una veintena de muchachos y muchachas que corrían a saltos y a brincos con las cabezas envueltas en pañuelos rojos y amarillos.

Atraídos por esto, aparecieron por diferentes direcciones un gran número de hombres y mujeres, viejos y jóvenes. Cada uno fué presentado como pariente inmediato del cacique y con este motivo esperaba recibir algún regalo.

Pero lo más interesante, fué la presentación de las charreteras de oro a Mañín. Pertenecieron a un oficial, muerto hace muchos años y que tenía un grado abolido ahora en el ejército chileno; las había comprado por una friolera.

Causaron la admiración de cuantos las vieron. Su

obsequio se hizo en un discurso lleno de alabanzas y le dije que «no se las ofrecía por su valor intrínseco, sino como emblema de autoridad, digno de un jefe que, tanto en la paz como en la guerra se había demostrado preeminente entre sus compatriotas».

El anciano quedó pasmado con el regalo, pero supo mostrar una digna serenidad e hizo lo posible para aparentar una calma que no sentía. Le contó confidencialmente a Sánchez que no hallaba palabras para expresar su gratitud y agregó que lo único que sentía era no tener una casaca bastante buena para lucir las charreteras. Lamentó haber mandado todos sus animales a la cordillera y no poder corresponder en el acto a mi magnífico regalo con uno de sus mejores caballos; pero dijo que en la primavera iba a mandar a Concepción a algunos de sus mocetones y que aprovecharía la ocasión para hacerme un retorno adecuado.

Su promesa estaba completamente de acuerdo con la costumbre establecida, porque los mapuches son una nación de negociantes. Cualquier regalo que se les hace, o cualquier servicio que se les preste es considerado como algo que tiene que ser devuelto; y el indio nunca omite pagar lo que cree en conciencia ser el equivalente de lo que ha recibido, aun cuando a veces pasen años antes de presentarse la oportunidad de hacerlo.

El reparto de los regalos dió ocasión al anciano —que tenía una inteligencia poco común entre los de su pueblo— para hacer algunas preguntas sobre

la fabricación de los cuchillos, fusiles, etc. Especialmente deseaba saber si había visitado *Lancatu-Mapu* (el país de las cuentas de vidrio). Creyendo que se refería a Alemania le dije que sí.

—¿Es verdad—me preguntó—que las cuentas crecen sobre los árboles en la tierra del sol poniente y que los que las recogen entran a ese país de noche, en caballos muy ligeros y vuelven antes de salir el sol, cuyos rayos son tan ardientes que achicharrarían de otro modo a los incautos que se quedarán allí después de amanecer?

Me sentí indignado de que alguien, para aumentar el valor de sus mercancías, hubiese contado semejante patraña al crédulo bárbaro, y le contesté en ese sentido. Pero Sánchez me advirtió que los que tienen techo de vidrio no debieran arrojar piedras, y tradujo mi respuesta de una manera diplomática para no destruir la fe de nuestro huésped. Temía, tal vez, que pudiera poner en peligro a los que habían inventado la fábula; quizás él mismo tenía algún interés en su propagación.

Regalé una cantidad de tabaco al cacique, quien la pasó a una de sus mujeres, la cual trajo en seguida una pipa fabricada de piedra de talco con boquilla de caña y la preparó para su uso.

Esta gente es muy aficionada al tabaco, que obtiene de los chilenos y en parte de los pehuenches, quienes lo traen desde Buenos Aires. A menudo para aprovecharlo mejor y para emborracharse, tragan el humo, que luego produce estupor y con

vulsiones. Dejan que el fumador permanezca en ese estado por algún rato y en seguida le dan un poco de agua; con esto no demora en mejorarse. Los mapuches no han aprendido a mascar el tabaco como lo hacen en algunos países más civilizados.

Con los efectos del tabaco y los recuerdos de los grandes favores recibidos, el anciano principió a sentir gran cariño por el hijo de su antiguo compañero; y cuando Sánchez le contó que yo deseaba aprender la lengua de su raza, y hacerme mapuche, prometió hacerme *lacu* (tocayo) de uno de sus hijos más queridos y adoptarme como miembro de su familia.

Cuando llegó la noche, resultó que no cabían en la casa todos mis parientes en perspectiva y muchos de ellos, hombres y mujeres, se acostaron en el diván con poca más cobertura que la ropa que llevaban puesta. Para mí tendieron un cuero de buey en el piso. Allí arreglé mi cama y me dispuse a dormir, pero mis compañeros no eran ni bien olientes ni bien educados y me trataron con demasiada familiaridad, como si ya me consideraran miembro de la familia. No pude soportar sus atenciones y me levanté.

Sin vestirme, arrastré mi cama hasta el verde prado, donde encontré a Sánchez quien prefería dormir al aire libre.

No tuve motivo de arrepentirme del cambio, porque la noche era hermosa y las estrellas brillaban

con aquel esplendor especial que no se ve sino en el ambiente puro y seco de Chile.

Al día siguiente, bien de alba, me presentaron a mi nuevo *lacu*, niño vivo e inteligente, de unos once años, llamado *Namcu-Lauquen* (Aguilucho del mar) nombre que en adelante también iba a ser el mío. Le adorné la cabeza con un pañuelo de brillantes colores y partió inmediatamente al corral a matarme un corderito.

Cuando estuvo aderezado, la madre del niño me trajo la mitad del animal en una gran fuente de madera. Al mismo tiempo Mañín me dijo que la aceptara como pequeña muestra de cariño, ya que era *lacu* de su hijo, y que esperaba en una ocasión más propicia, ofrecerme otro animal de mayor tamaño, con vino, y convidarme a una fiesta más digna del parentesco que desde ese momento nos vinculaba.

A menudo había oído decir que era considerado de rigor entre los indios comer todo lo que se ofrece y que jamás perdonan una falta en esta materia. Miré primero la fuente y después las caras de los que me rodeaban en expectación de lo que iba a hacer; y me quedé perplejo ante la tarea hercúlea a la que, al parecer, estaba condenado. Sánchez, viendo que no hallaba qué hacer, vino en mi ayuda, y se ofreció para sacarme del apuro. Tomó la carne, la hizo pedazos con los dedos y la repartió entre todos los presentes. La otra mitad del cordero se sirvió más tarde en forma de cazuela.

Después de la comida, me presentaron a las mu

jeros y a los niños, como hijo y hermano, respectivamente, y fui saludado por ellos con el nombre de *Namcu-Lauquen* o (como los nombres son generalmente abreviados por la omisión de una o dos sílabas), *Namculan*.

La ceremonia de recibir un nombre nuevo de este modo, establece entre los tocayos una especie de parentesco, casi tan sagrado como el de la sangre y los obliga a la reciprocidad y consideración mutua, de rigor entre los miembros de la misma familia.

Entre los mapuches, como entre todos los pueblos primitivos, los nombres se dan en primer lugar para designar ciertos rasgos de carácter o de apariencia, o bien se derivan de circunstancias particulares; como por ejemplo:

Eupuelev (ganador de dos carreras) *Katri-lao* (El león rojo); pero la necesidad de poder diferenciar las familias fué causa que se transmitiera a los hijos, la última parte del nombre del padre, con las modificaciones necesarias para poder distinguir a los individuos. De aquí se derivan los apellidos como *Hueno* (cielo), *Coyam* (roble), *Lemu* (selva) etc., que son análogos a los de todas las lenguas europeas.

Sin embargo, a pesar de que los apellidos tienden a fijarse con el tiempo, el uso nacional deja en libertad a los padres para transmitir o no su nombre a los hijos; es frecuente encontrar una familia numerosa, en la cual ninguno de los nombres guarda relación con los demás.

Mi padre adoptivo creyó que al hacerle una visita,

había cumplido con el único objeto de mi viaje y me propuso que en vez de seguir con los comerciantes, me quedara con él por algunos días, pues luego pensaba hacer una excursión hasta la frontera y en cuyo caso me acompañaría hasta San Carlos. Esta oferta me dejó algo perplejo; pero al darle las gracias le hice ver que, como él no hablaba el español, ni yo el mapuche, el arreglo, que de otro modo sería muy de mi agrado, no resultaba satisfactorio. Admitió la justicia de mis observaciones y agregó que, dadas las circunstancias, sería mejor que acompañara a Sánchez y que siendo ya mapuche, ello constituía una buena oportunidad para conocer a mis compatriotas.

CAPÍTULO XVI

Como ya habíamos conseguido el permiso codiciado de viajar por donde quisiéramos, salimos nuevamente para buscar el resto de nuestra comitiva, que había quedado en la casa de Chancay.

Por el camino nos detuvimos varias veces y Sánchez no perdió oportunidad de contar mi historia. Me alegré de ver que la disposición general era de tratarme como miembro de la familia gobernante y que a nadie se le ocurrió disputar la validez de mi título. Tengo la seguridad de que, si hubiera querido radicarme entre ellos, habría llegado a ser el due-

ño de extensas tierras y de tantas mujeres como mis medios me hubiesen permitido adquirir.

Cerca del riachuelo de Collico, que da su nombre a todo el distrito, pasamos por un gran cementerio. Sus reliquias enmohecidas no dejaban duda de que pertenecía a una época pasada. Posiblemente allí se había verificado alguna sangrienta batalla ya olvidada, cuyo nombre se había perdido juntamente con los de vencidos y vencedores; o quizás era el camposanto de otras generaciones cuando la población era más densa y las costumbres diferentes a las de ahora. Las sepulturas modernas de esa vecindad se encuentran siempre aisladas o en pequeños grupos de dos o tres y, a diferencia a lo que se acostumbra más al norte, se ubican cerca de la habitación del difunto.

En una de las casas en que nos detuvimos, encontré a un indio a quien al principio tomé por europeo, porque durante varios días se había dejado crecer la barba. Su rostro estaba rojo y enronchado y a cada instante llevaba la mano a la cara con un aire de resignado sufrimiento. Al acercarme más, comprendí que estaba ocupado en afeitarse, o más bien en depilarse la cara. Los indios cortan o arrancan los pelos de la barba con pequeñas pinzas de metal. Este instrumento, en el principio, no fué otra cosa que la concha de un marisco (como lo indica su nombre araucano), pero ahora, debido a sus relaciones comerciales con los blancos, usan un artículo más elegante. Todo galán lleva sus pinzas suspen-

didias del cuello y en sus momentos de ocio, se divierte en arrancar de la cara cualquier pelo que haya escapado a su atención anteriormente.

Los argumentos que deducen en defensa de esta costumbre son los mismos empleados por los que se afeitan el rostro en el mundo entero. Su odio a las barbas no es mayor que el de John Bull; pero en cierto modo los mapuches aventajan a los ingleses, porque no sólo se depilan la cara, sino que también se arrancan las cejas, sin dejar más que una delgada línea que pintan de negro para que resalte más. Algunos jóvenes se dejan crecer una sombra de bigotes; pero esta innovación es mal mirada por los mayores.

Se dice de los griegos que, en la época de su decadencia, se cortaban la barba para que no ofreciera asidero a los enemigos; pero los mapuches no están impulsados por semejante temor. Al contrario, ellos se cortan el cabello en la corona, pero lo permiten crecer por los lados, con el propósito de dejárselo tomar con facilidad. Para el indio, es una afrenta tener el pelo corto y decírsele equivale a llamarle cobarde. El desafío más común entre los muchachos no es, como entre los nuestros: —Ven a luchar si te atreves; sino: —Ven a tirarme el pelo si no tienes miedo.

Semejante reto nunca se hace en vano. En un instante se quitan los ponchos, las chiripas se recogen para dar más libertad a las piernas, y los combatientes se colocan frente a frente. Cada uno se toma bien

del pelo del otro y comienza la lucha. El objeto que persiguen es torcer la cabeza del contrario hasta hacerle perder el equilibrio y caer al suelo, lo que constituye la victoria. Cuando uno de los contendientes queda derribado, ambos se sueltan y poniéndose de pie se disponen de nuevo a la lucha. Continúan de esta manera hasta que uno de los dos se da por vencido; pero después de la pelea quedan tan buenos amigos como antes.

Llegamos a la casa de Chancay a la hora de la comida y habría comido con gusto si no hubiera sido por el ají, que nunca falta en los guisos y es tal vez más usado por los indios que por los mismos chilenos; porque no sólo lo emplean como condimento en sus cazuelas o guisos sino que también lo comen verde, mascándolo como si fuera un bocado delicioso.

Al día siguiente, mientras hacía mis abluciones, la dueña de casa se enamoró de tal manera de mi peine y espejito de bolsillo que prometí regalárselos a mi vuelta—promesa que la llenó de júbilo.—Me mostró la peineta que ella usaba que no era otra cosa que un atado de puas. No tenía más espejo que la superficie de la cristalina fuente de donde traía el agua y que reflejaba su imagen cuando se inclinaba para arreglar su peinado o pintar de nuevo su rostro.

Después de desayunar, partimos otra vez para la casa de Mañín. A la mitad del camino, descansamos un rato en el rancho de un mestizo llamado Katrilao, cristiano en el nombre, como lo era también su mu-

jer, india que había vivido entre los chilenos el tiempo suficiente para aprender el español y algunas de las costumbres de la vida civilizada. Sin embargo, es probable que la única diferencia entre el cristianismo de ella y el paganismo de sus vecinas era la posesión de un Crucifijo y una estampa de la Virgen.

Las tierras de Katrilao eran bien cerradas y cultivadas y le aseguraban un porvenir halagüeño que no habría encontrado entre los chilenos de su misma esfera. Un manzanar rodeaba la casa y a juzgar por la edad de los árboles y la regularidad de su distribución, habían sido plantados por los españoles, quizás por los jesuítas. El manzano abunda en el sur de Chile, y se encuentra en estado silvestre por todo el territorio indio; pero no es indígena sino que debe su introducción a los españoles, como lo prueba el nombre *manchana*, dado a su fruta por los indios y que no puede ser otra cosa que la corrupción de la palabra castellana, *manzana*.

Al llegar a la casa de Mañín-Hueno, vimos que el anciano jefe lucía una vieja casaca militar, de estilo anticuado, llena de roturas, y profusamente adornada con galones de oro y grandes botones de metal, que llevaban las armas de España. Era sin duda una reliquia de los tiempos en que, bajo los auspicios de la Corona, luchaba contra las fuerzas de la república. Tenía cuello alto y tieso y era destinada a llevarse abotonada; pero él la usaba abierta y, como andaba sin camisa, su pecho y vientre quedaban desnudos y expuestos a los rayos del sol.

La mayor parte de las mujeres estaban ausentes cuando llegamos, probablemente habían ido a mendigar, porque vimos llegar a una de ellas con su caballo cargado de trigo, papas y otras provisiones. Como ya hemos dicho, los caciques no reciben tributo de una manera directa; pero cuando son pobres y tienen numerosa familia, frecuentemente hacen una ronda entre todos sus dependientes, quejándose de las malas cosechas, los tiempos difíciles, etc, y raras veces dejan de juntar numerosas contribuciones a pesar de que estas no son obligatorias. También tienen la costumbre de enviar a algunos miembros de la familia a visitar a los amigos y estos cuando se cansan de proporcionarles hospitalidad, los despiden con algún regalo para que se vayan contentos.

Para poder almorzar y para tener provisiones de viaje, mandé a la casa de un vecino a comprar dos corderos. Esto se hizo necesario a causa de la etiqueta puntosa de los mapuches. Nuestro huésped nos había festejado con un corderito cuando llegamos; pero sus ideas respecto de la hospitalidad no le obligarían a matar otro, aun cuando quedáramos allí un mes; sin embargo, si le hubiéramos ofrecido comprarle otro, lo habría considerado como un insulto a su generosidad.

Además de la carne así obtenida, llevamos abundancia de otras provisiones; porque tan luego como nos vieron listos para salir, principiaron a llegar las mujeres, trayendo cada una algo oculto debajo de la capa. Una traía huevos, otra una gallina cocida

y muchas otras trigo tostado y molido con linaza, para hacer *ulpo*. Yo me había acostumbrado a este alimento, el cual, a falta de pan, llega a ser un artículo de necesidad.

Estos regalos eran el pago de los pañuelos, cuentas y otras zarandajas recibidas cuando llegamos por primera vez. Las mujeres que tenían niños nos traían varios artículos y al presentarlos decían:

—A mi hijo le dió Ud. un pañuelo; él le manda estos huevos. Reciba esta harina en nombre de mi hija, a quien dió Ud. un collar; etc.

El mestizo Katrilao se agregó a nuestra comitiva y llevamos de guía a un sobrino de Mañín; quien le encargó mucho que se portara bien y velara por nuestros intereses. Este joven, a pesar de ser de la alta nobleza araucana, tenía un aspecto poco calculado para inspirar confianza. Era bajo, grueso y muy moreno; una gran cicatriz le cruzaba la cara de un lado a otro y le desfiguraba la boca. Cuando se excitaba, su rostro se ponía horrible; pero, a pesar de este defecto, era de buen corazón, honrado y muy amigo de la broma y de la jarana. Los chilenos le habían cautivado siendo niño y había pasado varios años entre ellos; hablaba bastante bien el español para poder servir de intérprete y, a causa de su carácter alegre, era favorito de todos.

Tenía el mismo nombre que su tío Mañín; pero a causa de una manía verdaderamente yanqui de negociar todos los bienes que caían en sus manos,

había recibido el apodo de *Trauque* (1) (nombre dado a las personas que han hecho cambio de regalos).

Nuestra comitiva se componía de siete personas y formaba una expedición bastante respetable.

Después de atravesar un hermoso arroyo que corría cerca de la casa, nos dirigimos hacia el Sur, pasando por una extensa llanura ondulada, en que se encontraban esparcidos numerosos grupos de árboles.

Al saltar por sobre un tronco, tropezó y cayó una de las mulas. Los mozos en vez de golpearla y darle de puntapiés, como se acostumbra en estas ocasiones, principiaron a quitarle la carga, porque decían que se había deslomado. Librada del peso que llevaba, pudo levantarse con dificultad. Sánchez sacó su machete y le hizo un tajo en la oreja para que se sangrara. Se echó un puñado de tierra en la herida causada por la fricción del aparejo y, a fuerza de golpes, se la obligó a seguir a sus compañeras, entre las cuales se había repartido la carga que ya no podía llevar. Ésta me pareció *extraordinaria manera* de curar a un animal deslomado; pero, por prudencia no lo dije.

—Es una pérdida sensible, me dijo don Panta,— esa mula ya no vale nada.

Pero yo que le conocía como hábil negociante,

(1) Trauque, corrupción de la palabra trueque, muy usada en el Sur de Chile.—*N. del T.*

tuve mis sospechas de que no sería él quien sufriría la pérdida, y de que, una vez engordada la mula, la vendería por un buen precio.

Este accidente se habría considerado de mal agüero, si no hubiera sucedido luego otro acontecimiento más feliz. De repente, nuestro compañero Trauque, espoleando su caballo, se lanzó hacia adelante a galope tendido, gesticulando y gritando con toda su fuerza. Un aguilucho blanco, espantado por la bulla, abandonó el árbol en que estaba posado y remon-tándose en espirales se dirigió hacia el Sur en vuelo majestuoso.

Esta ave era el *Namcu*, cuyo nombre yo había recibido unos pocos días antes y el hecho de encontrarse al lado derecho de nuestro camino fué considerado como el más favorable augurio. La plegaria que el indio dirigió al ave me pareció muy hermosa.

—«¡Oh Namcu! gritó.—¡Ser poderoso! ¡Observad a vuestros servidores, no con el ojo siniestro de la calamidad, sino con el diestro de la fortuna, porque sabeis que somos pobres! ¡Proteged a nuestros hijos y hermanos; velad por nuestra felicidad y permitid que volvamos sanos y salvos de esta empresa!»

Los mapuches, como los antiguos, auguran mucho del vuelo de las aves, fijándose si se produce a la izquierda o a la derecha del que las viera. La especie de ave también es de gran importancia.

El namcu es la que más veneran entre todas.

En sus turbias ideas religiosas, casi asume el rango

de una divinidad y cuando menos es considerado como un mensajero que está en comunicación directa con el Ser Supremo. Esta creencia coincide de una manera extraña con los atributos asignados al aguila por diversas naciones; pero no es más sorprendente que la existencia casi universal de muchas otras supersticiones y costumbres entre pueblos que no pueden haber tenido contactos ni relaciones sino en tiempos sumamente remotos.

Muy distinto del namcu, que ejerce una influencia benéfica, es el pajarito negro que da un grito semejante a una risa socarrona.

Cualquier indio, que al iniciar un viaje, oye, a mano izquierda, esa risa de mal agüero, continúa su camino con el ánimo deprimido, o más probablemente desiste de su empresa, diciendo—«¿A qué sigo mi viaje cuando me va a resultar mal?» «¿No se está burlando de mi el demonio?»

Muchos otros pequeños incidentes son mirados como anuncios del bien o del mal; porque los mapuches, como todo pueblo ignorante, buscan un significado sobrenatural aun en las cosas más triviales. Si tropieza el caballo, pronostica peligro; el cosquilleo nervioso en cualquiera parte del cuerpo se interpreta como indicio del bien o del mal, según el lado en que se siente, o la parte afectada.

La religión de los mapuches constituye un problema interesante; pero muy difícil de resolver. Ercilla, en *La Araucana*, dice:

—Gente es sin Dios, ni ley—aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado;

pero probablemente habría dicho lo mismo, o peor aun, de cualquier pueblo cuyas ideas religiosas no estuvieran conformes con las que él profesaba. Dobrzhoffer, en su historia de los abipones de Paraguay dice:—Los salvajes de Chile ignoran el nombre y el culto de Dios, pero creen en cierto espíritu aéreo que llaman *Pillán*, a quien dirigen sus súplicas. Al demonio lo llaman *Aloeé* y lo aborrecen de todo corazón.

Según Molina, Dios es llamado *Pillán* (el tronador); pero *alhué* no es precisamente el demonio, sino cualquier duende o espíritu—algo que es temido más bien que odiado.

En *La Araucana* leemos de una clase de

—predicadores

Tenidos en sagrada reverencia,
Que sólo se mantienen de loores
Y guardan vida estrecha y abstinencia

una especie de sacerdotes mapuches que se mantenían del producto de sus prédicas y pasaban una vida muy austera; pero dudo que éstos hayan existido fuera de la imaginación del poeta; de todos modos, hoy los indios no tienen ninguna clase de sacerdotes.

Debido a la falta de expositores especiales de la

religión, cada indio tiene sus propias ideas al respecto y es raro encontrar dos individuos que estén de acuerdo en la materia. La única opinión que parece ser general es la de la existencia de un ser benéfico y otro maligno. Fuera de éstas no tienen divinidades; pero creen en varias categorías de espíritus. No tienen ídolos ni veneran a los cuerpos celestes, animales, ni otros objetos visibles.

Así como no tienen sacerdotes, tampoco tienen templos ni ceremonias religiosas fijas. El único rito que practican, que se asemeje en algo a un culto, es el sacrificio y rogativa, que a veces emplean en sus consejos nacionales u otras grandes reuniones.

Matan allí un animal, derraman su sangre como libación, y el corazón, traspasado por una rama de canelo, se lleva en procesión en torno del lugar, con el acompañamiento de bailes e invocaciones en coro. La carne se come y después de la fiesta los huesos son cuidadosamente recogidos y arrojados al río o arroyo cercano, porque sería considerado como una profanación el que los comieran los perros.

En tiempos de guerra, a veces se mata a un prisionero; pero esto sucede rara vez. Después de llevarle al lugar del sacrificio, montado en un caballo cuyas orejas y cola han sido cortados, le obligan a cavar un hoyo, en el cual arroja un número de palitos, nombrando uno por uno los guerreros más célebres de su tribu o nación, en medio del ridículo e imprecaciones de los espectadores. En seguida le obligan

a rellenar el hoyo y, después de haber sepultado así la fama y el valor de sus compatriotas, le hacen saltar los sesos con un golpe de macana. Le abren el pecho, le arrancan el corazón, palpitante aun y lo entregan al toqui, quien chupa un poco de sangre y lo pasa a sus subordinados, que hacen lo mismo. De los huesos del cautivo hacen pitos; colocan la cabeza en la punta de una lanza y la pasean en triunfo; el cráneo lo convierten en vaso que usan en sus fiestas. (1) Pero estos sacrificios no son propiamente actos de religión, sino homenajes ofrecidos a la memoria de los guerreros caídos en combate.

Me dijo Sánchez, que a la entrada de uno de los desfiladeros de la Cordillera, expuesta a frecuentes tormentas, había una gran masa de roca, cuya superficie contenía muchas pequeñas cavidades. En éstas, los indios que tienen que viajar por esos parajes, generalmente depositan unas pocas cuentas de vidrio, un puñado de harina u otra ofrenda propiciatoria al genio que suponen vigila el lugar y dirige las tempestades. Dijo, que tal vez habría otros puntos donde se practican ritos locales; pero que él no los conocía.

Al recibir un plato de caldo, el indio, antes de comer, derrama un poco al suelo; otro tanto hace con la harina tostada y cuando va a beber previa-

(1) Molina es el responsable de estos detalles; personalmente ni ví ni oí hablar de estos lúgubres pitos y vasos.

mente hace una pequeña libación, dejando caer algunas gotas de licor, en agradecimiento de los beneficios recibidos, o para reconocer su deuda a la madre tierra.

De este modo, los mismos ritos usados por los pueblos civilizados de la antigüedad, para agradecer a Baco y a Ceres, sirven al rudo indio de Arauco para expresar su gratitud al Ser Supremo, cuyos atributos no trata de descubrir; pero a quien ha aprendido a reverenciar como el bondadoso proveedor de todas sus necesidades.

Los jesuítas mantuvieron grandes establecimientos en el territorio mapuche y las ruinas de ellos se encuentran con frecuencia; pero del cristianismo que enseñaron no queda el menor vestigio. Probablemente convirtieron muy pocos indios, porque, aun cuando eran respetados como individuos, la influencia de la orden fué siempre mirada con desconfianza. A pesar de la benevolencia con que fueron tratados por los naturales, éstos al fin los expulsaron completamente y para siempre. Otros misioneros han entrado al territorio de cuando en cuando; pero los únicos indicios que quedan de sus trabajos son unos pocos nombres cristianos y algunas medallas o crucifijos, que ciertos indios usan todavía como talismanes o amuletos.

En Valdivia y en algunos otros puntos de la frontera existen misiones; pero su influencia se siente en un radio muy estrecho. Naturalmente son católicas, porque el gobierno de Chile no tolera otras.

El abnegado Gardiner, que pereció más tarde mientras se esforzaba por esparcir la luz del cristianismo entre los salvajes patagones, en un tiempo, trató de establecerse entre los araucanos, pero sin éxito.

Recientemente el gobierno chileno ha traído un número de frailes italianos, para establecerlos entre los indios, como medida preparatoria a la colonización del territorio por los blancos; pero aun quedan por verse los resultados de este ensayo. Los indios comprenden perfectamente el sistema de táctica que hace de la misión un núcleo para formar un pueblo, al cual, sigue otro más al interior, y sin duda harán todo lo posible para que fracasasen estos planes.

CAPÍTULO XVII

El sol se había entrado ya, cuando llegamos a un profundo desfiladero por el cual corría un pequeño arroyo, y como el pasto era bueno y había abundancia de manzanas, resolvimos pasar la noche allí.

Pronto se encendió fuego y se puso a asar la mitad de un cordero. José extendió en el suelo un cuero de oveja, con lana para abajo, como preparativo para la fabricación de chicha de manzana; Juan trajo una cantidad de esa fruta, para mi modo de ver, muy verde aun, en su poncho y las vació sobre el cuero; los dos se arrodillaron y, con un par de coligües flexibles, principiaron a machucar las manzanas.

Ille inter sese magna vi brachia tollunt, y luego la fruta quedó reducida a pulpa. Se vertió en ella un jarro de agua y después de revolver pulpa y líquido quedó lista la *chicha*.

Como *patrón*, a mí me sirvieron primero. José tomó un puñado de la masa triturada y lo estrujó entre sus manos huesudas, dejando caer el jugo en un *cacho* colocado en el suelo. Sus manos no estaban muy limpias; pero en ciertas ocasiones es inútil fijarse en pequeñeces.

La *chicha* preparada así es de color café y bastante agria; pero durante el viaje me acostumbré a tomarla y, con la adición de un poco de harina tostada, no la hallé desagradable.

Después de la comida, uno de los mozos se echó al hombro su montura—única cama que se usa en tales circunstancias—y se fué a dormir en la falda de un pequeño cerro, desde donde podía dominar el campamento; porque a pesar de no haber casas en la vecindad, algún vagabundo, atraído por la lumbre del fuego, podría estar en acecho para robar cualquier animal que se alejara de la inmediaciones. Los otros ocuparon posiciones estratégicas en contorno y yo tendí mi cama debajo de un frondoso manzano cuyas ramas tupidas me ofrecieron protección contra el fuerte rocío. Mi cama no era tan blanda como las de cueros que hasta aquí me habían proporcionado las cariñosas indias; pero, a pesar de su dureza no tardé en quedarme profundamente dormido. En un clima tan benigno, es una delicia dormir al aire

libre y uno se siente tan bién en aquel ambiente de libertad, que no echa de menos las mayores comodidades de un dormitorio amoblado.

Por la mañana temprano, atravesamos el romántico arroyo, en cuya vecindad habíamos alojado y luego pasamos otro; dos o tres horas más tarde otro más, que serpenteaba por un profundo valle. Eran todos pequeños y límpidos, sus aguas bailaban sobre fondos pedregosos. En ese momento llevaban poco caudal, pero en la época de lluvias aumentan considerablemente y se convierten en verdaderos torrentes. El valle por donde pasaba el último arroyo era muy fértil y en él había árboledas y sementeras. Las casas, cercanas las unas de las otras, acusaban una población relativamente densa, y Sánchez me informó que ello ocurría en toda esta región. No era un caso excepcional, porque generalmente los indios utilizan las llanuras para el pastoreo y construyen sus casas en la vecindad inmediata de las vertientes o de los riachuelos. Si seca una vertiente, los vecinos se mudan a otra parte más favorecida, porque no saben cavar pozos o al menos no lo hacen.

Al pasar por una sementera, encontramos una banda de muchachos y muchachas ocupados en coger el trigo—sacando separadamente cada espiga.—Esta manera de cosechar fué la acostumbrada antes de la introducción por los españoles del caballo y la hoz de fabricación europea; pero ahora, no se practica, sino como entretención para los niños y jóvenes.

En este pasatiempo se forman parejas, que toman los aros opuestos de un canasto y al pasar por la sementera cada uno a medida que (él o ella) coge una espiga, la frota contra los nudillos del otro, desgranando de este modo el trigo, que cae al canasto. Sus pasos marcan el compás de una cadencia que cantan alternadamente, improvisando los versos según la ocasión—tarea no muy difícil, puesto que las estrofas no riman ni tienen medida.—El tema del canto es casi siempre el amor y como las parejas luego se separan, preocupadas sólo de sus propios intereses, se ofrecen oportunidades de dar expresión a muchas pasiones ocultas y muchas son las conquistas logradas por este medio.

La banda que encontramos estaba de buen humor y nos embromaban a su gusto, criticando nuestra apariencia y divirtiéndose de otros modos a nuestra costa; hasta que, volviendo nuestras cabalgaduras, nos lanzamos hacia un grupo de muchachas que se burlaban de nosotros y las hicimos correr en todas direcciones, mientras retumbaban los cerros con sus risas.

Cerca del cerro de Huirlol, nos apeamos para pasar la siesta en un lugar en donde otros habían acampado recientemente. Entre los vestigios de su estada, encontramos unos marcos de caña, usados para guarecerse de la intemperie, cubriéndolos con un poncho. Así, se asemejaban a pequeñas carpas y formaban un excelente refugio contra las lluvias y el rocío.

Hicimos un fuego que luego nos atrajo visitas; entre ellas el hijo de un cacique vecino, con la mayor parte de su familia. Nos trajeron una cantidad de papas guisadas, excelentes, no sólo en calidad, sino también por la manera como habían sido preparadas. En ninguna parte de Chile—donde las papas son siempre buenas—las había visto mejores; pero se dice que más al sur, especialmente en Chiloe, alcanzan a mayor perfección aun. Por todas partes, en Chile y en el Perú, cualquiera que sea el suelo o clima, desde los más húmedos hasta los más secos, se encuentra la papa de calidad superior y libre de aquellas pestes que han hecho tan precaria la cosecha de este tubérculo, durante los últimos años, en Europa y en los Estados Unidos. ¿No sería el preventivo más eficaz contra estas enfermedades, la importación a esos países de nueva semilla, originaria de Sud América?

Las mujeres de la partida eran bastante feas, con excepción de un indiecita de ojos vivos, que era muy donosa; pero que luego perdió todas mis simpatías. Cuando los hombres nos rodearon para charlar, las mujeres se apartaron y como no tuvieran otra cosa en que entretenerse, principiaron a peinarse. A falta de peines usaron los dedos para buscar, en las cabezas de sus compañeras, los parásitos que les molestaban. Me quedé completamente desilusionado al ver a la muchacha ocupada en esta faena; pero mi asco llegó al colmo, cuando la ví cazar a alguna víctima y echársela a la boca, sonriéndose con coque-

tería a medida que la apretaba entre sus blancos dientes. Sentí que se me revolvía el estómago. Después me habitué a ver esta costumbre, pero jamás pude reprimir mis sentimientos de repugnancia.

Los hombres, como de costumbre, eran novedosos y nos molestaron con el manoseo de todos los objetos—mis guantes, en especial, los divirtieron; porque decían que nunca habían visto a nadie que usara *sumeles* (botas de cuero de caballo) en las manos y querían saber cómo podía mover los dedos. Algunos de los niños porfiaron para que me los sacara, a fin de poder probárselos; pero no consentí en complacerlos.

Nos libramos de nuestros molestos visitantes, distribuyendo entre ellos algunos regalos; pero el hijo del cacique se quedó atrás para hacer una consulta con Sánchez acerca de un asunto de importancia, que discutían en voz baja. Resultó que había robado el caballo de un vecino y corría el riesgo de ser descubierto y castigado; porque el gran Mañín había jurado ser implacable con los ladrones de caballos. Quería valerse de la mayor inteligencia de Panta, para hallar algún medio de deshacerse del animal, sin que nadie lo supiera.

En general, los indios tienen buenas disposiciones; pero, como todos los de su raza, son adictos al robo de caballos y este vicio ha dado lugar a la mayor parte de las peleas que se suscitan entre ellos y también con los chilenos. Mañín, durante mucho tiempo había predicado y aconsejado en

vano y ahora furioso por el poco caso que hacían de sus consejos, había declarado que haría un escarmiento con el primer ladrón que descubriera y nadie dudaba de que cumpliría su palabra.

Al continuar nuestro viaje, anduvimos por algún tiempo entre los cerros que cercaban el llano por el oeste y desde la cumbre de uno de ellos divisamos por primera vez el volcán Llaima, con su hermoso cono doble que se alza sobre las montañas que lo rodean y cuya masa nevada se destaca en fuerte contraste con el azul profundo de la bóveda celestial. Me pareció que salía humo de ambos cráteres, pero, por la distancia, no pude cerciorarme de ello.

Por el camino encontramos una partida de jóvenes—que creí serían chilenos de la clase media—vestidos a la europea, sin ponchos, a pesar de que esa prenda se usa por todas partes de Chile, fuera de las ciudades grandes. Les saludamos en español, pero nos contestaron en mapuche. Eran los hijos de un cacique vecino llamado Juan Yevulcan o más generalmente Juan Yevul, hombre éste de grandes riquezas, de mucha importancia y más inteligente que la mayor parte de sus compatriotas. Vivió por largos años entre los chilenos, hablaba bien el español y había adquirido muchas ideas europeas, adoptando en parte el modo de vivir de los blancos; pero mantenía un serrallo de ocho mujeres y pensaba duplicar su número. Sus tierras, por las cuales pasamos, son muy extensas y mejor cultivadas

que las otras que habíamos visto y se decía que su casa era grande y amoblada en un estilo más o menos civilizado.

Sánchez y Trauque se desviaron del camino para hacer la visita de etiqueta a este señor; pero por prudencia yo no los acompañé y seguí mi camino con los mozos, sin ver a este maravilloso indio, que se sienta a una mesa para comer y duerme entre sábanas.

Llegamos al anochecer a un lugarcito que se llama Regnaco, situado sobre un riachuelo del mismo nombre. Era una pequeña aldea formada por seis u ocho casas alineadas al lado del camino y era la única agrupación de edificios que vimos en todo el territorio indio, con alguna pretensión de haberse construído en forma de aldea.

Los mapuches se oponen a vivir en poblaciones; no tanto por la razón generalmente dada, de temor a las influencias enervantes de la vida de las ciudades; sino más bien por las necesidades de sus ocupaciones agrícolas y pastoriles y que cada uno desea estar alejado de sus vecinos para dedicarse a sus faenas sin las molestias que resultarían de un permanente contacto.

La casa en que alojamos pertenecía a un platero chileno—fugitivo de la justicia—quien había abandonado a su mujer e hijos para refugiarse entre los indios con una concubina; pero los encantos de ésta no me parecían justificar semejante capricho.

Durante la noche perdimos una mula de valor y

demoramos dos días mientras la buscaban. La demora fué bastante desagradable, pero nos divertimos como mejor se pudo, bañándonos y charlando con los vecinos, gente de buen carácter pero ociosos y sin ninguna afición al trabajo.

Durante nuestra estada allí, ocurrió un incidente que ilustra el sentimiento que existe entre los blancos y los indios. Una partida de dos o tres comerciantes chilenos que venían del interior, donde habían comprado animales, llegó a la casa y después de un rato se pusieron a jugar a la *rayuela*. Durante el juego uno de los comerciantes perdió una moneda de dos reales. Después de buscarla en vano por un momento, siguió jugando; pero al poco rato uno de los indios, hijo del cacique, sacó una moneda igual y la ofreció en cambio de un harmonicón. El comerciante la reclamó inmediatamente por ser la que había perdido. El jóven rehusó entregarla. El chileno le tomó por el pescuezo, le arrojó al suelo y plantándole la rodilla en el pecho se la quitó a viva fuerza. El indio se levantó, los ojos centelleantes, tiritando de furia; pero aunque llevaba en el cinturón un gran cuchillo y el certero *laqui*, (1) quedó con la afrenta y se retiró jurando venganza.

(1) El *laqui* (o bolas de los pampinos de Buenos Aires) es un arma arrojadiza compuesta de tres bolitas de piedra, cubiertas de cuero y sujetas a los extremos de una triple correa. Para usarlo se toma una de las bolas en la mano y las otras dos se hacen jirar al rededor de la cabeza hasta que obtengan

A pesar de que el indio era hijo de un cacique rico, los espectadores miraban el incidente en silencio, sin tratar de defender a su compatriota. Como los antiguos espartanos, creían que el ladrón merecía castigo; no por el hecho de haber robado, sino porque permitió que se le descubriese.

Los comerciantes raras veces dejan de establecer y de ejecutar sus propias leyes, aun cuando estén muy al interior y completamente a merced del pueblo, cuyos sentimientos ultrajan con frecuencia. Pero, salvo que las circunstancias sean muy graves, los espectadores casi nunca intervienen y, si a veces se derrama sangre, se debe generalmente a la ebriedad, producida por los infames licores introducidos por los mismos negociantes. Sin embargo, este pueblo moderado e inofensivo es a menudo tildado de turbulento y agresivo.

Al salir de Regnaco, anduvimos por un distrito boscoso y llegamos antes de mucho al Cholchol; único curso de agua que habíamos encontrado después de pasar el Biobío que merecía el nombre de río. Era demasiado profundo para poder vadearlo allí y tuvimos que seguir su orilla por algunas millas hasta llegar a un punto donde unas islas lo dividían en varios cauces anchos.

el ímpetu necesario y entoncés se lanzan con gran fuerza y precisión. No es menos eficaz que el lazo para capturar el ganado salvaje; porque se arroja de tal modo que enreda las patas del animal que huye y lo hace caer pesadamente al suelo.

Cerca del vado, nos detuvimos en una casa donde se había reunido un buen número de indios. Mientras estábamos parados allí, se nos acercó un individuo hercúleo y después de mirarme de pie a cabeza, me principió a manosear y a examinar una por una mis prendas de vestir; suplicio a que me sometí con toda paciencia. Pero luego noté que todos me observaban y que las críticas del intruso se recibían con risas y chacota, en las cuales Sánchez tomaba una parte principal. No quería perder tanta diversión y le pregunté la causa de tanta hilaridad.

—¡Oh! nada, dijo Sánchez—sólo ha creído que Ud. es mujer.

Inmediatamente comprendí lo que pasaba. Quemaba mucho el sol y me había envuelto la cara con un pañuelo, como se hace con frecuencia en Chile, dejando visibles sólo los ojos y la nariz. Esto, tomado en conjunto con mi poca estatura y con mi traje tan distinto a los que se ven por allí, había hecho sospechar que pudiese ser mujer y nuestro amigo deseaba averiguar la verdad.

No era necesario que me diera mayores explicaciones. Clavé las espuelas, mi caballo dió un brinco tan inesperado que el bribón retrocedió cayéndose en medio de sus compañeros y al mismo tiempo quité el pañuelo, descubriendo ante sus atónitos ojos, mi poblada barba, lo que completó la derrota del novodoso, quien fué saludado por los gritos y risas burlonas de todos los presentes.

Por fortuna no había hecho caso de las insinua-

ciones de mis amigos, que me habían aconsejado que me afeitara para conformar con la costumbre mapuche; porque en varias ocasiones me tomaron por mujer, a pesar de un formidable bigote y quizás, si me hubiera afeitado, me habrían raptado, sin hacer caso de mis protestas y habría pasado a formar parte del *serrallo* de algún salvaje enamorado.

Una vez pasado el río, nos preocupó una fuerte gritería. Sin saber la causa de tanto alboroto, consideramos prudente detenernos, mientras Panta y Trauque avanzaron para averiguar lo que había, porque se necesita de mucho tino para acercarse a cualquiera reunión de los indios.

Después de un largo coloquio, nos hicieron señas para que prosiguiéramos y encontramos una treintena de personas—hombres, mujeres y niños—ocupadas en trillar trigo. El método empleado era el de trillar con yeguas, a la usanza chilena. Media docena de jinetes estaban en la era, empapados de sudor, cubiertos de tierra y gritando a toda la fuerza de sus pulmones. Cuando largaron las yeguas, entraron las mujeres con escobas de ramas, para barrer a un lado el grano y la paja.

Como de costumbre, llegué a formar el centro de atracción. Despertaron mucha curiosidad mi traje, mis guantes y mi tez, la cual, a pesar de estar tostada por el sol durante los meses que había durado mi viaje, era considerada muy hermosa por ellos. No se reciben semejantes cumplidos todos los días; pero el efluvio que emanaba de aquellos hombres

sudorosos—para no hablar de las mujeres—era tan fuerte que me apresuré a escapar de su admiración; aun cuando para hacerlo tuve que desprenderme de un número considerable de trompas y dedales.

CAPÍTULO XVIII

La comarca situada entre los ríos Cholchol y Cautín es fértil y bien poblada. Son numerosos los cementerios y notamos otra diferencia más en la manera de distinguir las sepulturas; las cuales, en vez de indicarse por cierros de tablones, se señalan por postes toscamente labrados y adornados en su parte superior; algunos con una figura parecida a un sombrero de copa y otros con una escultura, que, con un poco de imaginación, puede describirse como águila de dos cabezas.

No pude averiguar lo que quería representar esta última figura; pero es indudablemente la misma vista por los españoles cuando visitaron esta región por primera vez. Concibieron que representaba el águila imperial de Austria y les sugirió el nombre de Imperial que dieron a la ciudad que fundaron en la vecindad.

El águila de dos cabezas fué el símbolo favorito de los españoles en tiempo de la Conquista y todavía se encuentra en muchos templos y casas antiguas, por todo Chile. Por lo tanto, no es extraño que les pareciera encontrar en las toscas esculturas de los

indios una semejanza a este emblema y de deducir de ello un buen augurio.

Por la tarde, llegamos a un antiguo canal derrumbado, semejante a los usados para el riego en toda la parte española de Chile. Se encontraban viejos manzanos plantados en hileras regulares y aun me parecía que podía distinguir los surcos dejados por el arado.

Pregunté a Trauque lo que significaban aquellos vestigios. Me dijo que no sabía; pero que probablemente eran obra de los *titeres* (1), nombre dado en Chile a los jesuítas.

Pasamos la noche en la casa de un indio que vivía en las orillas del río Cautín. Nuestro huésped no era cacique; pero se empeñó en convencernos que era *gulmen* y no quiso que se le confundiera con el vulgo.

Hizo matar un cordero que nos fué servido con todo esmero. Aun la sangre, generalmente reservada para la familia, nos fué traída, coagulada con sal. Toda la comitiva sacaron sus cuchillos y atacaron este plato delicado. Por curiosidad probé un bocado; pero aun cuando el gusto no era desagradable, la idea de comer sangre cruda casi me quitó el apetito.

Después de la comida, hicimos el reparto acostumbrado de regalos y como la familia era pequeña,

(1) El apodo dado a los jesuítas no era *titeres* sino *teatinos*.
—N. del T.

nos congratulamos de haber salido bien; pero en ese momento entró un vecino y me lo presentaron como hermano mío. Antes que terminara de expresar sus agradecimientos por el regalo que tuve que obsequiarle, llegó una vieja legañosa, que resultó ser mi tía. En seguida apareció una dama corpulenta, de cierta edad, radiante de pintura y joyas de plata. Entró con un aire de inocencia, como que fuera por pura casualidad: era mi hermana. Así siguieron, hasta que creímos que no iba a terminar nunca la procesión de parientes.

Apenas se habían satisfecho las obligaciones impuestas por esta numerosa parentela, cuando comenzaron a llegar las mujeres de la vecindad. Era como si se hubiera teleografiado a todo el mundo que vivía dentro del radio de una milla de la casa. Todas trajeron, oculto debajo del manto, algún regalo, o más bien, algo que querían vender.

Cada una, después de saludarnos y de esperar un rato en silencio, avanzaba y colocaba a nuestros pies la fuente de papas, harina u otra cosa que traía. Las provisiones las guardamos en las alforjas, dejando en la fuente un collar, una pequeña cantidad de cuentas o un dedal, lo que recogía la dueña, retirándose con cara risueña, para dar lugar a otra. Pero estos regalos llegaron en tanta abundancia que ya no fueron más aceptables y Sánchez principió a disminuir la cantidad de cuentas hasta que sus pagos no fueron considerados justos y equivalentes. Al ver

esto, las que llegaron al último se fueron silenciosas sin siquiera descubrir lo que traían.

Uno de los vecinos trajo un poncho, por el cual pidió seis pesos—seis veces más de lo que valía. Me sorprendió que Sánchez aceptara este precio exorbitante sin protesta; pero sacó una bolsa y dió al hombre seis cucharadas de añil a un peso la cucharada. El indio se fué contento, convencido de que había hecho un buen negocio, aunque lo que recibió no costaba más de setenta y cinco centavos.

Cruzamos los dos brazos del Cautín y luego después el Quepe, sin encontrar dificultad en vadearlos. El distrito entre los dos ríos era llano y bastante poblado.

Estábamos ya dentro del territorio del pueblo guerrero de Boroa, del que se cuentan tantas maravillas como las atribuídas a los fabulosos gigantes de la Patagonia. Muchos de los chilenos mejor informados creen que los *Boroache* forman una raza distinta, de *indios blancos*, que son rubios y de ojos azules. Más aun; un extranjero distinguido, de muchas pretensiones científicas, hace pocos años hizo un viaje por el camino de la costa desde Concepción hasta Valdivia y habla con credulidad de los rubios guerreros boroanos, quienes guardan celosamente sus fronteras contra cualquiera invasión del hombre civilizado.

Muy extrañas son las conjeturas de los que han tratado de explicar la existencia de una raza tan singular; pero por desgracia, ni el ingenio de los fi-

lósofos ni las rapsodias de los poetas tienen fundamento; porque los boroanos son tan bronceados, feos, sucios y pocos civilizados como sus vecinos. Como entre las demás tribus, de cuando en cuando se encuentra un indio de pelo castaño, ojos claros y tez más pálida que la generalidad; que indica alguna mezcla de sangre blanca; mezclas que son por otra parte más numerosas entre los de Boroa, sin que se note un cambio del aspecto o del carácter de la tribu.

La razón de la leyenda es sencilla. Debe recordarse que al tiempo de la destrucción de las ciudades de la frontera, los habitantes de los pueblos septentrionales pudieron escapar, mientras que los de Imperial, Valdivia y Villa Rica, tres poblaciones importantes de esta comarca, cayeron en manos de los indios. Se llevaron cautivos a las mujeres y niños y fueron reducidos a la esclavitud por los vencedores. Si podemos creer a Molina, la descendencia de estas cautivas llegaron a ser los enemigos más formidables de los españoles en las guerras posteriores y es probable que el aspecto rubicundo de individuos que vestían el traje mapuche y peleaban en las filas de los boroanos, haya dado origen a la creencia en una raza de indios blancos. Con el transcurso del tiempo los efectos de la sangre española se borrarían por los constantes casamientos con indios de pura raza, y dentro de pocas generaciones, los indios rubios de Boroa sólo se encontrarían en las leyendas. Los pocos que se ven en la actualidad

són solo rubios por comparación y en ningún caso podrían confundirse con gente de la raza blanca.

Por el camino nos encontramos con un habitante de Boroa, quien, con seguridad, no podía considerarse de raza blanca como tampoco de india y que al parecer era africano de tipo puro. Esta persona —era difícil decir si fuera hombre o mujer— llevaba traje masculino y hablaba con voz ronca; pero su aspecto general era de mujer, aun cuando trataba de ocultar su sexo. Era joven; pero excesivamente fea; la expresión de su cara indicaba ferocidad y astucia y es probable que era érnula o aun discípula de la famosa *machi* de Boroa, a quien tal vez esperaba heredar. Puede ser que fuera loca; pero es más verosímil que asumía aquella *locura celestial* que casi siempre se relaciona con la idea de la inspiración.

Cuando nos acercamos a este enigma; nos atacó en voz dura, con toda clase de improperios; pero como no teníamos deseo de indisponernos con una señorita tan interesante, la pasamos con un breve saludo.

Después de pasar el Quepe, volvimos hacia el oeste cruzando una serie de lomas agostadas y áridas hasta llegar a Cancura donde alojamos en la casa de un cacique llamado Ayllal.

La casa, como todas las demás de esta región, era diferente de las de más del norte. Tenía la forma de un bote volcado y como era construída enteramente de cañas y totora, a poca distancia presentaba la

apariencia de un pajar. Tenía ciento cuarenta pies de largo por más de treinta de ancho y quince de alto. Su techo bajaba hasta el suelo, sin alero y formaba a la vez los costados. Por un lado había una gran ramada y por el frente corría una larga vara, dentro de la cual no pasa ningún extraño sin especial invitación.

El interior me recordaba el entrepuente de un buque. Por cada lado había una hilera de particiones de cañas, que formaban otros tantos camarotes para los diversos miembros de la familia, que era grande; porque varios de los hijos estaban casados. La parte alta estaba ocupada por un entretecho, que servía para guardar provisiones y por el centro de la cabaña ardían media docena de fuegos, encima de los cuales había grandes portillos en el cielo, para que pasara el humo, que salía por aberturas dejadas en el centro y los extremos del techo. Los hogares estaban formados de grandes piedras que servían de apoyo para las ollas, y las cenizas se acumulaban sin que a nadie se le ocurriera sacarlas alguna vez. Tampoco aumentaban el aseo de las mujeres, que, sentadas en el suelo al contorno de los fuegos, preparaban la comida.

Cuando la familia es chica, cada mujer tiene su hogar separado y la manera política de preguntar a un hombre el número de sus mujeres es decir:

—¿Cuántos hogares tiene Ud. en su casa? pero cuando la familia es numerosa esto se hace imposible

y, como en el caso presente, varias mujeres cocinan al rededor del mismo fuego.

Como la cocina continúa a toda hora, las casas están siempre llenas de humo y es probable que esta sea la causa porque la mayor parte de las mujeres sufren de inflamación de los ojos.

Uno de los vecinos estaba enfermo de gravedad y durante la noche se celebró un gran *machitun*, ejecutado por aquella archiexorcista, la gran *machi* de Boroa. Yo quise presenciarlo; pero Sánchez no consintió y me hizo ver que nos expondríamos a serios peligros si aparentáramos mezclarnos en los asuntos de esta bruja, cuyo odio a los blancos era solamente igualado por su dominio sin límite sobre los indios.

La noche era oscura y amenazante—muy a propósito para las maquinaciones de la *machi*.

Podíamos oír perfectamente el golpeteo monótono del tambor y el canto discordante, que a veces se cambiaba en agudo chillido, provocado por el frenesí del momento y en seguida bajaba a una cadencia gutural, durante la cual todo otro sonido se apagaba por temor a los ritos y encantaciones poco santas. De repente se paró el canto y siguió un largo silencio, roto al fin por la erupción de una banda exaltada de salvajes desnudos, que, algunos a pie y otros a caballo, corrían locamente al contorno de la casa, blandiendo lanza y espada, agitando teas y antorchas y despertando los ecos de la noche con sus gritos desaforados. Los perros, espantados por la bulla infernal, aumentaban el pandemonium con sus aulli-

dos. Tan bruscamente como había principiado, terminó otra vez y reinó el silencio nuevamente. El espíritu maligno había sido exorcizado y corrido y no quedaba más al enfermo que mejorarse o morir.

En Cancura notamos algunas peculiaridades en los trajes de las mujeres, especialmente en sus tocados. En vez de enrollarse el cabello al rededor de la cabeza, como culebras, o de dejarlo caer en trenzas sobre las espaldas; lo encrespaban sobre las sienes y lo llevaban sobre el pecho en dos largas trenzas envueltas con hileras de cuentecitas.

Al llamar la atención de José hacia esta diferencia de moda, nuestra conversación versó sobre los trajes femeninos en general y sin querer ofrecer ningún desaire a nuestras huéspedes, las comparamos con las mujeres que habíamos visto en la casa de Chancay. No entendían el español; pero con esa intuición que parece ser inherente en el bello sexo, maliciaron que hablabámos de ellas y de sus trajes.

Celebraron un consejo de guerra y entraron a la casa para volver en seguida, cada una con una bolsa llena de alhajas. Había cofias, collares y pecheras de cuentas de variados colores, adornadas de dedales de latón y monedas de plata; sortijas, pendientes para las orejas y la nariz, brazaletes, pulseras, prendedores de proporciones colosales, cintas de plata y de cuentas para los tobillos, cinturones etc. Todas éstas nos fueron mostradas, y para que apreciáramos mejor su riqueza, las damas procedieron a ataviarse de sus joyas. Al mismo tiempo todas hablaban a la

vez y trataron de probar su superioridad sobre las demás mujeres, apelando a nosotros para la confirmación de sus asertos.

No satisfecha con esto, la mejor parecida de ellas, habiendo concluído de adornarse, se adelantó y levantando su falda hasta las rodillas, expuso a nuestra vista una pierna notablemente bien hecha y redondeada. Señalaba la pantorrilla con un orgullo justificable, volviéndola aquí y allá para que pudiéramos apreciarla en su justo valor. En seguida la adornó de cintas y cuentas y, haciendo un gesto despreciativo, nos abrumó con un verdadero torrente de palabras. Desgraciadamente, no había quien nos tradujera su arenga; pero a juzgar por sus acciones y la frecuente repetición del nombre de Chancay, quería decir, que, aun cuando en algunas cosas podrían descollar las mujeres de ese cacique, las desafiaba a ellas o a cualquiera otra a enseñar una pierna más hermosa que la que nos mostraba.

La hicimos comprender que estábamos de acuerdo en eso y repetíamos—*¡Cumé! ¡Cumé!* (¡Buena! ¡Buena!).—Pero las damas, considerándose injuriadas, no se aplacaron con esto y sólo la llamada perentoria de la *unendomi* o primera mujer, que ejerce autoridad sobre las demás, las hizo desistir y volver a sus tareas.

La mujeres parecían estar siempre ocupadas en alguna faena doméstica. Algunas cocinaban para sus maridos siempre hambrientos. Otras desgranaban trigo que había quedado en las espigas después de la trilla. Para hacer esto, colocaban las espigas en

una gran fuente de madera, en la cual ellas se paraban. Desgranaban el trigo con el movimiento de un pie contra el otro, frotando el grano hasta que se desprendiera del hollejo. Otras aun, aventaban el trigo desgranado, tirándolo al aire para separarlo de la paja.

Debajo de la ramada en que nos encontrábamos; apartados por un bajo cierro; había dos toscos telares, semejantes a los que se usan por todo Chile. En estos se fabricaban todas las prendas de vestir, de lana, que usaba la familia, con excepción de unos paños de colores brillantes comprados a los comerciantes.

Muchas personas han creído que el arte de tejer fué introducido entre los mapuches por los españoles. Ulloa dice, que en su tiempo, los indios del interior no usaban trajes (¿de géneros tejidos?). Pero el hecho de que la lengua mapuche contenga nombres apropiados para todas las prendas de vestir, como también verbos que expresan la fabricación de estas, parece indicar lo contrario. El tinte principal que emplean en la actualidad es el añil que obtienen de los chilenos; pero probablemente conocen otros; porque Molina dice, que el color favorito era el azul verdoso obscuro.

Dos mujeres trabajaban en el telar; una muchacha de catorce años y una viuda, mayor de edad; pero que todavía conservaba sus encantos. Cuando no estaban presentes los hombres, estas damas nos favorecían con sus atenciones, charlando y riéndose

constantemente y si sus gestos fuesen el fiel reflejo de sus palabras; su conversación no era de la más delicada.

A veces pasaban la mano por la división y trataban de hurtar nuestro equipaje y la viuda, más audaz que su compañera, logró extraer el contenido de uno de los bolsillos de mi mozo.

José era hombre de pocas palabras e inmediatamente cogió a la desconsolada viuda, obligándola por la fuerza a devolver lo que le había quitado. Ella le puso buena cara y parecía no enfadarse; pero más tarde, cuando llegaron los hombres, con gran sorpresa nuestra, nos acusó de un atentado contra su virtud— prueba concluyente de la apreciación de *Mr. Weller*, (1) de que *las viudas son peligrosas*.

A menudo se recurre a esta estratagema, con el propósito de extorsión; pero en este caso, tal vez porque se dudaba de la veracidad de la dama, o porque su virtud era sospechosa, nadie prestó atención a sus reclamos y viendo esto, la viuda cambió de táctica y luego se puso tan intrusa y molesta como antes.

CAPÍTULO XIX

Un día, durante la ausencia de Don Panta, estaba sentado aparte, y nuestro huésped Ayllal; quien no

(1) *Sam Weller*, uno de los personajes de la novela de Dickens—*Pickwick Papers*.—N. del T.

sólo era un cacique poderoso, sino también un individuo de buen corazón; viendo que estaba aburrido, originó un plan que creyó no pudiera menos que divertirme.

Llamó a tres rapazuelos mugrientos, casi desnudos, que se me acercaron y después de un profundo saludo, me abrazaron efusivamente. Los dos primeros me besaron en las mejillas; pero el tercero, más cariñoso que los otros, me plantó un beso en la boca. Entonces principiaron a bailar con furia, saltando al aire, golpeando sus muslos, mientras gritaban algunas palabras incesantemente. Sólo comprendí la repetida interrogación *¿Chem?* (¿qué cosa?).

Cuando se cansaron, me besaron otra vez y después de resollar un rato comenzaron a bailar nuevamente. Esto sucedió dos o tres veces.

El cacique y otros aplaudían a los niños y los animaban a seguir, hasta que creí que no iban a terminar nunca; pero José, que había escuchado atentamente sus palabras, me dijo que creía que pedían algo. Le ordené que abriera las maletas y les regalé unos pañuelos rojos y amarillos, cuando cesaron de repente los bailes.

Los danzantes corrieron a saltos y a brincos, con la cabeza envuelta en turbantes de colores vivos y el padre se hinchó de orgullo de ver a su prole tan bien ataviada; pero al mismo tiempo no parecía estar completamente satisfecho, algo le faltaba para completar su felicidad, pues en seguida de esperar por

un rato en evidente expectación, insinuó, en parte por señas y en parte por una mezcla de palabras españolas y mapuches, que a él le gustaba mucho la música y hasta aquí no le había dado ni siquiera una trompa.

En consideración a su importancia, le presenté un harmonicón de bronce. Ni si fuera niño hubiérase demostrado más contento este cacique canoso, a cuyo mando brotaban de cerro y valle centenares de lanzas, listas para ejecutar su voluntad.

Las mujeres estaban ocupadas en sus varias avocaciones y una de ellas trajo una fuente de harina ligeramente humedecida y un pequeño jarro de greda, los que colocó en el suelo. Se acercó una de las niñas, y tomando un poco de la harina, formó con ella una pelotita que echó a la boca, volviendo en seguida a su tarea con las mejillas hinchadas. Luego llegó otra y otra, hasta que todas, desde las niñitas hasta las viejas sin dientes, andaban mascando, con las caras sopladas como pelotas de goma, no obstante lo cual lograron continuar su incesante charla.

En unos pocos momentos volvió la primera y levantando el jarro, vació en él la masa masticada. Llenó la boca de nuevo y se fué mascando como antes. Siguieron las demás y esto continuó hasta que no quedara harina.

Intrigado para comprender estos procedimientos tan singulares me acerqué a una de las mujeres y señalando el jarro le pregunté,—¿*Chem tuar?* (¿Qué es eso?)

—¡*Mudai!* contestó.

—¡Cómo! ¿*Mudai?*

—¡Sí! respondió y riéndose de mi sorpresa agregó: ¡*Cumé!* ¡*Cumé!* (¡bueno! ¡bueno!).

Era inútil esperar más informaciones de ella, de modo que busqué a Sánchez para preguntarle qué era lo que hacían.

—Están haciendo *mudai*, me dijo tranquilamente.

—¡Como! ¿*Mudai*—el licor que he estado bebiendo todos los días desde hace un mes?

—El mismo, replicó y sin fijarse en mis gestos de repugnancia describió el procedimiento de la fabricación de esta bebida, que es una especie de cerveza, un poco ácida pero de un gusto no desagradable.

Se cuece una porción de trigo, durante varias horas, sobre un fuego lento. Después se filtra el líquido que se deja enfriar, agregándole en seguida un jarro de la harina masticada, lo que produce una rápida fermentación. Tan luego como comienza a fermentar, el *mudai* se considera listo para el consumo.

En la tarde me ofrecieron un jarro de esta bebida recién hecha; pero dándoles las gracias lo rechacé. Este método de preparar la cerveza no es exclusivo de los mapuches; porque Herndon en su libro *Valle del Amazonas* habla de una bebida de los indios, que se prepara de la misma manera.

La chicha es la única otra bebida que hacen los mapuches en la actualidad; porque procuran todos sus vinos de los chilenos. Pero es probable que en-

tendían la fabricación de vino antes de la llegada de los españoles; porque la uva silvestre se encuentra en algunas partes de Chile y la palabra *púlcu*, usada universalmente para significar vino, es mapuche (1).

Desde los cerros de Cancura había una vista extensa y hermosa. A nuestros pies, la llanura; donde todavía se ven las ruinas de la última fortaleza española (Boroa): se destacaba como mapa. El Cautín y el Quepe, dos cintas de plata brillaban al sol; sobre el lejano horizonte la cordillera parecía suspenderse en el aire, sin relación con el llano que se cubría de un velo nebuloso, de donde parecían nacer las montañas y sobre todo, espectáculo raras veces contemplado, se elevaban cuatro volcanes, todos claramente visibles al mismo tiempo. Por el norte estaba Ketredeguín, negro, desolado y amenazante; seguido por el gracioso pico doble de Llaima, revestido de una capa del más puro blanco; al frente estaba el majestuoso Llogoll, también cubierto de eternas nieves y lejos, al sur, resplandecía el cono de Villa Rica del cual escribe Ercilla:

(1) Aquí el autor ha caído en error. La uva no se conoció en Chile antes de la llegada de los europeos, y la palabra *púlcu* conocida sólo en la frontera significa *chicha*, el jugo fermentado de cualquiera fruta y en especial de la manzana. Entre los *púlcus* más conocidos son los de maqui, molle, quinoa, murtilla, etc., como también los preparados de diversos granos como el *mudai*.—*N. del T.*

—«Gran volcán vecino,
Fragua según afirman de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino»—

y cuya riqueza incontable de minas ocultas atraían a los españoles codiciosos y los indujeron a fundar una ciudad desgraciada en el corazón de la tierra enemiga.

El Llaima y el Llogoll estaban en actividad, y expulsaban grandes columnas de humo, que llevados hacia el norte por el viento, se extendían como enormes bancos de nubes. A veces, parecía que la cima de Ketredegúin quedaba envuelta en humo; aunque la distancia era demasiado para que pudiéramos estar seguros; pero Villa Rica, generalmente en estado de erupción, no daba señas de vida.

Como había varias casas en la vecindad, no era prudente sacar una vista, por no despertar recelos.

Estábamos ya acercándonos a la frontera sur del territorio indio y otro día de viaje me habría llevado hasta Valdivia, si hubiera querido abandonar a Sánchez y seguir adelante con un guía indio.

En otra estación del año lo habría hecho con gusto; porque tenía deseos de visitar las provincias más meridionales de Chile, ahora que había satisfecho mi curiosidad respecto de los afamados araucanos: pero ya llegaba la época de los fuertes vientos del noreste, que hacen tan difícil el viaje por mar a Valparaíso; de modo que resolví volver a los Ánge-

les con Sánchez e hicimos nuestros preparativos para dirigirnos hacia el norte, el día siguiente.

Mucho antes del amanecer fuimos despertados por un ruido especial. Todas las mujeres de la casa estaban moliendo trigo. El rumor incesante de los morteros se acompañaba de un suave y armonioso silbido con que alivianaban sus tareas. Empleaban una cadencia monótona, que parece englobar todas sus concepciones de la música y sirve para todas las ocasiones, sean éstas de placer o de pesar.

De vez en cuando, una cantaba por algunos momentos, seguida por otras, cada una improvisando lo que cantaba. Sánchez, que estaba acostado a mi lado, me tradujo algunas de las estrofas. El canto era sencillo y refería principalmente a sus tareas.

Las siguientes servirán de ejemplo:

«Estamos moliendo el grano para el forastero
Que ha venido desde lejos.
Que le plazca por su blancura,
Que le agrade el paladar,
Porque nos ha traído cuentas,
Cascabeles y dedales
Para podernos adornar».

Mientras me quedaba allí tendido, mirando el brillo de las innumerables estrellas, mucho antes de que aparecieran en el cielo los primeros rayos del amanecer, escuchando ese zumbido que denotaba la diligencia de las mujeres—mi imaginación vagaba en el lejano oriente, recordando los tiempos cuando las

hijas de Israel solían levantarse durante las horas tranquilas de la noche para moler el grano para el día que principiaba (1).

Nunca antes había comprendido tan bien la verdadera fuerza del denuncia contra los hijos de Jerusalén.—Les quitaré el sonido de los molinos y la luz de la vela.

El molino usado por los mapuches no se diferencia de aquel empleado por los chilenos y que ya he descrito. Es el mismo que se encuentra entre los mexicanos y, los antiguos hebreos usaban el mismo modelo. Es probable que su invención se deba a Adán, quien fué el primero condenado a ganar el pan por el sudor de su frente.

Aun cuando los mapuches generalmente emplean el trigo en forma de *ulpo* o en sus caldos, también saben hacer el pan, que ellos llaman *covque*. No lo vimos; pero es probable que sea parecido al *pan de grasa* de los chilenos, que se hace mezclando la harina con la grasa de chancho (2). Vimos varios de sus hornos que no son más que simples excavaciones en un barranco.

(1) Aprendimos de los viajeros modernos que todavía prevalece esta costumbre entre las naciones orientales y que el forastero a menudo es despertado por el ruido de los molinos ocupados en moler el grano para las necesidades diarias de la familia.

(2) Chancho=puerco.

CAPÍTULO XX

Después de una despedida afectuosa de Ayllal y de sus muchas mujeres, principiamos nuestro regreso.

Como tuvimos que detenernos en muchas partes para recoger los animales ya comprados, salimos del camino traficado y vimos muchas cosas nuevas e interesantes.

Cuando bajamos a la llanura, Trauque, que andaba adelante, comenzó a gritar ¡Namculan! ¡Namculan! llamándome con la mano, lleno de contento.

Sin saber qué me esperaba, pero sin dudar que era algo que valía la pena, espoleé mi caballo y fui a galope al punto donde estaba el indio, riéndose a carcajadas y burlándose de sus hermanos huilliches (1) con todos los calificativos que le proporcionaban las lenguas mapuche y española. El objeto de su diversión y desprecio eran las sepulturas de algún héroe ovidado y de sus ocho o diez mujeres.

Sobre cada sepultura se había plantado un tronco de diez o doce pies de alto, rudamente esculpido para representar el cuerpo humano. El cacique—porque sin duda habría sido algún jefe—se encontraba en el centro del grupo, sin más vestido que un sombrero y una espada, y por ambos lados estaban alineadas sus mujeres *in puris naturalibus*. Cual-

(1) Huilliche=gente del sur.

quiera que fueran las otras faltas en que había incurrido el escultor, no había dejado lugar a duda respecto del sexo de sus figuras y esto parece haber sido su principal empeño.

Estas figuras, por rudas que sean, exigen cierta habilidad y los pocos indios que se dedican a este arte logran una abundante cosecha; porque una figura labrada, considerada indispensable para la sepultura de un ricachón, vale uno o dos bueyes gordos, según el tamaño y esmero de su elaboración.

Estas eran las únicas representaciones del cuerpo humano o de otro sér animado que encontramos entre los mapuches, porque no tienen ídolos, ni reproducen las formas de los hombres y animales en su alfarería, como lo hacían los antiguos peruanos.

Cruzamos el Quepe y el Cautín sin accidente, pero los indios experimentaron alguna dificultad en hacer pasar los animales. Con su desinclinación de entrar al agua, su turbulencia en el vado y sus cabriolas al salir a la orilla opuesta, el paso de una gran manada de animales vacunos por un río ancho y rápido siempre presenta un espectáculo divertido y exaltante.

Una vaquilla, al entrar al agua, vuelve atrás y corre por la orilla, perseguida de un indio de poncho rojo, que la bombardea con una verdadera descarga de maldiciones. En medio del río, un toro recalitrante da freno a sus instintos belicosos y pone en confusión toda la manada, mientras un mocetón se lanza sobre el beligerante agitando su lazo y jura

romperle las costillas. Entre tanto en la otra orilla los animales a medida que salen del agua se esparcen en toda dirección por la inmensa llanura.

Nos alojamos como antes en la casa de nuestro amigo el gulmen, situada en los bordes del Cautín.

Cuando nos levantamos al día siguiente, la vista que se presentó a nuestros ojos era preciosa. El sol, que todavía estaba oculto detrás de la cordillera, teñía de brillantes colores el cielo del levante y formaba un fondo esplendoroso, contra el cual se destacaban en fuerte relieve los volcanes Llaima y Llogoll, tan distintos que podíamos divisar los penachos de humo que salían de sus cráteres.

Pasamos el día en reunir los animales que se habían comprado en la vecindad. Habían sido pagados al momento de efectuar la compra; pero no se recogían sino a nuestro regreso, sin embargo no había demora ni tentativa de fraude en su entrega; cuando se suscitaba alguna duda respecto del animal comprado, se permitía al comprador elegir a su gusto. En todo el viaje sucedió la misma cosa, aun cuando en algunos casos pasó más de un mes entre la fecha de la compra y la de la entrega.

No siempre es tarea fácil separar un animal determinado de la manada, en un vasto llano abierto y, con frecuencia da lugar a corridas emocionantes y escenas burlescas. Aun después de apartados es a veces difícil manejarlos, porque hacen constantes esfuerzos para volver a su acostumbrado pasturaje.

Un toro en especial nos dió mucho que hacer. Era

un animal de noble presencia, completamente blanco, digno émulo de aquel que llevó a cuestas a la bella Europa por las profundidades de los mares fenicios, o de los que se adoran en las orillas del Ganges.

Después de una larga carrera fué *laceado* por uno de los indios y el jinete volvió su caballo para conducirlo al lugar de la aparta. Pero el toro no fué del mismo parecer, y con un rugido de furor cargó sobre su perseguidor, quien viendo su peligro se lanzó a galope tratando en vano de mantener tirante el *lazo*. El caballo estaba cansado y el toro iba ganando terreno. Otro indio le salió al encuentro y tirando con destreza el *lazo* logró cogerlo por los cuernos. Todavía no se dió por vencido el toro. Saltó, bramó, agitó sus formidables astas por un rato y de repente cambió de táctica. Bajó la cabeza y cargó sobre uno de sus atormentadores; pero antes de alcanzarlo hizo un quite y volviendo repentinamente casi logró coger al otro. Se complicaban las cosas: el animal ultrajado se negó a moverse, con la cabeza gacha y la cola estirada en ángulo de cuarenta y cinco grados, quedó plantado como si meditara la dirección de su próxima embestida. En eso, llegó un tercer jinete, quien comprendió inmediatamente la situación y al instante tiró el lazo aprisionando el apéndice caudal del toro con un nudo corredizo.

Con esto quedó asegurado la indemnidad de los otros dos indios; pero produjo una nueva dificultad. La situación ahora parecía un problema de la regla de tres;—Si tres hombres cogen un toro, uno por

cada asta y el tercero por la cola y todos tiran en diferentes direcciones ¿por dónde puede caminar el toro?

Al parecer nadie podía dar con el resultado; pero Katrilao, que era hombre de recursos, se desmontó y, armado de una larga lanza y un poncho rojo, corrió en ayuda de sus compañeros. Poniéndose por delante del toro, arrojó su poncho al suelo; el hombre de atrás aflojó un poco el lazo y el toro cargó furiosamente sobre el paño rojo; pero un tirón de la cola lo sujetó nuevamente antes de que lo alcanzara. Katrilao recogió el poncho con la punta de la lanza y lo botó al suelo otra vez un poco más adelante. Esta maniobra se repitió hasta que el toro fué llevado al lugar deseado. Aquí se presentó un nuevo problema ¿Cómo soltar el animal?

Varios tirones dados de una manera científica lo derribaron al suelo y Katrilao, con una ligereza sorprendente, quitó los lazos que le sugetaban las astas. Pero quedaba el que le sugetaba la cola. Nadie se atrevió soltar este último, porque ya se había levantado el toro y miraba a su rededor como si estuviera escogiendo una víctima en quien vengar las afrentas que había recibido. Un indio, sacando su largo y afilado cuchillo, aprovechó el instante cuando el lazo estaba bien tirante; corrió hacia adelante y con un golpe certero cortó la cola más arriba del punto en que estaba sujeta por el lazo.

Esto fué el golpe de gracia. El pobre animal se acobardó completamente. Quedó allí con la cabeza

baja, los ojos echando miradas de desesperación, la lengua salida y la piel antes de una blancura deslumbrante, manchada ahora de tierra y de sudor; mientras la sangre caía goteando sobre las corvas y hacía parecer más abyecta su condición.

En uno de sus viajes por la vecindad, Sánchez descubrió las ruinas de la antigua ciudad de Imperial. No me dió las noticias hasta que no pudimos volver atrás; pero me aseguró que no quedaba nada más que los indicios de calles y casas cubiertas de pasto y montes, parecidos a los que había visto en Colhué.

Este pueblo que fué el más importante de todos los de la Araucanía, estaba siempre expuesto a los ataques de los indios y en varias ocasiones se libró de la destrucción con grandes sacrificios. Según Ercilla, en uno de los asaltos se salvó sólo por la intervención divina.

Para acortar la narración: cuando los indios estaban acampados a una corta distancia de Imperial, se les apareció el Demonio, montado en un dragón de cola enroscada, lengua partida y de cuyo hocico salían llamas. Los incitó a destruir la ciudad, que, según sus representaciones, no podría resistir su empuje. Influenciados por sus consejos, se pusieron en marcha; pero de repente se abrieron los cielos y descendió una hermosa mujer; más resplandeciente que el sol, acompañada de un venerable anciano. Dirigiéndose con calma a los salvajes; los aconsejó que volviesen, porque Dios los había entregado al poder de los es-

pañoles, y cualquiera rebelión contra su autoridad resultaría en una manifestación de la ira divina.

Después de haber hablado así, desapareció, dejando asombrados a sus oyentes. Por supuesto siguieron sus consejos y no los del Demonio y volvieron a sus hogares.

La fecha de este milagro incontestable, que según el cronista, fué presenciado por muchos testigos, fué el 23 de Abril del año 1554.

No pudimos saber por que razón se retiró después la protección divina; pero las ruinas casi borradas de Imperial atestiguan que cuando los oprimidos salvajes se levantaron nuevamente, no hubo mano milagrosa que se tendiera para evitar la catástrofe.

Nuestro arreo recibía constantes aumentos y, como muchos de los animales eran completamente salvajes, no faltaron pequeños incidentes que servían para aliviar el tedio de la caminata.

Muchas eran las carreras, grandes eran las griterías, la agitación de *lasos* y el blandeamiento de *picanas* (1) cuando algún animal refractario escapaba de repente y emprendía una desesperada tentativa para volver a los campos abandonados.

En el primer matorral que encontramos me procuré un largo coligüe, y así armado, me enrolé en las filas de los arrieros, corriendo con los demás,

(1) Picana=especie de lanza de coligüe con un pequeño clavo en la punta usada para agujonear y dirigir los bueyes especialmente en las carretas.—*N. del T.*

cada vez que un pánico hacía necesario los esfuerzos combinados de todos. Luego me dominó la excitación de estas locas carreras, y me convencí de que no había vida más noble o incitante que la del *gaucho*, libre de toda traba, en sus jornadas por las pampas sin límites, lleno de potencia orgullosa y rebosante de salud y de buen humor.

Mi caballo también se contagió. Alzando las orejas no esperaba la admonición de freno o de espuelas, sino que, con bufidos de impaciencia, demostraba un entusiasmo de que no lo habría creído capaz.

El indio Trauque, que se había hecho muy mi amigo, se llenaba de gusto cuando galopaba aquí y allá, lanza en mano y no pasaba momento en que no gritara mi nombre *¡Namculan! ¡Namculan!* agitando su mano para alentarme y declarando que lo único que me faltaba para ser un verdadero mapuche era conocer un poco más la lengua.

Aun me quiso enseñar el uso del laqui; pero como el principiante suele golpearse en la cabeza y las espaldas, luego dejé de seguir las lecciones. Al fijarme más en el laqui, observé que dos de las bolas de piedra estaban envueltas en varios dobleces de cuero; pero que la tercera no tenía cobertura.

—Cuando peleo con un *amigo*,—dijo Trauque, mostrando una de las bolas cubiertas,—uso esta, pero si es con un *enemigo*, le pego con esta otra—y señaló la piedra desnuda.

Progresamos lentamente y pasamos varias noches lejos de toda casa, en los rincones más abrigados y

tranquilos que pudimos hallar. No encendimos fuego para no atraer visitas con inclinaciones al robo y por consiguiente, no pudimos cocinar. En estos casos tuvimos que recurrir a las provisiones que llevábamos en las alforjas y más de una vez pasamos veinticuatro horas sin otro alimento que manzanas verdes y un poco de harina tostada.

Extraño es decirlo; pero con esta vil dieta, todos manteníamos la más perfecta salud y me convencí de que el ejercicio diario, la vida a caballo y el estar constantemente al aire libre, permiten a una persona de buena complexión, comer impunemente cosas, que en otras condiciones producirían graves enfermedades.

Fuimos detenidos impensadamente un día en una casa donde habíamos pasado y determinamos quedar allí hasta el día siguiente. Entretanto, Trauque, que se había adelantado algunas millas para esperarnos, tuvo que permanecer a los rayos del sol por más de medio día, sólo y sin alimento y para mayor desgracia, fué atacado y hurtado de su tabaco y de su trompa por unos ismaelitas que, encontrándolo sólo, le amenazaron con sus cuchillos y laquis.

Nadie se acordó de él, hasta que llegó en la noche, indignado y de pésimo humor. Arrojàndese al suelo se envolvió en su poncho sin hacer caso de las disculpas, contestando sólo con monosílabos. Viéndolo con este humor, no le dirigí la palabra, y me iba; pero mirándome con sentimiento me dijo.

—¿Namculam, no me quiere hablar?

Su voz temblaba de emoción; ví las lágrimas en sus ojos y me dió ganas de abrazar al bribón; pero era tan desaseado.

No había razón ninguna por qué este indio me quisiese tanto; pero los gustos y disgustos de un salvaje indisciplinado, como los de un niño, son inexplicables y fuera de su control.

Su temperamento fogoso no podía soportar el abandono en los llanos, ni la indignidad del salteo; pero lo que hirió más de todo sus susceptibilidades fué la indiferencia de uno de quien esperaba simpatía y consuelo.

No obstante, la buena comida y los efectos del tabaco que fumó después, calmaron los nervios del *gulmen* y al día siguiente ya había recobrado su buen humor y olvidado sus infortunios de la tarde anterior.

CAPÍTULO XXI

Cuando llegamos a la casa de Mañín el anciano no estaba allí y determinamos esperar veinticuatro horas para verle.

Trauque se fué inmediatamente a su propia casa y luego nos convidó a acompañarle a comer un cordero que había procurado para festejarnos. Aceptamos la invitación y nos sorprendió encontrar el animal todavía vivo; pues nuestro amigo nos quería obsequiar con un *ñachi*.

Este plato, que se considera un especial bocado, es esencialmente mapuche y el método de prepararlo es interesante.

El animal se cuelga por las manos en vez de por las patas como se hace comunmente. Se corta la tráquea por donde se le echa puñados de sal y ají. Hecho esto, se corta la vena yugular, que se saca lo suficiente para echar la punta por la tráquea, por donde corre la sangre, arrastrando la sal y el ají hasta los pulmones. El pobre animal principia a hincharse y muere en medio de grandes dolores. Al abrir el cordero, se hallan los pulmones distendidos con la sangre, la sal y el ají, que forman una masa coagulada. Esta es el *ñachi*. Se extrae con cuidado, se corta en tajadas y se sirve antes de que pierda su calor natural.

El día siguiente, por la mañana temprano, vimos un número de muchachos, ocupados, en plantar palitos a cortos intervalos en el cespèd de una hermosa pradera, que se extendía por delante de la casa; formando con ellos una cancha de cuarenta pies de ancho, por unos trescientos de largo. Estaban haciendo preparativos para el juego de *pelicán* (1). Otros hacían sonar un cuerno, (formado de una larga caña en el extremo de la cual se inserta el cuerno de un buey), que fué contestado por otro, en dirección de los cerros, que indicaba que los rivales venían acer-

(1) *Palicán* (no pelicán) o *palitun* de *pali* (pelota) es el juego de chueca, llamado a veces simplemente *palin*.—N. del T.

cándose. La noche anterior habíamos sentido los mismos sonidos, sólo que la banda contraria respondía desde más lejos.

Un poco después, aparecieron los desafiados, y fueron recibidos con gritos de entusiasmo; hicieron los saludos de estilo y todos se preparaban para la gran prueba de destreza.

El juego de *palicán* es muy parecido al de *hockey* o *chueca* que todos hemos jugado cuando niños. Se juega con una pequeña pelota de madera (*pali*) que se golpea con palos encorvados en sus extremos, tratando de llevarla al campo de los contrarios. Los dos partidos tienen sus campos en las mitades opuestas de la cancha. La pelota se coloca en un hoyo al centro de la cancha y toman ubicación en ambos lados de ella los jefes de los dos partidos, mientras que los otros jugadores se colocan en posiciones estratégicas, todos armados de palos. Cuando están todos listos, los del centro golpean sus palos en el aire y comienzan a luchar para sacar la pelota del hoyo en que se ha colocado y cada uno trata de impelirla en dirección al campo contrario. El objeto de los jugadores es de llevarla por la raya que cierra el campo opuesto o en defensa de la de su partido, de echarla fuera de la cancha, lo que se considera un empate y el juego comienza de nuevo. Cada punto a favor de uno u otro de los partidos es marcado en un palo y, el que primero alcanza un número, fijado de antemano, gana la partida.

El juego se efectuó con muchos gritos, atropellos

y caídas y más de uno de los jugadores salió con la canilla rota; pero a pesar de todo, reinó un gran buen humor.

Había más o menos treinta jugadores, casi desnudos. Quedé desilucionado de su desarrollo físico, que no era lo que había esperado. Me parecían inferiores en este respecto, a la clase obrera chilena; tanto en su musculatura, como en la simetría de su cuerpo; aun cuando ambos poseen los mismos caracteres generales.

Tampoco era notable su juego, ni en destreza ni en actividad y, si esta partida la tomáramos como representativa, no sería difícil elegir en muchos de nuestros liceos o colegios, partidas de jóvenes más que capaces para encontrar el mismo número de araucanos seleccionados, en su juego nacional de *palicán*.

Cuando aumentó el calor, se suspendió el juego y los jóvenes se dispersaron en grupos, buscando la sombra de los árboles frondosos. Algunos de los grupos comenzaron a jugar a las *avas* (1). Es algo parecido a los dados y se juega con ocho habas, marcadas por un lado y con diez palitos que sirven para contar.

Se extiende un poncho en el suelo y los jugadores se sientan unos frente de los otros. Toman las habas alternadamente, las sacuden en las manos y las arrojan sobre el poncho. Se cuentan las habas

(1) Habas.

marcadas y ganan los que alcanzan primero a contar cien puntos.

Durante el juego, acarician las habas, las besan, las hablan, las frotan en el suelo y en sus pechos, gritan y gesticulan, invocando buena suerte para ellos y mala para sus contendores, con tanta sinceridad como si creyeran que las habas tuvieran alma.

Resonaba el aire con la discordancia de sus gritos. Apostaban las camisas, los ponchos, los laquis y los cuchillos, y más de un jugador volvió a su casa con poco más ropa que la con que nació.

Además de las habas, tienen otro juego de azar, en que figura un dado triangular de cuatro caras. También conocen varios juegos de destreza, entre los cuales hay uno que se parece al ajedrez.

Como todos los pueblos poco cultos, son muy aficionados a los juegos de azar y no pierden ocasión de dedicarse a ellos. Muchos son los mapuches que han arriesgado todas sus posesiones sobre un tiro de las habas; la suerte de los prisioneros de guerra ha sido resuelta con frecuencia por el capricho de un dado y, más de una vez graves asuntos de política se han decidido por un juego de *palicán*.

Muchos de los mocitos, que se habían reunido para la ocasión, fueron vestidos de sus mejores prendas y de uno de ellos compré un par de *sumeles* nuevos. Estas botas de cuero de caballo son usadas por los *gauchos* de Buenos Aires y también por los indios. Son fabricadas sin costura y sin estaquillas: cuando muere un caballo, el dueño saca el cue-

ro de las patas traseras sin partirlo, y así como está lo pone en sus propias piernas. La parte superior se dobla y se amarra debajo de la rodilla, y si la parte inferior queda demasiado larga para el pie, se corta. Se usa así hasta que queda completamente seco, en seguida se saca y por medio de raspajes y frotamientos repetidos, queda tan suave y flexible como cuero de gamuza.

El cuero que cubre la corva o la rodilla se adapta fácilmente a la forma del talón y lo de la canilla que se encoge al secarse se amolda a la forma del pie. La punta de la bota se deja abierta para la conveniencia del indio, quien al montar a caballo sólo inserta el dedo grande del pie en el estribo.

Los sumeles son muy cómodos para andar a caballo y son usados sólo para este objeto, porque en otras ocasiones los indios van a pie desnudo. Las sandalias (ojotas) de cuero crudo, usadas por los peones en Chile y el Perú son desconocidas por los mapuches.

En la tarde llegó Mañín, mi padre adoptivo. Había salido a mendigar trigo y papas entre sus vasallos. Nos felicitó por nuestra pronta vuelta y nos encargó muchos recados para el Intendente de los Ángeles como también para mi supuesto padre Vega.

Llegó con él la hija de Juana, su esposa chilena, y por primera vez conocí a mi única hermana grande. Tenía como quince años de edad y era bonita, con hermosa tez morena, matizada con las rosas consecuentes de su sangre española. Estaba atavia-

da de una gran profusión de adornos barbáricos y a pesar de su modestia y cortedad de genio, poseía un aire de orgullo que no sentaba mal a la hija del cacique más altivo de los araucanos.

Le regalé el único instrumento de música que me quedaba y quedó llena de gusto. Es probable que hasta hoy sus recuerdos de su hermano *huinca* (1) se hallen íntimamente ligados con los de un pito de lata.

Trauke estaba muy triste y le desconsolaba nuestra separación. Me hizo prometer que vendría a verle sin falta la próxima vez que visitara Los Ángeles. Le regalé la navaja que había usado durante mi viaje, lo que apaciguó en algo el pesar que sentía y sin dudar del desinterés de su afecto, temo que la promesa de mandarle, desde Los Ángeles una camisa listada y un par de calzones con flecos, casi le reconcilió con la idea de nuestra partida.

Varios días después llegamos al Kaillim y pasamos la noche en la propiedad de Kilal.

Pedí prestado un cuero de buey y en él extendí mi cama y me acosté. Como a media noche me despertó el frío y me encontré desnudo en el pasto mojado. Corría un fuerte viento que me había volado los cobertores y como estábamos alojados en la falda de un cerro, me había resbalado fuera del cuero durante mi sueño.

(1) Huinca=extranjero.

Rehice mi cama lo mejor que pude; pero por la mañana me dolían todos los huesos y me encontré más o menos en la condición del caballo de «*Sam Slick*», que, por dolerle tanto las articulaciones no pudo pararse y por tener tan lastimadas las costillas no pudo echarse. Además tenía mucho dolor de cabeza y la fiebre casi me impidió seguir, porque a veces me parecía que iba a caer del caballo.

Tuvimos por delante una larga y fastidiosa jornada; pero como era la última, resolví apurarme, porque temía enfermarme seriamente, y sentí un horror con la idea de encontrarme enfermo en medio de estos bárbaros.

Por primera vez me invadió un intenso deseo de estar entre gente civilizada, y cuando al cruzar la última cuesta divisé el pueblecito de Budeo fué con un sentimiento de alegría y de emoción. Es verdad que todavía estábamos en territorio indio; pero aquellos ranchos eran habitados por hombres blancos y formaban un eslabón que me ligaba con el mundo civilizado.

La familia de Panta se regocijó con nuestra llegada y me mostró toda clase de atenciones.

Por la mañana, aunque me sentí mejor, todavía sufría de dolores reumáticos y sólo después de pasar dos días en Budeo seguimos viaje a Los Angeles.

Era ya obscuro cuando llegamos al paso del Biobío y la última lancha iba cruzando el río, dejándonos con la perspectiva poco consoladora de pasar la noche entre las dunas. Pero a fuerza de gritos y

de informar al capataz de las lanchas que éramos *comisionados* y que teníamos apuro en hablar con el Intendente, por fin conseguimos que mandara una embarcación para llevarnos.

Dijimos adiós a la tierra de Arauco y al llegar a la orilla opuesta me sentí que ya estaba otra vez entre gente de mi propio mundo.

CAPÍTULO XXII

En San Carlos, como en vez anterior, alojamos en casa del *compadre* de Panta. Esta gente cariñosa tuvo mucho gusto en vernos, especialmente doña Pablita, quien me compadeció grandemente, pero agregó que debía estar muy contento de haber llegado—acontecimiento que atribuía exclusivamente a la buena voluntad de San José a quien había rogado todos los días.

Mi amiguita me hizo una cama, limpia y blanda, con todo lo mejor de la casa. Después de haber dormido sobre cueros, en el suelo, por más de un mes, sin otro techo que el cielo azul; era un lujo dormir entre sábanas en un cuarto; pero a pesar de esto no pude conciliar el sueño. Eché de menos la pálida refulgencia de las estrellas; la falta de aire me sofocaba y, después de dormitar por algunos instantes, despertaba sobresaltado, con la sensación de tener el pecho oprimido, que me hizo recordar con cariño mi duro lecho al aire libre.

La casa, como la mayor parte de los ranchos chilenos, estaba llena de rendijas, por las cuales circulaba libremente el viento de una manera, que bajo otras circunstancias, habría considerado intolerable; pero el cambio era demasiado repentino para mis pulmones fastidiosos. Todo encierro érame molesto y pasó más de una semana antes de que pudiera dormir con comodidad bajo techo, aun cuando dejaba abierta de par en par las puertas y ventanas.

Por la mañana temprano, doña Pablita me trajo a la cama un fragante mate. No había espejo en la casa (el mío lo había regalado a *Roble que brota en la primavera*) de modo que insistió en peinarme y en arreglarme la corbata. Sus atenciones eran tan fraternales y me trató con tanta solicitud como si estuviera muy enfermo, que principiaba a creer sería necesario que me quedara allí por algunos días para recuperar mi salud. Mi ropa también necesitaba muchos remiendos y esto daría pretexto para recompensar de una manera práctica las muchas bondades que había recibido. Por otra parte, sería mostrar mucha ingratitud si me fuera sin despedirme de mi amigo el comandante de la guarnición. El hecho es que principié a entusiasmarme la idea de quedarme algunos días en San Carlos y así le decía a doña Pablita.

Esta intimación produjo en ella cierta nerviosidad que yo, como fatuo, traduje por manifestaciones de coquetería mal disimulada, y luego la ví conversando confidencialmente con su padrino Sánchez. Dentro

de poco aprovechó la oportunidad de advertirme que doña Pablita estaba en vísperas de casarse y que si yo me quedaba en la casa, por inocentes que fuesen mis intenciones, podría causarle algún recelo al novio.

No tenía motivo alguno para enfadarme, ni de envidiarles su felicidad a la joven pareja; que al fin y al cabo sería problemática; y un rancho en las orillas del Biobío, aun cuando fuera iluminado por las sonrisas constantes de una cara bonita, nunca había formado parte de mis aspiraciones. Sin embargo el anuncio fué tan inesperado que me cayó como una ducha de agua helada, pero como no había remedio, mandé ensillar mi caballo y después de felicitar calurosamente a la sonrojada novia, prometiendo remitirle un regalo de boda desde Los Angeles, me despedí de esa buena gente y me puse en camino para la capital de la provincia.

Con un sentimiento delicioso de libertad, me largué a galope por los llanos ya familiares; solo, sin trabas y sin tener ninguna preocupación de si encontrara o nó algún merodeador salvaje. Pero a pesar de esto, mis recuerdos volvían no a los bárbaros mapuches, sino a la simpática muchacha que había dejado atrás, y temo que antes de terminar mi viaje, las costillas de mi cabalgadura hayan sufrido un severo castigo que mentalmente era destinado a uno, cuyo único delito era haber demostrado su buen gusto.

Cuando llegué a los Angeles, encontré que la ciudad estaba en gran alboroto con la esperada visita

del Presidente; porque don Manuel Montt, siguiendo el ejemplo del príncipe-presidente de la gran República Francesa, estaba efectuando una gira por todos sus dominios. Su Excelencia no viajaba solo, sino que le acompañaban todos los ministros, con los subsecretarios y escribientes; de modo que a cada pueblo por su ruta le tocaba su turno de ser la capital provisoria. Llovían los decretos; los hospitales, los templos, los puentes, y las escuelas se edificaban por todas partes—al menos en el papel—y el contento del pueblo era desbordante, si es que se pudiera creer a los diarios oficiales.

Al día siguiente, muy de mañana, un edecán pasó a galope por las calles, anunciando que podría llegar el Presidente en cualquier momento. Se tocaron los tambores, resonaron las cornetas, salió la guarnición—caballería e infantes—y se formó en línea a lo largo de la calle principal.

Los escuadrones de milicia del distrito vecino desfilaron en seguida. Montados en jamelgos de triste aspecto, armados de largas lanzas de coligüe con puntas de fierro, sus ponchos de bayeta roja desteñidos y cubiertos de tierra, presentaron una traza poco militar; pero estos mismos hombres, cuando ingresan en las tropas regulares, forman los mejores soldados de la República. Debido al efecto natural del clima, son más robustos que los de otras comarcas y como la tierra en aquellas provincias todavía no se ha monopolizado, resulta que la mayor parte de ellos son pequeños propietarios y tienen una inde-

pendencia, desconocida entre los peones de más al norte y cuyo efecto moral es de mayor importancia en un ejército que su composición física.

Los vecinos lucían sus mejores trajes, todas las casas estaban engalanadas de banderas y arcos de triunfo cruzaban las calles de un lado a otro. Pero, pasaban las horas, los pobres soldados casi se asaban al fuerte sol y sólo al terminar la tarde se oyó el estampido del cañón que anunciaba la llegada de la procesión.

Primero vino una escolta de dragones, en seguida los miembros del gobierno en diez o doce carricoches, todos envueltos en nubes de polvo que hacía imposible distinguir a su Excelencia de los demás. Tocaron las bandas, saludaron las tropas y la procesión pasó lentamente por la calle, pero eran muy pocas las vivas que se hacían sentir. No había ningún arranque de entusiasmo. El pueblo estaba de mal humor y aun entre las filas de soldados que siguieron en pos del gobierno es probable que se encontraran muchos que se hubieran declarado a favor de cualquier cabecilla que se atreviera a levantarse contra el hombre que ocupaba el puesto de mandatario.

Después de pasar dos o tres días en revistar las tropas, en atender a las necesidades de la provincia y en decretar una cantidad de cosas que *debían hacerse*; el presidente y su cortejo se trasladaron a Nacimiento y, Los Angeles, que había tenido la gloria de ser el asiento del gobierno por un breve período, volvió a su insignificancia acostumbrada.

Contraté un mozo y partí para Concepción por un camino distinto al que había viajado a mi venida. La noche nos alcanzó antes de llegar al Laja y parecía probable que tendríamos que pasar la noche en el llano y sin comer; pero el ladrido de un perro nos guió a una casa donde procuramos una *casuela* y una abundancia de uvas y chicha nueva.

Un poco después del amanecer llegamos al río; pero habíamos errado el vado y a pesar de que encontramos un piloto que nos guiara, hicimos la travesía con dificultad, a causa de los hoyos y las arenas movedizas que llenaron el fondo. Un poco más allá cruzamos el Rio Claro y entramos nuevamente a aquel triste desierto de arena volcánica que bordea su orilla septentrional.

Anduvimos por dos o tres horas sobre este médano, hasta llegar a los pies de la cordillera de la costa. Mientras seguíamos el curso del río no habíamos tenido dificultad en orientarnos; pero en esta confusión de cerros nos perdimos completamente. Ni mi mozo—que no servía para nada—ni yo conocíamos el camino y errábamos al azar, buscando sólo llevar la dirección general (hacia el noreste) y confiados en que todo camino conduce a alguna parte. Pero aun los axiomas más comprobados fallan a veces y, más de una vez tuvimos que volver atrás, a causa de que el camino que seguíamos se encontraba cortado por alguna profunda grieta, surcada por las últimas lluvias, que no podíamos pasar.

Pasamos varias horas vagando entre los cerros y

por fin dimos con un camino que nos condujo al pueblecito de Rere, donde llegamos en la tarde. Llevaba una carta para una señora de esta localidad. Nos invitó a quedarnos hasta el día siguiente y nos extendió esa franca hospitalidad con que puede contar en Chile, todo forastero bien recomendado.

El pueblo de Rere, aunque pequeño, es uno de los más bonitos que hay en el país. Las casas son por la mayor parte de adobes y techadas de tejas. No vimos ninguno de aquellos ranchos que generalmente afean tanto los arrabales. La iglesia, construída por los jesuítas en los días de su auge, es elegante y su torre ostenta una hermosa campana que, según dicen, debe su voz melodiosa a la gran proporción de plata que entra en su composición. Cerca de la iglesia, se eleva una majestuosa palma, que se puede divisar a mucha distancia.

El día siguiente, nuestra ruta todavía seguía por entre los cerros; pero, después de andar por poco más de una hora, llegamos al camino real, que conocí, por ser el mismo que había seguido en mi viaje a Yumbel.

Pasamos a muchos campesinos, vestidos en sus trajes domingueros, que se dirigían a Rere y me llamó la atención la hermosura de las muchachas montaÑesas, con sus mejillas rosadas y su tez blanca, raras veces encontradas entre la gente del pueblo en otras partes de Chile.

Sólo cuando nos fijamos en las crucecitas y ramitas verdes que todos llevaban en las manos, nos

acordamos que era el Domingo de Ramos. Había algo que me impresionó bastante, al ver estos grupos de gente bien vestida, marchando por los caminos, con verdes ramas, para conmemorar la entrada triunfal en Jerusalén de Nuestro Señor.

Cuando llegamos a Concepción, uno de mis primeros cuidados, después de establecerme nuevamente bajo la hospitalidad de mi compatriota don Pablo; era de buscar el señor de la Vega, cuyo nombre había adoptado con tan poca ceremonia, para ganar la buena voluntad de Mañín.

Resultó ser un catalán, de poca estatura y muy risueño. Era dueño de un pequeño almacén y había reunido una regular fortuna. Se divirtió mucho con mi relación, riéndose a carcajadas del buen éxito logrado, y me aseguró que con el mayor gusto podría conservar el apellido y que él me reconocería por hijo.

Consintió en recibir cualquier regalo que le quisiera mandar Mañín en pago de los que yo le había llevado, y prometió remitir un informe favorable sobre Namcu-Lauquén. Es de esperar que, antes de ahora, haya recibido algún noble animal—orgullo de los prados de Chacayco—que le alegraría el corazón y le dejaría reconciliado con la partida de un hijo, cuya existencia ni siquiera sospechaba, y que fué descubierto sólo para perderse nuevamente.

Recibí los parabienes de muchos, quienes, por mi ausencia prolongada y largo silencio, creyeron que alguna desgracia me hubiera sucedido en la prose-

cución de, lo que ellos estimaron, una loca aventura, y durante mi permanencia en Concepción fuí el objeto de muchas atenciones. Paseos, cabalgatas, excursiones a Penco, Landa, Bellavista y Collén siguieron una tras otra casi sin interrupción y me hicieron pasar el tiempo sin sentir, de modo que cuando llegó la hora de embarcarme, me despedí con pena de tantos buenos amigos, que me habían proporcionado muchos ratos felices.

Pocos lugares han dejado en mi memoria tan gratos recuerdos como Concepción y ninguno donde haya pasado una temporada más agradable. Pero aun si hubiera querido explotar más aquella hospitalidad sin límites, la estación lo impedía, porque se acercaba la época de las lluvias y haría difícil el tránsito por mar y por tierra.

Afortunadamente logré conseguir pasaje en un buque que zarpaba para Valparaiso, donde pensaba tomar el vapor inglés que me llevaría hasta Panamá.

Levamos ancla un hermoso día y al cruzar la noble bahía de Talcahuano, los puntos familiares de la costa parecían más encantadores que en tierra; pero una vez en alta mar con corazón henchido miraba el progreso de nuestro buen navío que se dirigía hacia el norte; porque ya estaba por fin en camino a mi patria que una ausencia de cuatro años había hecho doblemente querida.

